EL
AMOR DEL ALMA

ó REFLEXIONES,

AFECTOS Y PRACTICAS DEVOTAS

SOBRE

LA PASION DE JESUCRISTO

FORMANDO 2a PARTE

DE LA PRACTICA DEL AMOR A JESUCRISTO;

obra escrita en italiano

por S. Alfonso M. de Ligori;

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

por el Pbro. esclarecido

D. Pedro Martí y Puig.

Con lámina.

PARIS

LIBRERIA DE A. BOURET E HIJO

INDICE.

Pag.
Prólogo del traductor. 5
Reloj de la pasion. 13
Invocacion á Jesus y María. . . . 17

PRIMERA PARTE.

De los frutos que se sacan de la meditacion de la Pasion de Jesucristo. . . 21
Cap. I. Del amor de Jesucristo considerado en su voluntad de satisfacer la justicia divina por nuestros pecados. . 34
Cap. II. Jesucristo quiso padecer mucho por nosotros, para que comprendiésemos el amor infinito que nos tenia. . 50
Cap. III. Jesucristo desde los primeros instantes de su vida quiso por nuestro amor sufrir las penas de su dolorosa pasion. 66
Cap. IV. Deseos vehementes que tenia Jesus de padecer y de morir por nuestro amor. 77
Cap. V. El amor que nos manifestó Jesu-

Pag.

cristo instituyendo el Sacramento de la Eucaristía en la vigilia de su muerte. 89
Cap. vi. Del sudor de sangre y de la agonía que padeció Cristo en el huerto. . 108
Cap. vii. Amor de Jesus en querer sufrir tantos desprecios en su pasion. . 121
Cap. viii. Azotamiento de Jesucristo en la columna. 141
Cap. ix. Coronacion de espinas. . . 159
Cap. x. Del Ecce Homo. 170
Cap. xi. Sentencia de muerte contra Jesucristo y de su camino al Calvario. . 181
Cap. xii. Cristo es crucificado. . . . 198
Cap. xiii. La última palabra que Cristo profirió en la cruz y su muerte . . 217
Cap. xiv. De la esperanza que todos tenemos en la muerte de Jesucristo. . 235
Cap. xv. Del amor del Padre eterno por habernos dado su Hijo unigénito. . 259
Cap. xvi. Del amor del Hijo en haber querido morir por nosotros. . . . 273
Oracion á S. Buenaventura. . . . 288
Advertencia de S. Liguori al lector. . . 289

SEGUNDA PARTE.

La Pasion de Jesucristo meditada con la sencillez que la refieren los santos Evangelistas. 293
Introduccion. . . . . *ibid.*
Cap. i. Jesus entra en Jerusalen. . . 306

Pag.
CAP. II. Conciliábulo de los Judíos y traicion de Judas. 311
CAP. III. La última cena de Jesus con sus discípulos. 315
CAP. IV. Institucion del Santísimo Sacramento. 320
CAP. V. Jesus ora en el huerto y suda sangre. 325
CAP. VI. Jesus es preso y maniatado. . 332
CAP. VII. Jesus es presentado á los pontífices, que le condenan á muerte. . 336
CAP. VIII. Jesus es conducido á Pilatos, de allí á Herodes y despues pospuesto á Barrabas. 345
CAP. IX. Jesus es azotado en la columna. 351
CAP. X. Jesus es coronado de espinas y tratado de rey de burla. 357
CAP. XI. Pilatos muestra Jesus al pueblo, diciendo : Ecce Homo. . . . 362
CAP. XII. Jesus es condenado por Pilatos. 268
CAP. XIII. Jesus lleva la cruz hasta el Calvario. 371
CAP. XIV. Jesus es crucificado. . . . 379
CAP. XV. Palabras de Jesus en la cruz. 388
CAP. XVI. Muerte de Jesus. 396

FIN DEL INDICE.

F. Aureau y Ca. — Imprenta de Lagny

EL TRADUCTOR.

La Pasion de Jesucristo *es entre todos los misterios el primero en dignidad, el mas grande en órden á la caridad, el mas asombroso en los designios de la Providencia divina, y el mas capaz de encender en nuestros helados corazones el fuego del amor divino. Con mucha razon, hablando de este misterio, dijo san Pedro Crisólogo* (Serm. 67.); *que pasma á los ángeles,*

sorprende á los hombres, espanta á los demonios, es superior á toda inteligencia criada, que nadie es capaz de apreciar como corresponde, y que atemoriza á los que le creen. Siendo esto una verdad tan manifiesta, es claro que si se habla ó escribe de la Pasion de Cristo, es indispensable usar del lenguaje sencillo y al mismo tiempo sublime de los Evangelistas, el cual es el mas oportuno para pintarnos aquel amor inmenso de le divinidad para con los hombres. El que medita sériamente los padecimientos estraordinarios de Cristo y aquella muerte desastrosa á que quiso sujetarse, no puede menos de figurarse que el amor divino es como un volcán de fuego amoroso que con la pasion hizo tales erupciones que casi puede decirse que no es posible las haga mayores. Si se mudan las palabras, dice

el doctor Máximo, considerando la vehemencia y grandeza de este amor, la abundancia del mismo Ciceron es mezquindad, y las sentencias enérgicas y fulminantes del orador griego se quedan lánguidas y frias.

Así pues cuando se haya de hablar ó escribir de este portentoso misterio de amor se ha de usar de un lenguaje pio, fervoroso y devoto, y evitarse toda afectacion artificiosa. Una fraseología pomposa que solo deleita y halaga á los oidos es enteramente inútil por no decir nociva, porque con ella no se inflaman las almas en deseos de amor divino, ni llega á penetrar los corazones; por lo que no hace cambiar de costumbres ni santifica á los hombres. En el opúsculo que publicamos, traducido del idioma italiano, verán como san Alfonso Liquori no puso ningun

esmero mundano en la diccion, no quiso valerse de palabras pomposas; pero en cambio de estas calidades, que las mas veces se emplean para disfrazar el error y máximas perversas, presenta consideraciones profundas de las cosas divinas, espresadas con una sencillez enteramente evangélica. Este librito es enteramente popular, pues que las doctrinas saludables de que está embebido están al alcance de todos los que sepan leerle ú oigan su lectura, siendo escrito como lo es en un estilo tan sencillo é inteligible : todos los que lo lean se convencerán que el autor espresaba sus pensamientos del mismo modo que cuando tenia oracion y se comunicaba con Dios. Abrasado del fuego de una santa caridad, y no buscando sino la salvacion de las almas, escribe de una manera como si no tu-

viese mas testigo ni otro juez que al mismo Dios. Nos descubre una alma candorosa que las pretensiones humanas no ofuscaban, y que se manifiesta toda al lector.

Para interesar á los lectores que lean dicho escrito no hay necesidad de abultar ó valerse de ponderaciones exageradas. La materia de por sí es su mayor recomendacion. La Pasion de Jesucristo es un asunto tan grande, celestial y divino, que no es cristiano el que se olvida de él. Es el mayor suceso que han visto los hombres, que ya no se verá otro igual. En esta tragedia sagrada vemos que el Hombre-Dios es entregado con el engaño de un ósculo, es detenido el que mantiene el universo, es maniatado el que enlaza todas las criaturas, es conducido el que lo mueve todo, y la verdad misma es acusada

por la mentira. Es presentado delante de los jueces humanos el que ha de juzgar á todo el mundo. Los Judios le entregan á los Gentiles, estos le vuelven á los Judios, Pilatos le envia á Heredes, este le remite á Pilatos, y aquí vemos que la Santidad por esencia sirve de tráfico á la impiedad, y arrostrado como un gusano por la crueldad. Aquí vemos azotado al que no podia hacer mas que bien, burlado y escarnecido al autor misma de la grandeza y magestad. ¿Qué mas? el que da las lluvias le vemos anegado en salivas, al que estiende los cielos como un pabellon traspasado con clavos, y abrevado con hiel y vinagre al dador de las delicias celestiales. Pues, almas pias y enamoradas de Jesus, mirad á un padre que retorna bienes por males, amor por las injurias recibidas y una caridad

sin límites por las heridas que recibe. Pues subamos á este sagrado madero que da frutos celestiales de amor. Contemplemos la misma vida muerta por nuestro amor. Este amor fué la espada ó lanza que le abrió su cabeza, le taladró sus manos y sus pies y le traspasó todos sus miembros divinos. Con un esceso sobreabundante de amor para con nosotros se pasma y queda atónito el mismo amor. Desgraciados y mil veces desgraciados los que no sienten toda la grandeza del amor de Dios para con los hombres al considerar la Pasion de su hijo : sus corazones ó son enteramente de piedra ó su fé está enteramente muerta. Si escuchamos atentamente lo que nos dice este Santo reconoceremos lo mucho que Dios nos ama, veremos cuanto ha hecho por nosotros y qué es lo que pode-

mos esperar de su inmensa bondad: Si somos fieles á Dios, él será fiel á nosotros y nos dará nuestra recompensa.

RELOJ DE LA PASION

DE

NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Horas.

1. Se despide de María Santísima y cena con sus discípulos.
2. Lava los pies á los apóstoles é instituye el Santísimo Sacramento.
3. Exhorta á los discípulos con una tierna plática y despues se va al huerto.
4. Tiene larga oracion en este mismo huerto.

Horas.

5. Entró en agonía.

6. Sudó sangre.

7. Fué entregado por Judas y maniatado.

8. Es llevado al palacio de Anás.

9. Conducido al de Caifás, donde se le dió una cruel bofetada.

10. Le cubren el rostro con un velo, le abofetean y es hecho el objeto de la irrision y escarnio.

11. Es llevado al concilio de los ancianos y del pueblo, que grita por su muerte.

12. Conducido á la casa de Pilatos donde es acusado.

13. Enviado á la casa de Herodes: este se mofa de Cristo con todos sus cortesanos.

Horas.

14. Es remitido á Pilatos y pospuesto al infame Barrabás.

15. Atado en la coluna fué azotado con inaudita crueldad.

16. Es coronado de espinas y en esta situacion tan lastimera fué presentado al pueblo.

17. Despues que fué condenado á muerte tuvo que ir al Calvario con la cruz acuestas.

18. Aquí se le despojó de sus vestidos y se le clavó en la cruz.

19. Ruega por sus mismos verdugos

20. Encomienda su alma á su padre.

21. Muere.

22. Se le abre el costado conun golpe de lanza.

Horas.

23. Desclavan el cuerpo de Jesus y le entregan á su madre.

24. Despues le amortajan y le ponen en el sepulcro.

INVOCACION

A JESUS Y A MARIA.

Salvador del mundo, oh amador de las almas, oh Señor el mas amable entre todas las cosas criadas! vos habeis venido á ganar con el precio de vuestra sangre nuestros corazones, y con esto manifestais el amor infinito con que nos amais, dando la última mano á nuestra Redencion, que es para todos un piélago de bendiciones, que son el precio de vuestros inesplicables dolores y oprobios. Y vos, á fin de que quedase en nuestras almas la

memoria de esta Pasion, instituisteis el Santísimo Sacramento de nuestros altares : *Y á fin de que quedase una memoria perpetua de un beneficio tan grande entre nosotros, nos dió su cuerpo en comida.* (*San Thom. opusc.* 57.) Todas las veces que comereis de este pan, anunciareis la mueste del Señor. (1. *Ad Corinth. c.* 11. v. 26.) Vos, pues, Señor, con este prodigio de amor habeis obtenido de tantas y tantas almas santas que, ardiendo en vivas llamas de vuestra caridad, renunciasen todos los bienes de la tierra y no se ocupasen mas que de amaros, oh amabilísimo Señor! Haced, pues, oh dulcísimo Jesus! que yo traiga continuamente en mi alma la memoria de vuestra pasion; haced sobre todo que yo siendo un miserable pecador, confundido con todos los halagos de vuestra mansedumbre, aprenda y sepa amaros, y tambien poder manifestar mi gratitud y fineza por los inmensos be-

neficios que he recibido de vuestro amor. Acordaos, Señor, que yo soy una ovejilla, por cuya salud vos bajasteis del cielo á la tierra y sacrificasteis vuestra vida. Sé que vos despues que me habeis redimido con el precio infinito de vuestra muerte, me amais del mismo modo, y que conservais por mí la misma predileccion que mostrasteis muriendo por mí. No permitais, oh Padre amoroso! que yo persevere un solo instante en la ingratitud hácia vos, que sois digno de ser amado tan afectuosamente y que habeis hecho tantas cosas para que os amásemos.

Y vos, oh Santísima Madre, Vírgen María, vos que con los dolores que sufristeis teneis tanta parte en la pasion de vuestro Hijo! ¡ay! por el mérito de estos mismos dolores alcanzadme la gracia de esperimentar á lo menos una parte de aquella compasion que vos afligió tan vivamente en la muerte de Jesus,

y que sienta dentro de mi mismo alguna centella del amor que formó todo el martirio de vuestro dolorido corazon.

¡ Oh Señor mio, Jesucristo! que aquella fuerza abrasadora y meliflua de vuestro amor se empape dentro de mi alma, á fin de que muera con el amor de vos mismo, ya que habeis querido morir por mí. (*San Franc. Ass. Orat.* 2.)

EL AMOR DEL ALMA,

O REFLEXIONES, AFECTOS Y PRACTICAS DEVOTAS

SOBRE

LA PASION DE JESUCRISTO.

Primera parte.

DE LOS FRUTOS QUE SE SACAN DE LA MEDITACION DE LA PASION DE JESUCRISTO.

1. El amador de nuestras ánimas, nuestro amantísimo Jesus, declaró espresamente que no tuvo otro fin para venir á la tierra y hacerse hombre que encender en los

corazones de los hombres el fuego de su amor divino. *Yo vine á poner fuego en la tierra, ¿y qué quiero mas sino que arda?* (*Luc. c.* 11. v. 49.) ¡Ah! ¿qué abrasadoras llamas de caridad no ha encendido en muchísimas almas piadosas, y sobre todo con los padecimientos que acompañaron su muerte y se nos manifestó mas y mas su inmenso amor! ¡Oh cuantos corazones dichosos, que con la sola vista de las llagas de Jesus, fragua encendida de amor divino, se inflamaron tanto de amor divino que no dudaron sacrificar sus bienes, sus vidas y á sí mismos, triunfando con su valor de todos los obstáculos que se les presentaban á la vista en la observancia de los mandamientos de este Dios, quien siendo Dios, quiso sufrir tanto por nosotros! Este consejo es el que daba el Apóstol sobre aomm ateria, á fin de que pudiéseests seguir, sin que nada pudiese detenernos, los caminos que llevan

al cielo : *Poneos delante de vuestros ojos á Jesus, que quizo sufrir tal contradiccion de los pecadores contra su misma persona, con el fin de que no perdais la confianza y el ánimo.* (*Heb. c.* 13. v. 3.)

2. A la sola vista de Jesus crucificado y cubierto todo de llagas san Agustin, todo enternecido, se esclamaba de esta manera : ¡Oh dulcísimo Salvador! imprimid vuestras llagas dentro de mi corazon, y que lea en ellas todos vuestros acerbos dolores y vuestro amor. Cuando tuviere delante de mis ojos el retrato de vuestros padecimientos, que vos, oh Dios mio! sufristeis por mí, yo mismo sufriré con paciencia todas las penas y trabajos que me sobrevengan; y viendo despues las pruebas de este indecible amor, que se manifestó en la cruz, ya no amaré, ni me será posible amar á otro sino á vos.

3. ¿De donde tomaron los santos el ánimo y valor contra los tor-

mentos, contra el martirio y contra la misma muerte sino de los sufrimientos de Jesucristo crucificado? San José de Leonisa, religioso capuchino, estando ya cercano á sufrir una operacion muy dolorosa y que para ella le preparaban las cuerdas con las cuales debian atarle los miembros, tomó con sus manos un crucifijo y esclamó: ¿qué cuerdas son estas? Ahí tengo mis cuerdas, este Señor enclavado por mí, este Señor con sus dolores me ata y anima á sufrir cualquier pena por su amor. Y luego sufrió todos los dolores de la operacion sin dar señal alguna de dolor, y no pensó en otra cosa mas que en Jesus, *quien como cordero estuvo mudo delante del que le esquila, y no abrió su boca.* (*Isai.* 53. v. 7.) ¿Quien podrá jamás quejarse de sus trabajos y penas viendo á Jesus, que *quiso ser pisado y despedazado por nuestras maldades?* (*Isai.* c. 53. v. 5.) ¿quien tendrá ánimo para rehusar

obedecer, aunque sea muy costoso, viendo que Jesus obedece hasta morir en una cruz? ¿quien podrá quejarse de las injurias y de los oprobios si vé que á Jesucristo se le trata de insensato, de malvado, le llaman rey por irrision, le hieren las mejillas, le cubren de ultrajes y le cuelgan en un infame patíbulo?

4. ¿Y quien podrá amar otra cosa si no es Jesus, que muere en medio de tormentos tan atroces y de insultos inauditos para adquirir y llevarse mejor nuestro amor? Un solitario muy devoto pedia á Dios le enseñase que era lo que debia hacer para amarle perfectamente, y el Señor le manifestó que para llegar á este grado de perfeccion no debia practicar otro ejercicio que meditar con mucha frecuencia su pasion. La seráfica doctora mística, santa Teresa de Jesus, se lamentaba y condolia amargamente el que algunos libros le habian enseñado, que el meditar mucho sobre la

pasion de Jesucristo, podia servirle de embarazo para la contemplacion del mismo Dios. Decia : *¡Oh! Señor de mi alma, y bien mio Jesucristo crucificado! no me acuerdo vez de esta opinion que tuve, que no me dé pena; y me parece que hice una gran traicion... ¿Es posible, Señor mio, que cupiera en mi pensamiento, ni una hora, que vos mismo me habiades de impedir para mayor bien? ¿De donde vinieron á mí todos los bienes sino de vos?* y luego continuaba : *y veo muy claro, y he visto despues, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo su Magestad se deleita.* (Cap. 22. de su Vida nº 2. 3.)

5. De ahí procede, decia el P. Baltasar Alvarez, la ruina y perdicion de muchos cristianos, porque no saben los grandes tesoros que están escondidos en Jesucristo. Por este motivo la meditacion de los pade-

cimientos de Jesus era su devocion favorita y usual, deteniéndose con particular estudio en la meditacion de la pobreza, de los oprobios y dolores de nuestro Salvador. Con esto exhortaba á sus penitentes que meditasen su pasion, y les decia que no pensasen haber hecho cosa buena si no llegaban á tener su corazon siempre fijo en Jesucristo crucificado.

6. Todos los que se propongan caminar de virtud en virtud y adquirir nuevas gracias, decia san Buenaventura, han de meditar incesantemente en la pasion de Jesus : *Si quieres, oh hombre! progresar de virtud en virtud y de una gracia á otra, medita todos los dias la pasion de Cristo. No hay ninguna cosa que apresure tanto nuestra total santificacion como la meditacion de la pasion de Cristo.* No hay otro ejercicio, añade despues, mas eficaz para la santificacion de las almas como el considerar los sufrimientos

de Jesucristo. Una sola lágrima derramada pensando en la pasion de Jesus decia san Agustin (*Ap. Bernad de Bustis*), vale mas que una peregrinacion á Jerusalen y un año de ayunos á pan y agua. En efecto, es así, pues que el Salvador padeció tanto á fin de que nosotros continuamente pensásemos en él; y cuando uno se ocupa en estos pensamientos es imposible que no sienta el fuego ardoroso del amor divino. *La caridad de Jesucristo nos insta* (2. *ad Corint.* c. 5. v. 14.), decia san Pablo : si son pocos los que aman à Jesus, esto proviene porque son pocos los que meditan sus penas y sufrimientos; pero el que medita muchas veces sus trabajos no puede vivir sin que ame. *La caridad de Jesucristo nos urge.* El que quiera esperimentar todo esto, se sentirá tan herido del amor divino que no le será posible dejar de amar á un Dios tan amoroso, que tanto sufrió por él.

7. Por eso el Apóstol aseguraba que no queria saber otra cosa que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado : es decir, que no queria conocer sino el amor que Jesus nos mostró en el madero de la cruz. *No he hecho ostentacion de saber otra cosa entre vosotros sino á Jesucristo, y este crucificado.* (1. *ad Corint. c.* 2. v. 2.) Y en verdad, ¿en qué otro libro podremos aprender mejor la sabiduría de los santos, aquella digo, que nos enseña amar á Dios, que en la pasion de Cristo? El hermano Bernardo Corlion, religioso capuchino y gran siervo de Dios, no sabia leer, y sus hermanos querian que lo aprendiese. Pero él antes quiso consultarlo con un crucifijo, y Jesus le respondió desde lo mas alto de la cruz : ¿Qué necesidad tienes de libros ni de leer? yo mismo soy tu libro, libro en el que puedes leer el amor inmenso que te tengo. ¡Ah! qué asunto tan grande y sorprendente, digno de

ser considerado durante nuestra vida y por toda la eternidad! ¡Un Dios que muere por nuestro amor, un Dios que muere por sus criaturas! ¡Oh! qué objeto tan interesante!

8. Santo Tomás de Aquino fué cierto dia á visitar á san Buenaventura, y pidiéndole aquel de qué libros habia tomado las hermosas doctrinas que habia escrito y publicado, san Buenaventura le mostró un Crucifijo todo ennegrecido con los contínuos besos ú ósculos que el Santo le daba, y le dijo: Ahí tienes mi libro, de este tomo lo que escribo. Lo poco que yo sé, todo lo he aprendido en él. En una palabra todos los Santos han aprendido el arte de amar á Dios meditando en el estudio del Crucificado. Fr. Juan de Alvernia no podia contener las lágrimas, siempre que consideraba las llagas de Jesus. Fray Jacobo de Tuderto no se contentaba con llorar y sollozar cuando oia leer la Pasion de Cristo, sino

que prorumpia en una especie de ahullidos : tanto era lo que se inflamaba en amor de su estimadísimo Redentor.

9. San Francisco de Asis con el estudio de Jesus crucificado, se igualó en amor á los mismos serafines. Todas las veces que meditaba los padecimientos de Jesus derramaba tanta abundancia de lágrimas, que casi habia perdido la vista. Una vez se le encontró que gritaba y se lamentaba, y como se le preguntase cual era la causa de sus lamentos : ¿Qué causa he de tener? respondió el Santo, yo lloro porque veo á mi Dios sufriendo y cubierto de oprobios; yo lloro porque veo la ingratitud de los hombres que no le aman y le olvidan. Todas las veces que oia balar algun cordero, su corazon se llenaba de compasion, porque pensaba en los dolores de Jesus, cordero sin mancha, inmolado en el árbol de la cruz por los pecados de los hombres. Y

tan lleno estaba de amor, que ninguna cosa recomendaba á sus hijos con mayores instancias que el que pensasen continuamente en la pasion de Jesus.

10. Este es el gran libro en que hemos de estudiar: Jesus crucificado; si le leemos constantemente aprenderemos dos cosas de suma importancia, y son: temer el pecado y amar á un Dios tan bondadoso. En efecto, en las llagas de Jesus leemos la malicia del pecado que obligó á todo un Dios morir con un suplicio afrentoso para satisfacer á la justicia divina, y tambien el amor que este mismo Dios ha manifestado sometiéndose á unas penas tan atroces, á fin de que entendiésemos cuanto era el amor que nos tenia.

11. Roguemos á la madre de Dios, la Vírgen María, que nos alcance de su Hijo la gracia do poder entrar en aquellas fraguas de amor divino, donde están ya ardiendo

tantos corazones enamorados, y que todos nuestros afectos terrenos queden consumidos y anonadados: que no quede dentro de nosotros sino lo que sirva para inflamarnos en un santo amor divino, que santifique nuestras almas en la tierra y las haga dichosas en el cielo.

CAPITULO I.

—

DEL AMOR DE JESUCRISTO CONSIDERADO EN SU VOLUNTAD DE SATISFACER LA JUSTICIA DIVINA POR NUESTROS PECADOS.

1. Leemos en la historia un acontecimiento, ó mas bien, un prodigio admirable de amor, que siempre será el asombro de todos los siglos. Un rey muy grande, señor de muchos reinos, no tenia mas que un hijo solo, tan hermoso, tan afable, tan cariñoso y sabio que este jóven príncipe era el embeleso y la dicha de su padre, quien le amaba como á sí mismo. Este jóven príncipe amaba con especial ternura á uno de sus esclavos, el cual habiéndose

hecho culpable de un crímen muy grande, se le condenó á muerte; y el jóven príncipe se ofreció á morir por él. El rey, que era muy justiciero, perdonó al esclavo, pero condenó á muerte á su amado hijo.

2. Este caso tan singular, que no se ha visto, ni se verá otro que sea igual, le encontramos estampado en nuestros Evangelios, donde leemos, que habiendo sido condenado el hombre á una muerte eterna por causa de sus pecados, el Hijo de Dios, Señor del Universo, se revistió de la naturaleza humana, y muriendo quiso pagar por sí mismo la deuda del hombre. *Fué ofrecido porque él lo quiso así* (*Isai.* c. 53. v. 7.) El Padre eterno resolvió que muriese en una Cruz por la salud de todos los miserables pecadores. *No perdonó á su propio hijo, sino que le entregó á la muerte por todos nosotros.* (*Ad Rom.* c. 8. v. 32.) ¿Qué os parece, almas devotas, de este amor del Hijo, y del Padre? ¡Ay, Redentor

mio! ¡Vos habeis querido sacrificaros para merecer mi perdon con el precio de vuestra vida! ¿qué puedo yo hacer para manifestaros mi gratitud? Vos me habeis obligado de un modo estraordinario á que os amase, y seria muy mucho ingrato si no os amase de todo mi corazon. Vos me habeis dado vuestra vida divina; yo, pecador infeliz, tal como es mi vida os la doy. ¡Ah! pudiera emplearla ya toda entera en amaros, obedeceros y agradaros!

3. ¡Oh hombres, oh hombres, amemos á este Redentor, que siendo el mismo Dios, no se ha desdeñado de cargarse de nuestros pecados y satisfacer por ellos las penas y castigos que nosotros merecíamos: *Verdaderamente cargó sobre sí mismo nuestros dolores y tambien sobrellevó nuestras dolencias.* Dios, decia san Agustin, nos crió con su omnipotencia; pero nos ha rescatado del cautiverio de la muerte eterna con sus propios dolores: *Con su poder nos dió*

el ser y con sus penalidades nos compró. Cuanto no os debo ¡ oh Jesus, Salvador mio ! Si yo derramase mil veces toda mi sangre, y si diere mil vidas por vos, todo esto aun seria poco. ¡ Oh ! quien meditase continuamente en el amor que habeis manifestado en vuestra pasion; ¿ podria amar otra cosa que á vos? Por este ardiente amor con el que habeis amado tanto en la cruz, hacedme la gracia de que os ame de todo mi corazon. Yo os amo, bondad infinita ; yo os amo sobre todas las cosas y no quiero otra recompensa sino vuestro santo amor.

4. Pero, repite san Agustin, ¿cómo ha sido posible, oh Dios mio y Salvador del mundo! cómo ha sido posible que siendo yo el que he cometido el delito, vos hayais tenido que sufrir la pena de mi crimen ? *¿A donde os llevó este amor ¿ Yo, yo obré inicuamente y vos sois condenado á padecer.* Y bien, ¿qué os importaba, dice san Bernardo, el que

todos nosotros pereciésemos y se nos castigase como merecíamos? ¿debiais por ventura vos, oh Dios mio! expiar vuestros pecados con tantos sufrimientos; debiais acaso morir para libertarnos de la muerte? *¡ Oh buen Jesus! ¿ qué interés teneis? ¿ Nosotros debiamos morir y vos pagais la pena? ¿ Nosotros somos los reos, y vos pagais con la vida? ¡oh accion nunca vista, gracia no merecida; y caridad inmensa!* (*Quodl.* 5.) Obra que no ha tenido ni tendrá otra que sea semejante, gracia que nosotros no éramos capaces de merecer, amor que ninguna inteligencia criada puede comprender.

5. El profeta Isaías habia predicho que nuestro Redentor seria condenado á muerte y llevado al sacrificio como un cordero inocente: *Como oveja será llevado al matadero.* (*Isai. c.* 53. v. 7.) ¡ Qué asombro no debia causar á los ángeles, oh Dios mio, al ver que su Señor inocente era llevado como una víctima pu-

ra ser inmolada en el era de la cruz, por amor de los hombres! ¡qué pasmo no infundiria á los ángeles, y aun á los del infierno viendo á un Dios ajusticiado como un rebelde en un infame patíbulo, por satisfacer los pecados de sus criaturas!

6. *Cristo nos redimió de la maldicion de la ley siendo hecho antes por nosotros objeto de maldicion*; (*porque está escrito, maldito todo aquel que está colgado en un madero á fin de que la bendicion de Abrahan tuviese lugar en los Gentiles.* (*Ad Galat. c.* 3. v. 13.) *Él fué objeto de maldicion en la cruz*, decia san Ambrosio, *para que tú fueses objeto de bendicion en el reino de Dios.* Así pues, oh Salvador mio muy amado! á fin de alcanzar en mi favor las bendiciones divinas, habeis sufrido la afrenta de comparecer clavado en una cruz, maldecido y escarnecido á la vista de todos, desamparado en vuestra agonía de vuestro mismo padre, lo que os forzó á esclamar

con aquellos gritos tan dolorosos: *Dios mio, Dios mio, porqué me habeis desamparado!* (*Matt. c.* 27. v. 26.) Esplicando estas palabras Simon de Casia, dice que Jesus quedó desamparado en su pasion para que nosotros no quedásemos abandonados en nuestros pecados. ¡Oh prodigio de piedad! ¡Oh esceso prodigioso del amor de un Dios para con los hombres! ¡Ah! ¿es posible que haya hombres, oh Jesus mio! que crean en vos y no os amen?

7. Jesucristo *nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.* (*Apoc. c.* 1. v. 5.) ¡Ved, oh mortales! hasta donde llegó el amor de Jesus que para purificaros de las inmundicias de los pecados, ha querido, perdiendo su vida, prepararos un baño de salud con su propia sangre! *Ofrece*, dice Contenson, *una sangre que clama con mas fuerza que la de Abel; porque la de este reclama la justicia, pero la de Cristo implora la misericordia.* (*Theolog.*

tom. 2. *lib.* 10. *dis.* 3.) Aquí se esclama san Buenaventura : *¡Oh buen Jesus! ¡qué habeis hecho!* ¿Adonde os ha llevado el amor? ¿qué habeis encontrado en mí qué asi hayais quedado prendado de mi naturaleza? porque, ¿qué es lo que amais en mi? *¿que es lo que yo soy?* ¿A qué padecer vos tanto por mí? ¿quien soy yo? ¿qué es lo que valgo? ¿y porqué habeis querido comprar mi amor á un precio tan exorbitante? Bendito y alabado seais para siempre.

8. *Oh vosotros, todos cuantos pasais por este camino, atended y ved, si hay algun dolor que pueda compararse al mio.* (*Thren.* c. 1. v. 12). Cuando el Doctor seráfico reflexionaba sobre estas palabras del profeta Jeremías, como proferidas por nuestro Redentor mientras estaba muriendo en la cruz por nuestro amor decia : *Antes bien, Señor mio, atenderé y veré, si hay ningun otro amor como el vuestro.* Como si dije-

re: ya veo, ya atiendo, oh amorosísimo Jesus mio! cuanto habeis padecido en este infame leño; pero lo que mas me obliga á amaros es saber el grande afecto que me habeis manifestado con tanto padecer, sin otro fin que el que yo os amase.

9. Lo que mas estimulaba á san Pablo á que amase con mas ardor á Jesus, era pensar que Jesucristo habia muerto no solamente por todos, si que tambien por el mismo: *Me amó y se entregó á sí mismo por mí.* (*Ad. Galat.* c. 2. v. 20). Esto que decia san Pablo debe cada uno de nosotros repetirlo; pues, como asegura san Juan Crisóstomo: *amo tanto á cada uno de los hombres como á todo el mundo.* Por lo que todos y cada uno en particular no está menos obligado á Jesucristo, porque él padeció de tal modo por todos, como si no hubiera padecido mas que por uno solo. Dime, hermano mio, si Jesus no hubiese muerto mas que por tí solo, abandonando á todos los

demas en su ruina original, ¿cuan obligado no le estarias? Pues debes saber que le estás muchísimo mas obligado, porque murió por todos. En efecto, si él no hubiera muerto mas que por tí, ¿qué sentimiento y pena no esperimentarias que tu conocidos, padres, hermanos y amigos se hubiesen de condenar, y qu tuvieras que separarte eternamente de todos ellos despues de esta vida s Si hubieras sido hecho esclavo con toda tu familia, y viniese alguno á sacaros de este infelicísimo estado, ¿ de qué modo no instarias y rogarias á este bienhechor á fin de quo se compadeciese de tus padres y de tus hermanos ? ¿ y que de gracias no le darias si lo hiciera por amor de tí ? ¡ Ah dulcísimo Redentor mio! esto mismo habeis hecho vos por mí, sin que yo os le pidiera ; no solamente me habeis libertado de la muerte y me habeis rescatado con el precio infinito de vuestra sangre, si que tambien á mis padres, her-

manos y amigos, de modo que puedo esperar que gozaré con ellos do vuestra amable presencia en la gloria celestial. Señor, os doy infinitas gracias, y os amo con la confianza de poder daros las gracias y amaros eternamente en la patria celestial.

10. ¿Quien podrá jamás esplicar como es debido, dice san Lorenzo Justiniano, el amor que el Verbo divino tiene á cada uno de nosotros; amor mas grande que el de los hijos para con sus madres, y que el de estas para sus tiernos hijos? *Escede á todo afecto maternal y filial la caridad intensa del Verbo divino, ni la elòcuencia mundana es capaz de declarar cuan grande es el amor que tiene á cada uno.* Este amor es tan vehemente, que el mismo Señor reveló á santa Gertrudis, que él estaba dispuesto á morir tantas veces cuantas son las almas condenadas, si fuese posible su redencion. ¡Oh buen Jesus! ¡bien amabilísimo! ¿porqué los hombres os aman tan

doco? ¡ Ah ! dadles á conocer lo que habeis hecho por cada uno de ellos, el amor que les teneis, las ansias de que os amen, y las prendas tan dignas de ser amadas por su hermosura, que vos poseeis; haced, Jesus de mi alma, que os conozcan, haced que todos os amen.

11. *Yo soy el buen pastor, decia Jesucristo, el buen pastor de su vida por sus ovejas* (*J.* 10. 11.) ; pero, Señor, ¿donde encontraremos en el mundo pastores que se os parezcan? Los otros pastores dan la muerte á sus ovejas, para conservar la vida de ellos; mas, vos, pastor muy amado, habeis querido sacrificar vuestra vida divina para conservar la vida de vuestras ovejas. Y yo, oh amabilísimo pastor ! soy por mi dicha una de estas ovejas. ¿Cuan obligado no estoy á amaros y ocupar toda mi vida por vos, ya que por mi amor habeis querido morir? ¿qué confianza no he de tener yo en vuestra sangre tan preciosa, si veo

que ha sido derramada para satisfacer por mis pecados? *Dirás en aquel dia · Señor, os daré gracias y os alabaré... He aqui Dios, mi Salvador, obraré con confianza, y no temeré.* (*Isai. c.* 12. v. 1. 2.) ¿Cómo, pues, puedo desconfiar jamás de vuestra misericordia, oh Dios mio! si considero vuestras llegas? Acudamos, oh pecadores! y recorramos á Jesus, el cual, en el madero de la cruz como un trono de misericordia, ha aplacado la justicia divina, irritada contra nosotros. Si nosotros hemos ofendido á Dios él ha hecho la penitencia por nosotros, y basta que nosotros nos arrepintamos.

12. ¡Ah carísimo Salvador mio, á que os ha reducido la compasion y amor que teneis conmigo! Delinque el esclavo, y vos, Señor, pagais la pena! Si pienso en mis pecados, debo temblar por el castigo que merezco; pero considerando vuestra muerte, tengo motivos mas poderosos de confianza que

de temor. ¡Ah sangre preciosísima de Jesus, tú eres toda mi esperanza? Mas esta sangre, así como nos da ánimo, tambien nos obliga á que seamos todos de nuestro Redentor. *¿Ignorais por ventura*, dice san Pablo, *que ya no sois de vosotros; y que habeis sido comprados á gran precio?* (1. *ad Corint. c.* 6, v. 19. 20.) Ya pues, Jesus mio, no puedo disponer mas de mí sin cometer una enorme injusticia, ni tampoco de cuanto me pertenece. Vos me habeis comprado con el precio de vuestra sangre. Mi cuerpo, mi alma, mi vida no son cosas mias; son vuestras y todas vuestras. Así, pues, no quiero otra cosa que esperar en vos, solo quiero amaros, oh Dios mio! crucificado y muerto por mi amor. No os puedo ofrecer otra cosa que esta alma redimida con vuestra sangre, esta misma os ofrezco. Hacedme la gracia de que os ame, pues no quiero otra cosa mas que á vos, Salvador mio,

mi Dios, mi amor y todas las cosas. Hasta el presente solo con los hombres era agradecido, y solamente con vos desagradecido. Mas ahora os amo y no tengo otra pena que me aflija tanto como el haberos disgustado. ¡Oh buen Jesus! Dadme una santa confianza en vuestra pasion. Desarraigad de mi alma todos los afectos que no son por vos, solo quiero amar á vos, que sois el único acreedor á mi amor y quien tanto me habeis obligado á que os ame.

13. ¿Y quien será capaz de no amaros, quien podrá resistirse á vuestro amor, viendo que sois el Hijo muy amado del eterno Padre, y habeis querido por nosotros morir con una muerte tan cruel y atroz? Oh María! madre del amor castísimo, por los méritos de vuestro abrasado corazon obtenga vivir solo para amar á vuestro hijo, que siendo él digno de un amor infinito ha querido con tantas penas adquirir mi amor, que soy un peca-

dor miserable. ¡Oh amor de las almas, Jesus mio, yo os amo, yo os amo, yo os amo! Mas muy poco es lo que os amo, dadme pues un amor mas grande, dadme un fuego divino y viva ardiendo siempre en amor divino. No merezco esta gracia, pero vos la mereceis, oh bondad infinita! Amen, asi lo espero, asi sea.

CAPITULO II.

—

JESUCRISTO QUISO PADECER MUCHO POR NOSOTROS, PARA QUE COMPRENDIESEMOS EL AMOR INFINITO QUE NOS TENIA.

1. Dos cosas, escribió Ciceron- dan á conocer al verdadero aman' te, y son hacer bien á la persona amada, y tambien padecer por ella; esto último es la prueba mas cierta del verdadero amor. Dios con los innumerables favores de que habia colmado al hombre, bien manifestaba el amor escesivo que le tenia; pero el hacerle bien, dice san Pedro Crisólogo, pareció que era muy poco á su inmenso amor, si no encontraba otro modo de manifes-

tarlo cuanto amaba al hombre con padecer y morir, como lo hizo revistiéndose de la naturaleza humana. *Creo que todo seria muy poco, si no mostrase su afecto padeciendo tantas adversidades.* ¿Y qué otro modo podia inventar la sabiduría divina para manifestarnos el inesplicable amor que nos tiene, si no es con el de hacerse hombre y padecer por nosotros? *No era posible declarar el amor de otra manera,* escribe á este propósito san Gregorio Nacienceno. ¡Amado Jesus, vos habeis hecho demasiados esfuerzos para declararme vuestro afecto y para que quedase enamorado de vuestra bondad! Muy grande injuria seria si yo os amase poco ó amase otra cosa que á vos.

2. ¡Ah! un Dios que se presenta á nuestros ojos llagado, crucificado y moribundo, dice Cornelio á Lapide (1. *ad Corint.*), nos da la prueba mas espresiva del amor que nos tiene: *En la cruz Dios nos da prue-*

bas de un amor infinito. Antes que este célebre comentador nos dijera esto, san Bernardo nos habia ya declarado que Jesus dió á conocer en su pasion, que el afecto que nos tenia no podia ser mayor de lo que era. *El árbol de la cruz nos muestra una caridad sin límites y sin comparacion.* (*De Pass. c.* 41.) El apóstol san Pablo nos asegura que cuando Jesucristo resolvió morir por los hombres, á fin de salvarlos, quiso con esto darnos una idea del amor de todo un Dios hácia nosotros, que somos criaturas miserables: *despues que Dios, Salvador nuestro, ha manifestado su benignidad.* (*Ad Tit. c.* 3. v. 4.) Pues, Señor, ahora veo claramente que todas vuestras llagas me hablan del amor que me teneis; ¿y quien á vista de tantas pruebas de vuestra caridad podrá resistirse á amaros? Con mucha razon decia la seráfica madre santa Teresa de Jesus: Oh amabilísimo Jesus, el que

no os ama, da muestras de que no os conoce!

3. Es cierto que Jesucristo podia salvarnos sin padecer, y llevando una vida tranquila y deliciosa; mas no, dice el apóstol san Pablo: *viendo el gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de las ignominias.* (*Ad Heb. c.* 12. v. 2.) Despreció las riquezas, las delicias, los honores terrenos, eligió una vida pobre y una muerte dolorosísima con todos los oprobios. ¿Y porqué todo eso? ¿No era mas que suficiente el que suplicase con una sencilla oracion á su eterno Padre que perdonase al hombre, la que siendo de valor infinito bastaba para salvar á todo el mundo y á mil mundos? ¿porqué, pues, escogió tantas penas con una muerte tan cruel; que segun Contenson (*Theolog. tom.* 2. *lib.* 10. *diss.* 4.), en sus agonias el dolor le arrancó el alma del cuerpo? ¿y porqué tantos sacrificios para redimir al

hombre? Bastaba, responde san Juan Crisóstomo, bastaba una sola súplica de Jesus para redimir al hombre; pero no bastaba para ponernos de manifiesto todo el amor que este gran Dios tiene al hombre. *Lo que era suficiente para la redencion no lo era para el amor.* (*Sermon* 128.) Lo cual confirma santo Tomás con estas palabras: *Como Cristo padeció por un efecto de su caridad recompensó con esto mucho mas de lo que era debido por razon de la ofensa del linage humano.* (3. *p. quæ est.* 48. *a.* 2.) Porque como Jesus nos amaba tanto, queria que nosotros le amáramos del mismo modo, y que con esto hizo cuanto estuvo do su parte á fin de conciliarse nuestro amor, y comprendiésemos que ya no era posible hacer otra cosa mayor para hacerse amar de los hombres: quiso, dice san Benardo, fatigarse muchísimo y padecer tanto sin mas interés que obligar al hombre que le amase del mismo modo.

1. ¿Qué mayor prueba de amor puede darse á la persona amada, dice el Salvador, que perder la vida por ella? *Nadie tiene un amor mas grande, que el que espone y da su vida por sus amigos.* (*Joan. c.* 15. v. 13.) Pero vos, oh Salvador amantísimo! dice san Bernardo, habeis hecho mas que esto, pues que habeis sacrificado vuestra vida por nosotros, que no éramos amigos vuestros, sino enemigos y rebeldes: *Vos, Señor, habeis tenido mas caridad, dando vuestra vida por vuestros enemigos.* Esto mismo nos advirtió el Apóstol, escribiendo á los de Roma: *Lo que da mas esplendor y grandeza á la caridad de Dios para con nosotros es que siendo pecadores como éramos á este tiempo señalado Cristo murio por nosotros.* (*Ad Rom. c.* 5. v. 8.) Asi es, Jesus mio, vos habeis querido morir por mí, que era vuestro enemigo; y ¿podré yo resistir á tanto amor; Aquí estoy, ya que vos deseais con

tanto anhelo que yo os ame, os amo sobre todas las cosas, echo fuera de mí todo amor que no sea vuestro; solo quiero vuestro amor.

5. San Juan Crisóstomo dice que el principal fin que se propuso Jesucristo en su pasion fué el poner á la vista de todos su intensísimo amor, y por este medio atraerse nuestros corazones, teniendo delante de nuestros ojos los males que habia sufrido. *Esta fué la primera causa de la pasion del Señor, porque quiso que el hombre entendiese cuanto le amaba Dios, quien mas quiso ser amado que temido.* Santo Tomás añade: que nosotros por medio de la pasion de Jesus, conocemos toda la grandeza del amor de Dios para con el hombre. *Con esto conoce el hombre cuan grande es el amor qus Dios le tiene.* Mucho tiempo antes no habia dicho el evangelista san Juan *Con esto entendimos lo que era la caridad de Dios, porque él dió su vid por nosotros.* ¡Ah Jesus mio, corde-

ro sin mancilla, sacrificado por mí en el árbol de la cruz! *haced que tantos trabajos no sean perdidos por mí*, haced que consiga el fin de tantas penas. Atadme estrechamente con las blandas cadenas de vuestro amor, á fin de que no os deje ni me separe jamás de vos: *Jesus dulcísimo, no permitais que yo me separe de vos; no permitais que yo jamás sea separado de vos.*

6. Cuenta san Lucas, que hablando Moises y Elias, en la cima del monte Tabor, de la pasion de Cristo, dijeron que era un esceso: *y hablaban del esceso que habia de completar en Jerusalen.* (*Luc. c.* 9. v. 31.) Sí, dice el Doctor seráfico, con mucha razon se llamó esceso á la pasion de Cristo, porque *fué un esceso de dolor y tambien un esceso de amor.* Y un teólogo muy devoto añade: *¿qué mas pudo padecer de lo que padeció? llegó al último esceso de dolor y de amor.* (*Contenson. lib.* 1.—¿Y quien podrá dudarlo?

ley divina solo manda que nos amemos como á nosotros mismos, pero Jesus ha amado á los hombres mucho mas que á sí mismo, dice el padre san Cirilo. Pues, amabilísimo Redentor mio, os diré con san Agustin, vos habeis llegado al punto de amarme mas que á vos mismo, porque con la mira de salvarme habeis querido perder vuestra vida divina, infinitamente mas preciosa que la vida de todos los hombres y de todos los ángeles juntos : *Me amaste mas que á tí porque quisiste morir por mí.*

7. *¡Oh Dios infinito,* se esclama el abad Guerrico, *vos por amor del hombre (si es permitido decirlo), habeis llegado á ser pródigo de vos mismo! ¿Cómo no,* añade, *si habeis querido dar no solamente vuestros bienes, si que tambien á vos mismo para recuperar al hombre perdido?* ¡Oh prodigio, oh esceso de amor digno solamente de una bondad infinita! ¿Y quien jamás podrá, dice

santo Tomás de Villanueva, ni aun concebir débilmente la inmensidad de vuestro amor, ¡oh Señor mio! con haber amado tanto á nosotros, débiles gusanillos, muriendo en una cruz, sí, muriendo en una cruz? ¡Ah! este amor, concluye el mismo Santo, escede toda medida y es superior á toda inteligencia.

8. Es una cosa sumamente grata verse amado de alguna persona, y en particular cuando la persona es tal que puede proporcionar alguna felicidad. Pues, ¿cuanto no será mas grato y dulce el saber que Dios nos ama y que puede hacernos felices por toda una eternidad? En la ley antigua el hombre no estaba tan convencido de que Dios le amase tan tiernamente; pero despues que aquel ha visto al mismo Dios pendiente de un patíbulo, derramando su sangre y muriendo por el hombre, ¿cómo podrá ya dudar desde entonces de que Dios le ama con toad la ternura y efusion de su co-

razon? ¡Oh alma mia! mira á Jesus clavado en aquel madero de la cruz, todo llagado, sin tener donde reclinar su hermosa cabeza; considera que con aquellas sangrientas heridas te hace tocar el amor infinito de su corazon enamorado: *se nos abre de par en par la arca de su corazon, con las aberturas de su cuerpo*, dice san Bernardo. ¡Amor mio Jesus! me causa una afliccion indecible veros morir entre tantos tormentos y angustias en este infame leño; pero me sirve de grande consuelo y me enamora de vos conocer por medio de estas llagas preciosas el amor inesplicable que me teneis. Serafines, que por vuestro amor estais tan encumbrados en lo mas alto de los cielos; ¿qué os parece del amor y caridad de mi Dios, *quien me ha amado tanto, que se ha entregado todo entero por mí*?

9. San Pablo decia que cuando los Gentiles oyan predicar á Jesus crucificado por los hombres, pen-

saban que todo esto era una necedad que debia despreciarse : *pero nosotros predicamos á Jesus crucificado, lo que es un escándalo para los Judíos y una locura para los Gentiles.* (1. *ad Cor.* c. 1. v. 25.) ¿Cómo es posible. decian los Gentiles, creer que un Dios todo poderoso, que no necesita de nadie para ser felicísimo, como en realidad lo es, quisiera hacerse hombre y morir en un infame patíbulo para salvar al hombre? Esto seria lo mismo, repetian, que creer en un Dios, que se volvió loco por un efecto de amor hácia los hombres : *Gentibus autem stultitiam.* Con esto no quieren creer en Jesucristo. Mas esta grandiosa obra de la redencion del hombre, que los Gentiles tenian por locura y la llamaban así, la fé nos asegura que Jesucristo la emprendió y completó. *Hemos visto al sabio que parecia haberse vuelto casi loco por su desmedido amor;* decia san Lorenzo Justiniano. En efecto, habia-

mos visto la paciencia eterna, ó el unigénito hijo de Dios, que se habia vuelto loco, si es permitido esplicarse asi, con el amor escesivo que manifestó á los hombres. Sí, ¿no parece una locura, dice Ugo cardenal, que Dios quisiera morir por los hombres?

10. El Beato Jacobo, quien en el siglo habia sido gran literato, despues que se hizo religioso de san Francisco, parecia que se habia vuelto loco con tanto amor á Jesucristo. En una ocasion se le apareció este Señor, y le dijo: Jacobo, ¿porqué haces estas locuras? ¿Porqué las hago? respondió, porque vos me lo habeis enseñado. Si yo soy loco, continuó él, vos lo habeis sido primero por mí, *stultus sum, quia stultior me fuisti*. Del mismo modo Santa María Magdalena de Pazzi, cuando estaba en algun arrobamiento, se esclamaba: *¡Oh Dios de amor, ¡oh amoroso Dios! Demasiado es, Jesus mio, el amor es*

cesivo que teneis á los hombres. En una ocasion estando en un éstasis fuera de sí, tomó un crucifijo y echando á correr por el monasterio gritaba : *¡Oh amor! ¡Oh amor! No cesaré jamás, Dios mio, de llamaros amor.* Despues mirando á las religiosas les decia : *¿No sabeis, carísimas hermanas, que mi amado Jesus no es otra cosa que amor ? Aun me parece que en cierto modo es como poco por amor. Tal digo que sois, Jesus mio, y siempre lo diré.* Despues de esto levantaba los ojos al cielo y continuaba asi : *¡Oh amor! ¡Oh amor! dadme, Señor mio, una voz tan grande, que llamándote sea oida en todas las partes del mundo, hasta en el mismo infierno.* Alguna vez se puso á tocar las campanas para que todos viniesen, si hubiera sido posible, como ella deseaba, á amar á su estimadísimo Jesus.

11. Sí, Redentor mio (permitidme que os lo diga), mucha razon tenia esta vuestra esposa de llama-

ros : *loco de amor* : Pues, en efecto, ¿no parece una locura el haber querido morir por mí, ingrato como soy, de quien ya preveiais las ofensas y traiciones que os haría? Pues ya que, oh Dios mio! habeis llegado al estremo de volveros como loco por mí, ¿cómo es que yo no me vuelvo loco de amor por vos? Despues que os he visto muerto por mí, ¿cómo es posible pensar sino en vos, ni amar otra cosa que á vos? Sí, Señor mio, sumo bien mio, el mas amable entre todas las cosas criadas, os amo mas que á todo lo que no sois vos. Os prometo que de hoy en adelante no amaré sino á vos, teniendo siempre presente el amor ardiente que me habeis mostrado, muriendo por mí con tantos dolores.

12. ¡Oh azotes, oh espinas, oh clavos, oh cruz, oh llagas, oh fatigas, oh muerte de mi Jesus! vosotros mucho me obligais é induci á amar al que tanto me ha amado

¡Oh hijo de Dios hecho hombre, oh Dios amoroso, que mi alma se enamore de vos! Quisiera amaros tanto, que nada encontrase deleitable sino el seros agradable, dulcísimo Señor mio; pero ya que vos deseais con tanto anhelo mi amor, protesto que no quiero vivir sino por vos. Quiero hacer todo lo que vos quereis de mí. ¡Ah Jesus mio! ayudadme. haced que yo os complazca enteramente y siempre por toda la eternidad. María, madre de Jesus y de mí, rogad por este miserable pecador, á fin de que me haga participante de su amor, pues en esta vida no anhelo otra cosa que amar á Jesus, y despues continuar amándole por toda la eternidad: Amen.

CAPITULO III.

—

JESUCRISTO DESDE LOS PRIMEROS INSTANTES DE SU VIDA QUISO POR NUESTRO AMOR SUFRIR LAS PENAS DE SU DOLOROSA PASION.

1. El Verbo del eterno Padre vino al mundo á tomar carne humana, para obligar al hombre á que le amase; por lo cual vino con un deseo tan vehemente de padecer por nuestro amor, que parece no quiso perder un solo instante de atormentarse á sí mismo, á lo menos con el pensamiento. Apenas fué concebido en el seno de María, cuando ya se le representaron en su mente los padecimientos de su muerte, y con el fin de obtener por

nosotros el perdon y la divina gracia, se ofreció á su eterno Padre en satisfaccion de nuestras culpas, pagando con sus penas lo que nosotros merecíamos. Y yo, Redentor mio, ¿qué he hecho y qué he padecido hasta ahora por vos? Si yo por vos sufriese por el espacio de mil años todos los tormentos de los santos mártires, aun seria poco en comparacion de lo que vos padeciste en aquel primer instante, en que os ofreciste y empezasteis á padecer por mí.

2. Los mártires padecieron, sí, en el martirio agudísimos dolores é ignominias sentidísimas; pero todo no duró mas que su martirio. Jesus no cesó de padecer desde el primer momento de su vida todas las penas de su pasion; porque desde aquel primer momento tuvo delante de sus ojos aquella horrorosa perspectiva de tormentos é injurias soeces que debia recibir de los hombres. De ahí es que él mismo

nos dice por boca del Profeta: *Siempre tengo á la vista mi dolor.* (*Psalm.* 37. v. 18.) ¡Ay Jesus mio, vos por mi amor habeis sido tan codicioso de padecer, que antes del tiempo debido ya habeis querido sufrir; y yo soy tan codicioso de los placeres de la tierra! ¡Cuantos disgustos no os he dado para contentar y regalar mi cuerpo? Señor, por los méritos de vuestras fatigas arrancad mis afectos de todas las delicias mundanas. De aquí en adelante propongo por amor vuestro de abstenerme de todas las satisfacciones. *Aquí se nombran aquellas satisfacciones de las que uno quiere abstenerse.*

3. Dios, por un efecto de su benevolencia, quiere que ignoremos las penas y congojas que con el tiempo nos han de incomodar hasta el tiempo preciso que ya somos capaces de sentirlas. Si un malvado á quien se le ha ajusticiado en una horca, hubiese previsto este castigo

ejemplar desde el primer instanto en que hizo uso de su razon, ¿habria podido en ningun momento de su vida tener un breve rato de alegría? Si se hubiese presentado á Saul desde el primer dia en que comenzó á reinar aquella mortífera espada con la que despues se atravesó; si el bárbaro Judas hubiese tenido mucho antes á la vista aquellas cuerdas con las cuales despues se ahogó desesperado, ¡cuan triste y fúnebre no habria sido la vida de estos dos criminales! Pues nuestro amabilísimo Redentor, desde el primer momento de su vida, ya vió los azotes, las espinas, la cruz, los ultrajes de su pasion y la muerte afrentosísima que se le preparaba. Si, cuando veia las víctimas ofrecidas en el templo, que todas eran figuras del gran sacrificio que este cordero sin mancilla debia consumar en el ara de la cruz: cuando veia la ciudad de Jerusalen, sabia muy bien que allí debia acabar su

vida en un piélago inmenso de dolores y de vituperios. Cuando miraba á su carísima madre ya se le representaba verla agonizando de dolor al pié de la cruz, próximo ya él á dar el último aliento. Sí, Jesus mio, la perspectiva horrible de tantos y tantos malos os afligió y atormentó desde el primer instante de vuestra vida : y vos, Salvador mio, todo lo aceptasteis y sufristeis por mi amor.

4. La sola consideracion, oh afectuosísimo Señor mio! de todas las maldades de los hombres, y en particular de las mias, con las cuales ya veiais que se os ofenderia, fué ya motivo poderoso para que toda vuestra vida fuese muy apesadumbrada y amarga; y que ningun hombre la haya esperimentado igual. ¡Oh Dios mío! ¿por ventura hay alguna ley tan bárbara que pueda mandar á Dios que ame tanto á sus criaturas, y que estas en cambio le olviden y le ultrajen con

sus pecados? ¡Ah Jesus mio y amor mio! hacedme conocer toda la grandeza de vuestro amor y que jamás de aquí, en adelante os sea ingrato. ¡Oh, si yo os amase, dulcísimo Jesus; si yo os amase de veras, cuan gustoso y dulce no seria para mí el padecer por vos!

5. Cierto dia se apareció Cristo á la venerable Sor Magdalena Orsini, la que hacia mucho tiempo estaba en una tribulacion muy grande, y la animó para que sufriese sin conturbarse. Mas la sierva le respondió: Señor, vos solo estuviste clavado en la cruz por el espacio de tres horas, y yo ya hace muchos años que sufro esta tribulacion. ¿Qué dices, ignorante, repuso Jesucristo, reprendiéndola? yo desde el primer instante que fui concebido en el seno de mi madre ya sufrí en mi entendimiento los mismos tormentos que despues padecí en la cruz. ¡Ay Redentor mio estimadísimo! como á vista de las fatigas

que vos habeis sufrido por mi amor en todo el tiempo de vuestra vida, puedo quejarme de cualquier cruz que vos me enviais por mi bien? Os doy infinitas gracias porque me habeis redimido con tanto amor y con tanto dolor. Vos, con el fin de alentarme á sufrir en esta vida con paciencia los trabajos y aflicciones, habeis querido cargar sobre vos todos nuestros males. ¡Oh Señor! haced que yo nunca pierda de vista el retrato de vuestros dolores y que sufra los mios por amor vuestro con una santa resignacion.

6. *Tu tribulacion y angustias son tan grandes como el mar.* (*Thren. c.* 2. v. 13.) Así como todas las aguas de los mares son saladas y amargas, del mismo modo toda la vida de Jesucristo fué un mar de amargura sin ningun género de alivio, como lo manifestó á santa Margarita de Cortona. De manera que así como en el mar se juntan todas las aguas de la tierra, tambien

se juntaron en Jesucristo todos los dolores de todos los hombres, por cuyo motivo dijo antes por boca del salmista : *Sálvame, oh Dios! mio porque las aguas*, es decir, las tribulaciones, *han penetrado dentro de mi alma..... llegué hasta los abismos del mar y quede sumergido con la tempestad* (*Psalm.* 68, v. 2, 3.) Como si dijera, sálvame ¡oh Dios mio! porque los afanes han penetrado dentro de mi alma, y yo he quedado sumergido en mi tempestad de ignominias, de insultos y de dolores interiores y esteriores. ¡Ah Jesus mio! mi amor, mi vida, y todas mis cosas, si yo miro en lo esterior de vuestro cuerpo no veo mas que llagas; despues penetro dentro de vuestro corazon desolado y no hallo mas que amarguras y angustias que os causan agonias de muerte. ¡Oh Señor mio! ¿quién sino vos, porque sois la misma bondad infinita, podia llegar á tal estremo de padecer tanto y morir

por una criatura vuestra? Pero vos sois Dios, amais como Dios, y así vuestro amor no puede compararse con otro amor.

7. Decia san Bernardo: *que el padre no perdonó á su hijo, ni este á sí mismo para redimir al esclavo.* (*Sermon. Fer.* 6.) ¡Oh caridad infinita de Dios, oh abismo de bondad! El Padre eterno obliga á Jesus que satisfaga por los pecados todos del hombre: *el Señor cargó sobre sus espaldas la iniquidad de todos nosotros* (*Isai. c.* 53, v. 6); y Jesucristo, para salvar al hombre de una manera mucho mas amorosa, quiere satisfacer por sí mismo y con todo el rigor las penas debidas á la justicia divina; de donde, como asegura santo Tomás, tomó por su cuenta los dolores mas agudos y los vituperios mas inauditos. A este fin el profeta Isaías lo llamó hombre de dolores y el mas despreciado entre todos: *despreciado y el desecho de los hombres; varon de dolores, que*

sabe lo que es padecer. (*Isai. c.* 53, v. 3.) Pues no se puede dudar, que siendo atormentado Jesus en todos sus miembros y en todos los sentidos del cuerpo, las potencias de su alma fueron sumamente mas afligidas, y así las penas internas serian infinitamente mayores que los dolores esternos. Miradle, pues, miradle estropeado, desangrado; que le tratan de impostor, de mago, de fátuo; abandonado de sus mismos amigos, y finalmente perseguido de todos hasta acabar su vida en un infame patíbulo.

8. *Bien sabeis lo que acabo de hacer por vosotros.* (*Joan. c.* 13, v. 12.) Sí, Señor, ya comprendo cuanto vos habeis hecho y padecido por mi; pero entended vos que yo nada he hecho por vos hasta la hora presente. ¡Oh buen Jesus! ayudadme á sufrir algo por vos, antes que la muerte no me sorprenda. Me avergüenzo de comparecer delante de vos; pero ya no quiero ser mas in-

grato y desagradecido de lo que he sido hasta ahora con vos. Vos os habeis privado de todo placer por mí, y así yo renuncio todos los placeres por vos. Vos habeis sufrido tantos dolores por mí, y yo en cambio deseo sufrir todas las penalidades de mi vida, los dolores de mi muerte, como sea de vuestro agrado. Vos os habeis visto abandonado, y yo estaré contento que me abandonen todos, con tal que no me abandoneis vos, único y sumo bien mio. Vos os habeis visto perseguido, y yo acepto todo género de persecucion. Vos finalmente habeis muerto por mí, y yo quiero igualmente morir por vos. ¡Oh mi buen Jesus, mi único tesoro, amor mio y todas las cosas! os amo, dadme para que os ame mas.

CAPITULO IV.

—

DESEOS VEHEMENTES QUE TENIA JESUS DE PADECER Y DE MORIR POR NUESTRO AMOR.

1. Ciertamente fué muy tierna, amorosa y obsequiosa la declaracion que nuestro Redentor hizo de su venida al mundo, cuando aseguró que él habia venido para encender en las almas el fuego del divino amor, y que no pretendia otra cosa sino que ardiese esta celestial y divina llama en los corazones de todos los hombres : *Yo he venido á poner fuego en la tierra, ¿y qué quiero mas, sino que ardas* (*Luc. c.* 12, v. 49.) En seguida dice : que traia como en prensa su

corazon, *coarctor* hasta ser bautizado con el bautismo de su propia sangre, no para lavar sus pecados (pues que le era imposible pecar), sino para lavar nuestras culpas por las que él habia venido á satisfacer con sus penas. *La pasion de Jesucristo se llama bautismo, porque con su sangre somos purificados.* (*S. Bonav.*) De ahí se puede colegir bien, que nuestro amoroso Jesus, á fin de que entendiésemos cuan eficaz era el ardor del deseo que tenia de morir por nosotros, añadió con unas espresiones muy dulces y llenas de cariño, que su corazon estaba como en prensa y muy afanado durante todo el tiempo en que dilataba el padecer por nosotros. He aquí sus mismas palabras: *Yo he de ser bautizado con un bautismo,* de la pasion, *¡oh y cuan comprimido traigo mi corazon, mientras veo que no se verifica!* (*Luc. c.* 12, v. 50.)

2. ¡Ah Dios mio, tan enamorado de los hombres, que mas podiais

decir y hacer para forzarme á que os amase! ¿qué bienes teniais que esperar de mi amor, cuando para conseguirlo habeis querido morir, y lo deseasteis con tanto anhelo? Si un criado mio hubiera deseado solamente morir por mí, con solo esto se habria hecho merecedor de mi cariño y estimacion; ¿y podré yo vivir sin amaros de todo mi corazon, vos, que sois mi rey y mi Dios, que habeis muerto por mí y con deseos tan vehementes de morir, sin otro interés que conseguir que yo os amase?

3. *Sabiendo Jesus que ya habia llegado la hora de su tránsito de este mundo al Padre; y como habia amado á los suyos, en el fin les dió pruebas de un amor mas grande.* (*Joan.* c. 13, v. 1.)

Escribe san Juan que Jesucristo llamó su hora la de su Pasion, porque como nota un espositor devoto, este fué el tiempo por el que mas suspiró en su vida nuestro Reden-

tor divino; porque con padecer y morir por el hombre deseaba que este comprendiese el amor inesplicable que le tenia. *Es muy cara por quien ama la hora en la que uno padece por el amado.* (*Barrad. apud. Spond.*) Padecer por el amado es la accion mas enérgica y adecuada para poner de manifiesto el amor del amante y cautivarse la benevolencia del amado. ¡Ah mi caro Jesus! vos para ponerme de manifiesto toda la vehemencia de vuestro amor no quisisteis encargar á otro sino á vos mismo la empresa grandiosa de mi redencion! ¿Tan grande era el interés que teniais en que yo os amase, que habeis querido padecer tanto para conseguir mi amor? Señor mio Jesucristo, ¿qué mas podiais hacer, si hubierais tenido que alcanzar el amor de vuestro padre celestial? ¿qué habria podido hacer mas un esclavo para lograr el afecto de su Señor, de lo que vos habeis hecho y sufrido por

solo el pequeño interés de que yo vil esclavo é ingrato os amase?

4. Pero ved á nuestro amoroso Jesus próximo á ser sacrificado en el árbol de la cruz por nuestra salud, en aquella bienaventurada noche que precedió á su Pasion. Escuchemos lo que dice á sus discípulos en la última cena : *Con un ardor vehemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros antes de mi Pasion.* (*Luc.* 22, v. 15.) Considerando sobre estas palabras san Lorenzo, asegura que todas ellas eran voces espresivas de amor. *He deseado con deseo, es frase espresiva de una caridad ardiente.* Con esto nos quiso decir nuestro amable Redentor : hombres, tened bien entendido, que esta noche, en la que se dará principio á mi Pasion, esta noche, digo, es el tiempo que en toda mi vida he deseado yo con mas anhelo; porque ahora con mis tormentos y con mi dolorosísima muerte haré que comprendais cuan-

tó os amo, y con esto os obligaré á que me ameis de la manera mas afectuosa que os sea posible. Un autor escribió que en la Pasion de Cristo la omnipotencia de Dios se unió con el amor; que el amor se aproximó hasta el punto donde empieza la omnipotencia, y que esta complació al amor haciendo por este todo cuanto deseaba.

¡Oh sumo Dios! ya que vos os habeis todo enteramente entregado á mí, ¿cómo podré dejar de amaros con todo cuanto hay en mí? Creo, sí, lo creo, que vos habeis muerto por mi, ¿y cómo es que yo os ame tan poco, pues que á cada paso me olvido de vos y de lo que habeis sufrido por mí? ¿Porqué, Señor, cuando pienso en vuestra pasion no me abraso en llamas de amor divino, no soy enteramente vuestro, como tantas otras almas santas que contemplando vuestras penas, han sido presa felicísima de vuestro amor y se entregaron totalmente á vos?

5. La esposa de los Cantares decia que todas las veces que el esposo la llevaba al sagrario de su Pasion se veia por todas partes tan estrechada del amor divino, que desmayando con la abundancia de amor, le era preciso buscar algun alivio á su herido corazon : *Introdújome el rey donde tiene guardado el vino, puso órden en mi amor. Haced que me apoye entre flores, alentadme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor.* (*Cant. c.* 2, v. 4, 5.) ¿Y cómo es posible que si una alma considera la Pasion de Cristo, si cuenta los dolores, y contempla aquellas agonías mortales que aflijieron al cuerpo y la ánima de su amante, no se quede como traspasada de tantas saetas de amor, y suavemente forzada á amar á aquel que tanto nos amó?

¡Oh cordero inmaculado! cuando os contemplo clavado en esta cruz, desgarrado, ensangrentado y afeado, ¿cuan hermoso y amable sois

para mí? Sí, hermoso y amable sois para mí, porque todas estas llagas que veo en vos y que han desgarrado y afeado á este hermosísimo cuerpo, son señales y pruebas del amor infinito con que me amais. ¡Ah! si los hombres os contemplasen continuamente en semejante estado, en el que serviste de espectáculo cierto dia toda la ciudad de Jerusalen, ¿quién seria el que no quedara prendado de vuestro amor? Señor mio muy amado, aceptad mi propósito de amaros, mientras os entrego todos mis sentidos y toda mi voluntad. ¿Podré yo negaros ninguna cosa, despues de haber visto que vos no me habeis negado vuestra sangre, vuestra vida y todo cuanto teneis?

6. Fué tan estraordinario el deseo de Jesus para padecer por nosotros, que en la noche precedente á su muerte fué no solo voluntariamente al huerto, donde sabia ya que debian venir á prenderle los Judios, si que

tambien, sabiendo que el traidor Judas estaba muy cerca con una compañía de soldados, dijo á sus discípulos : *Levantaos, vamos, ved ahí que el traidor ya está cerca.* (*Mat. c.* 14, v. 42. ¡Él mismo quiso salir á su encuentro como si vinieran para conducirle no al suplicio de la muerte sino á la corona de un gran reino. ¡Oh! mi dulcísimo Jesus! ¿vos, pues, salís al encuentro de la muerte con el deseo de morir por el anhelo que teneis de que yo os ame? y yo ¿no desearé morir por vos, Dios mio, para demostraros el amor que os tengo? Sí, Jesus mio, que habeis muerto por mí, yo tambien deseo morir por vos. Ahí teneis la sangre, la vida y todo cuanto poseo : ahí me teneis pronto para morir por vos, como y cuando quisiereis y fuere de vuestro agrado. Recibid este pequeño sacrificio mio, que os ofrece un miserable pecador, el que habiéndoos antes ofendido, ahora os ama mas que á sí mismo.

7. San Lorenzo Justiniano considera aquel *tengo sed*, que profirió Jesucristo en la cruz, estando próximo á morir, y dice que aquella sed de Jesus no fué sed causada por falta de humor; sino aquella sed que provenia del amor ardiente que tenia por nosotros. *Esta sed era un efecto de la caridad que le abrasaba.* Quiso nuestro Salvador declarar mas y mas con estas palabras *tengo sed*, que esta sed era un deseo encendido que tenia de sufrir y padecer por nosotros, manifestándonos su amor y el deseo mismo que tenia de ser amado, con el fin de obrar nuestra salud y conseguir nuestro amor.

¡Oh! Dios mio y amor mio! ¿es posible que una demasía de tanta bondad ha de quedar sin ser correspondida? Se dice que amor con amor se paga; pero ¿con qué podrá compararse vuestro amor? seria menester que algun otro Dios muriese por vos, á fin de poder

corresponder al amor que vos habeis manifestado, muriendo por nosotros. ¿ Cómo pues, Señor mio, podeis decir que vuestras delicias eran el estar con los hombres, si no habeis recibido de estos mas que injurias y ultrajes? ¡ Ah ! el amor en vos transforma en delicias los dolores y los ultrajes que sufris por mí !

8. ¡ Oh Redentor amabilísimo ! ya no quiero resistir por mas tiempo á vuestras finezas. Entre todas las cosas del mundo vos solo sereis la única y sola cosa que mi alma amará. Vosos habeis hecho hombre para tener una vida que dar por mí, yo quisiera mil vidas para poderlas consagrar todas á vos. Os amo, bondad infinita, y os quiero con todas mis fuerzas : quiero emprender y hacer cuanto pueda para daros gusto. Vos, siendo inocente, habeis padecido tanto por mí : yo pecador, que merecia ser undido en el infierno, quiero padecer todo lo que vos

querais. Alentad, Jesus mio, por vuestros méritos estos deseos mios, que vos mismo me habeis inspirado. ¡Oh! Dios infinito! creo en vos, espero en vos, os amo; María, madre nuestra y mia, interceded por mí. Amen.

CAPITULO V.

—

EL AMOR QUE NOS MANIFESTÓ JESUCRISTO INSTITUYENDO EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA EN LA VIGILIA DE SU MUERTE.

1. *Sabiendo Jesus que era llegada la hora en la que debia pasar de este mundo á su Padre, en esta última hora les dió pruebas de mayor amor.* (*Joan. c.* 13, v. 1.) Sabiendo nuestro amantísimo Redentor en la última noche de su vida que estaba muy cercano el tiempo deseado de morir por amor del hombre, su enternecido corazon no pudo sufrir el abandonarnos solos en este destierro de lágrimas : así, pues, para no sepa-

rarse de nosotros ni aun con su muerte, quiso quedarse todo entero en este sacramento de la Eucaristía y ser nuestro alimento, dándonos á entender con esto, que ya no le quedaba otra cosa que darnos despues de habernos regalado este don infinito. Con habérsenos dado todo entero en comida, nos mostró un esceso de amor infinito. Cornelio á Lápide con el Crisóstomo, con el Teofilato, y tambien el angélico doctor Santo Tomás, esplican que segun el testo griego la palabra *al fin* quiere decir: Los amo con un amor estremado y sumo. En este sacramento Jesus hizo el último esfuerzo de amor hácia los hombres, segun dice el abad Guernico: *omnem vim amoris effudit amicis.* (*Sermon.* 5. *de Ascens.*)

Los padres del concilio de Trento espresaron de una manera enérgica todo esto, cuando hablando de este Sacramento dijeron: que Jesucristo en la institucion de la

Eucaristía derramó y esparció fuera de sí todas las riquezas de su amor hácia el hombre. (*Sess.* 13, *c.* 2.) Con muchísima razon el angélico doctor santo Tomás llamaba á la Eucaristía sacramento de amor, y prenda del amor mas grande que se ha conocido, y que Dios podia dar. (*Opusc.* 18, *c.* 25.) San Bernardo decia que era el amor único entre todos los amores; y Santa María Magdalena de Pazzi aseguraba que una alma despues de haber comulgado podia decir: todo ya *está consumado*, es decir: mi Dios habiéndose entregado todo entero en esta comunion ya no le queda nada que darme. Cierto dia esta Santa preguntó á una novicia ¿en qué habia pensado despues de la comunion? esta respondió que *en el amor de Jesus*. *Sí*, continuó la santa, *cuando se piensa en el amor, ¡ya no se puede pasar mas adelante: es necesario detenerse en el amor.*

¡Oh Salvador del mundo! y ¿qué esperais de los hombres que os hayais entregado todo entero en comida á los mismos? ¿y qué os queda ahora que darles despues de la institucion de este sacramento para obligarles á que os amen? Dios mio amantísimo, alumbradme para que conozca cuan grande ha sido este esceso de bondad de ser mi alimento en la santa comunion. Si vos, pues, habeis querido ser todo mio, sin reservaros nada, muy justo es que yo sea todo vuestro, sin reservarme nada para mí. Sí, Jesus mio, bien mio, yo me entrego todo entero á vos. Os amo mas que todos los bienes, y deseo recibiros en este celestial banquete para poderos amar mas y mas. Venid, pues, y venid, esposo mio, dentro de mi alma, haced que sea toda vuestra. ¡Ah! quien pudiera deciros con verdad de la manera que os decia san Felipe Neri, cuando le llevaron el Viático: *ved ahí mi amor, ved*

ahí mi amor; dadme el que es mi amor.

2. *El que come mi carne, y bebe mi sangre, en mí esta y yo en él.* (*Joan. c.* 6, v. 55.) San Dionisio Areopagita dice que el amor inclina y atrae á la union de la cosa amada, y como el alimento se convierte en sustancia del que lo come, por eso el Señor quiso convertirse en alimento, á fin de que nosotros, recibiéndolo en la sagrada comunion, viniésemos á ser una misma cosa con Jesucristo: *Tom d y comed,* dijo Jesucristo, *este es mi cuerpo.* (*Matt. c.* 26, v. 26.) Como si dijera, segun observa san Juan Crisóstomo: *Comedme,* dijo, *y haya una union intima.* (*Homil.* 15.) Hombre, que te has alimentado de mí mismo, mira, es con el fin de que tú y yo no seamos mas que una misma cosa. Al modo que dos porciones de cera derretida, dice san Clemente Alejandrino, se unen y compenetran entre sí, de la misma

manera las almas que comulgan se unen tan estrechamente con Jesus, que Jesus está dentro de estas almas, y estas dentro de Jesus. ¡Oh mi amado Jesus y Redentor, esclama aquí san Lorenzo Justiniano, como es que vuestro amor para con nosotros ha llegado á tal estremo de quereros unir con nosotros de tal modo que de vuestro corazon y del nuestro no se haga mas que uno! (*De divin amor*, c. 5.)

3. San Francisco de Sales decia muy bien, hablando de la santa comunion : que el Salvador no puede ser considerado en ninguna otra accion tan amoroso y tan tierno como en esta, en la que en cierto modo se anonadó y se convirtió en alimento para compenetrar nuestras almas y unirse con los corazones de sus fieles. Con mucha razon decia san Juan Crisóstomo, que aquel Señor en quien no se atreven los ángeles fijar sus miradas, *nosotros nos unimos con él, y nos*

hacemos con él mismo un cuerpo y una carne. Pero ¿qué pastor, prosigue, alimenta los ganados de que cuida con su propia carne y sangre? Las madres mismas dan sus propios hijos á nodrizas á fin de que les den de leche; pero Jesus en este sacramento nos nutre con su propia sangre y se une íntimamente con nosotros. (*Homil.* 60.) Por fin, dice el santo, porque nos ama apasionadamente, quiere ser nuestra comida, y una misma sustancia con nosotros. (*Homil.* 51.)

¡Oh amor incomprensible, digno de un amor infinito! ¿Cuando os amaré yo, Jesus mio, como vos me amais? ¡Oh manjar divino, oh sacramento de amor! ¿cuando será que me atraigais todo á vos, ya que no os queda otra cosa que hacer para que os ame? Yo quiero empezar siempre á quereros, siempre prometo amaros, pero no cumplo jamás con estas promesas. Desde hoy

quiero empezar á amaros de veras, pero, Señor, ayudadme. Alumbradme, inflamadme, desatadme las trabas de este mundo, y no permitais que yo resista por mas tiempo á tantas finezas de vuestro amor. Os amo con todo mi corazon, propongo abandonar todas las cosas para daros gusto : vos sois mi vida, mi amor y todas las cosas : quiero unirme muchas veces con vos en este sacramento, para separarme de todo lo de este mundo y amaros á vos solo, que sois mi Dios. Espero en vuestra bondad que me concedereis hacerlo con vuestra gracia.

4. Dice san Lorenzo Justiniano : vimos á un Dios, que es la misma sabiduría, como si se hubiera vuelto loco con las demostraciones demasiadas de amor para con el hombre. *En realidad, ¡ no parece un género de locura amorosa*, esclama san Agustin, *el darse en alimento á sus criaturas ! Comed mi carne, bebed mi sangre.* ¿Y qué mas hubiera poddio

decir la criatura á su criador? Por este motivo se esplicaba así san Dionisio : *Nos atrevemos á decir que el supremo hacedor de todas las cosas se salió como fuera de sí por motivo de la grandeza de su amabilísima bondad*; porque no contento con hacerse hombre, siendo Dios, quiso tambien hacerse manjar de los hombres. Pero, Señor, este esceso dirá alguno, no era muy conforme á vuestra magestad. Mas, el amor, responde san Juan Crisóstomo por Jesus, no busca razones, no se para en conformidades cuando anhela hacer bien y darse á conocer al amado, él va no donde le conviene sino donde le lleva el deseo de hacer bien. *El amor carece de razon, va donde es atraido, no donde debe ir.* (*Sermon.* 145.)

¡Ah Jesus mio! y como me avergüenzo al pensar que teniéndoos delante de mis ojos, bien infinito, amable sobre todas las cosas, y tan enamorado de mi alma, yo me

he abandonado al amor de los bienes mezquinos y viles que por ellos os he olvidado! Ea pues, Dios mio, manifestadme siempre la grandeza de vuestra bondad, á fin de que yo quede mas y mas enamorado de vos y haga cuanto pueda en daros gusto. ¡Ah! Señor mio, qué cosa mas hermosa, mas buena, mas santa y amable puedo yo amar fuera de vos! Os amo, bondad infinita, os amo mas que á mí mismo, y no quiero vivir sino solo para amaros, vos que mereceis todo mi amor.

5. San Pablo considera despues el tiempo en el que Jesus nos hizo el don de este sacramento, don divino que supera todos los demas dones que podia hacer un Dios todopoderoso, como dice san Clemente: *Don que trasciende toda plenitud.* Y san Agustin aseguraba que siendo Dios omnipotente, no obstante ya no podia dar mas. El apóstol san Pablo nos hace observar: que nues-

tro Señor Jesucristo, la noche misma en la que fué traidoramente entregado, tomó el pan, y despues de dar gracias, lo partió y dijo : tomad y comed : este es mi cuerpo que será entregado por vosotros. (*Ad. Cor. c* 11, v. 23, 24.) En aquella misma noche, pues, en la que los hombres se preparaban y disponian á dar á Jesus tantos tormentos y la muerte, nuestro amantísimo Salvador resolvió dejársenos él mismo en este augusto Sacramento, dándonos á entender que su amor era tan grande y ardiente, que muy lejos de refriarse con tantos ultrajes, entonces mas que nunca se acercaba hácia nosotros. ¡ Ay amorosísimo Señor! ¿cómo habeis podido amar tanto al hombre que resolvieseis quedaros con ellos en la tierra y ser su alimento, despues que estos os desechaban con injurias é ingratitudes?

6. Además, consideremos el deseo incomprensible que tuvo Jesus durante toda su vida de que llegase

aquella noche, en la que se habia propuesto dejarnos esta prenda preciosísima de su amor, y la manera con que se espresó en el acto mismo de la institucion de este augustísimo convite : *Con ardor inconcebible he deseado comer este cordero pascual con vosotros. Desiderio desideravi.* (*Luc. c.* 22, v. 15.) Espresion muy enérgica con la que ponia de manifiesto los encendidos deseos que tenia en su pecho de unirse con nosotros en la santa comunion por el amor que nos tenia. *He deseado con deseo*, dice san Lorenzo Justiniano, es la espresion que indica una caridad inflamadísima. Los mismos deseos de entonces conserva Jesus hoy todavía para con las almas que le aman. Ninguna abeja, dijo cierto dia á santa Matilde, se arroja con tanto anhelo sobre las flores para absorver la miel, como violentado del amor vengo dentro de las almas que me desean.

¡Oh amador el mas amable! ya no os es posible darme mayores pruebas para convencerme que me amais! Agradezco vuestra bondad. ¡Ah! llevadme, mi buen Jesus, llevadme todo entero á vos; haced que yo de aqui en adelante os ame con todo mi afecto y con toda la ternura de que soy capaz. Basta que los demas os amen con un amor apreciativo y predominante; bien sé que vos os dais por satisfecho con este amor de benevolencia; mas yo, bien mio, no diré que esté contento, sino cuando viere que os amo con toda la ternura, mas que á un amigo, mas que á un hermano, mas que á mis padres y mas que á un esposo. ¿Donde podré yo hallar un amigo, un hermano, un padre y un esposo que me amen tanto como vos me habeis amado, mi Criador, mi Redentor, y mi Dios; que por un efecto de vuestro amor habeis espendido la sangre y la vida, y despues os habeis dado todo entero á mí en este

sacramento de amor? Sí, os amo, Jesus mio, con todos mis afectos; os amo mucho mas que á mí mismo. Dadme fuerzas para que os ame, y no quiera otra cosa mas que amaros.

7. Dice el doctor de la Iglesia san Bernardo, que Dios nos ama solamente para que nosotros le amemos. (*In Cantic.*) Por este motivo Jesucristo protestó que él vino al mundo para hacerse amar. *Vine á poner fuego en la tierra.* ¡Oh y qué fuego de amor divino y celestial, no enciende Jesus en este adorable sacramento! Decia el V. P. D. Francisco Olimpio Teatino que no hay ninguna cosa tan bien dispuesta para inflamar nuestros corazones en el amor del sumo bien como la santa comunion. Esiquio llamaba *fuego divino* á Jesus sacramentado; y santa Catalina de Sena en cierto dia vió á Jesus sacramentado en las manos de un sacerdote en forma de fragua ardiente de amor, de lo que quedó admirada como este

fuego abrasador no incendiaba el mundo. El altar, decia el abad Ruperto con san Gregorio Niceno, es justamente aquel depósito de vino del amor divino, en donde el alma embriagada del amor de su celestial esposo, olvida totalmente las cosas terrenas, arde y desfallece en la contemplacion de Dios. *Introdújome en el depósito en que tiene guardados los vinos, y ordenó la caridad en mí. Cubridme de flores, aliviadme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor.* (*Cant.* 2, v. 4, 5.)

¡Oh amor de mi corazon, sagrada mesa! ¡Oh quién pudiera tener siempre impresa en el alma la memoria de este don divino y celestial, olvidar todo lo terreno, y solamente os amase á vos, Jesus mio, sin cesar y sin ninguna reserva! ¡Ah amor mio! despues de haber llamado tanto tiempo en la puerta de mi corazon, sé que habeis entrado en él. Ya pues que habeis tomado

posesion de mi alma, echad á fuera, os suplico, todos los deseos é inclinaciones que no me llevan á vos. Apoderaos de mí de tal suerte, que yo pueda decir con toda verdad desde hoy en adelante, con el profeta: *¡Qué he de querer en el cielo fuera de tí, ni qué puedo apetecer en la tierra si no es á tí!* (*Psalm.* 72, v. 25.) Así pues, vos solo sois y sereis siempre el único dueño de mi corazon y de mi voluntad; vos solo sois y sereis toda mi herencia y todas mis riquezas en esta vida y en la otra.

8. Andad, decia el profeta Isaías, andad por todas partes publicando la invencion amorosa de nuestro Dios, para hacerse amar de los hombres: *Sacareis gozosos aguas de las fuentes del Salvador; y direis en aquel dia, alabad al Señor, invocad su nombre, publicad en todos los pueblos sus designios é invenciones.* (*Isai.* c. 12, v. 3. 4.) ¿Qué invenciones no ha encontrado el amor de

Jesus para hacerse amar de nosotros? Él en la Cruz, con sus llagas, nos ha dispuesto tantos raudales de gracias, que para recibirlas basta que se las pidamos. Aun mas; no satisfecho con todo esto, se nos ha dado todo entero en el Santísimo Sacramento.

¡Oh hombre! dice san Juan Crisóstomo, ¿porqué eres tan escaso y andas regateando el amor á Dios, el cual te se ha entregado todo á tí sin reservarse nada? En esto se vé justamente, dice el angélico Doctor, cuanto ha hecho Jesus en el Sacramento eucarístico, en el que *se nos ha dado todo lo que él tiene y todo lo que es.* (*Opus.* 63, *c.* 2.) Ved, añade el Doctor seráfico, ved á aquel mismo Dios, que todo el universo no puede contener, hecho prisionero y cautivo que en la sagrada comunion le recibimos dentro de nuestro pecho: *Captivus noster est. Es nuestro cautivo* (*In præf. Miss.*) De ahí proviene que considerando el melí-

fluo san Bernardo esta maravilla, y como estático de amor, decia: *Mi amado Jesus ha querido ser huésped inseparable de mi corazon.* Y ya que mi Dios, sigue el Santo, se ha como gastado todo entero por mí, *expensus*, es muy puesto en razon, añadia, que yo tambien me empeñe totalmente en servirle y amarle.

¡Ah! mi muy amado Jesus, decidme ¿qué mas podiais inventar para obligarme á que os amase? ¡y yo continuaré siendo ingrato á tanto amor, como hasta el presente he sido! Señor, no lo permitais. Vos habeis dicho: que el que comiere vuestra carne en la comunion, vivirá con la virtud de vuestra gracia: *el que me come, tambien él vivirá por mí.* (*Joan, c.* 6. v. 58,) Ya, pues, que no os habeis desdeñado que yo os reciba en la santa comunion, haced que mi alma viva siempre con la vida verdadera de vuestra gracia. Me arrepiento, oh sumo bien mio! porque os he despreciado en mi vida pasa-

da; pero os doy gracias porque me dais tiempo para llorar los pecados que he cometido y tambien para amaros en este mundo. En lo restante de vida que me concedais pondré en vos todo mi amor, y me esforzaré cuanto me sea posible en daros gusto. Socorredme, Jesus mio, no me desampareis: salvadme por vuestros méritos, y mi salvacion sea amaros siempre en esta vida y despues en la eternidad. Y vos, María, madre nuestra, amparadnos y ayudadnos tambien.

CAPITULO VI.

—

DEL SUDOR DE SANGRE Y DE LA AGONIA QUE PADECIÓ CRISTO EN EL HUERTO.

1. Considerad primeramente como nuestro amorosísimo Salvador, luego de llegado al huerto de Gethsemaní, quiso por sí mismo dar principio á la grande obra de su amarguísima pasion, permitiendo que le acometiesen las pasiones del temor, de la angustia y tristeza, las que le afligieron con todos sus tormentos: *empezó á atemorizarse, augustiarse y estar triste.* (*Marc. c.* 14, v. 33; *Matth. c.* 25, v. 38.) Comenzó desde luego á esperimentar un gran temor de la muerte y de las penas que dentro de breve tiempo habia de sufrir. *Comenzó á temer.* ¿Pero cómo? ¿No

era el mismo que antes se habia ofrecido á estos padecimientos? *Fué ofrecido porque quiso.* ¿No es él quien antes habia deseado tanto estos tormentos de su pasion? pues poco antes habia dicho: *He deseado ardientemente comer con vosotros este cordero.* (*Luc. c.* 22, v. 15.) ¿Cómo es que ahora la muerte le espanta, que suplica á su padre le libre de ella? *Padre mio, si es posible, no me hayas beber este cáliz.* (*Matth. c.* 26, v. 39.) Suplica á su padre para que no beba el cáliz, dice el venerable Beda, á fin de que manifestase que era hombre en realidad. Vuestro amantísimo Jesus queria morir, pero queria manifestarnos al mismo tiempo que era hombre, y que no hubiese ningun motivo de pensar de que habia tomado un cuerpo fantástico, como soñaron despues algunos hereges, de que por un poder de su divinidad habia muerto sin sentir ninguna pena. Este es el motivo porque hizo aquella súplica á

su padre, no para que fuese oido, sino para hacernos comprender que moriria como hombre, y moriria con una afliccion muy viva del temor de la muerte, de los dolores y de las angustias que debian agoviarle al morir.

¡ Oh amabilísimo Jesus! vos quisisteis tomar por vos nuestra timidez, y dar á nosotros vuestra fortaleza, para sufrir los trabajos de esta vida ; sed, pues, bendito y alabado por tanta piedad y amor. Ojalá que todos los corazones os amen como vos deseais y mereceis.

2. *Empezó á tener gran pesadumbre* y al mismo tiempo sintió dentro de sí mismo una repugnancia de morir y de las penas que le estaban preparadas. Cuando una persona está afectada de la pasion del tedio las delicias mas esquisitas incomodan y mortifican. ¡ Oh ! y cuan grande angustia y tedio no debia causar en el alma de Cristo el espectáculo horroroso, que entonces tenia

presente en su entendimiento, de todos los tormentos esternos é internos que en el poco de vida que le quedaba debian atormentar tan fieramente su cuerpo y á su Santísima alma! En aquel momento se le representaron distintamente todos los dolores que debia sufrir, todos los escarnios que recibiria de los Judíos encarnizados y de la soldadesca romana, la injusticia bárbara que le harian los jueces en el fallo de su causa. Por fin, se le representó muy al vivo aquella muerte desolada, en la que debia espirar abandonado de todos, desamparado de su eterno Padre, en un mar de angustias, de dolores, y de desprecios. Esto fué la causa porque le asaltó un tedio tan amargo, que le obligó á que pidiese á su eterno Padre el ser confortado por él. ¡Ay Jesus mio! os compadezco, os doy gracias y os amo.

3. *Se le apareció un ángel del cielo confortándole.* (*Luc. c.* 22, v. 43.) Le vino este consuelo, *pero lejos de*

aliviarle, dice el venerable Beda, *le acrecentó las penas*. En efecto, el ángel le confortó á que padeciese mas y mas por el amor de los hombres y por la gloria de su padre. ¡Oh! y que de congojas y desconsuelos no os ocasionó, amado Jesus mio, este primer combate! En el curso de vuestra pasion, los azotes, las espinas y los clavos vinieron separadamente á atormentaros; pero ahí en el huerto se agolparon de una vez todos los dolores y penas de vuestra pasion para afligiros: y vos lo aceptasteis todo por mi amor y por mi bien. ¡Oh Dios mio! cuanto me pesa por no haberos amado en el tiempo pasado, y por haber preferido mas mis gustos desarreglados que vuestra voluntad! Los detesto, pues, como si fuesen el mayor mal, y los abomino de todo mi corazon. Jesus mio, perdonadme.

Empezó á entristecerse y angustiarse. (*Matt. c.* 26. 27.) El temor y la pesadumbre causaron desde luego

on el ánima santa de Jesus una gran melancolía y afliccion. ¿ Pero Señor, vos no sois el mismo que imprimiais en los ánimos de los mártires tanta alegria en los mas atroces martirios, que menospreciaban la muerte con todos los tormentos que la acompañaban? San Agustin, hablando de san Vicente, dice que puesto en los tormentos conversaba con tanta alegría, que parecia que era uno el que padecia y otro el que hablaba. Se cuenta de san Lorenzo que asándosele las carnes, puesto sobre las parrillas, era tan estraordinario el consuelo que esperimentaba dentro de si, que despreciaba al tirano, diciéndole : *Revuelve y come.* ¿Cómo pues vos mismo, oh Jesus mio, que infundiais una alegría tan grande en el morir á vuestros siervos, habeis preferido tanta tristeza en el morir?

5. ¡ Oh gozo del paraiso ! vos que con vuestra presencia alegrais el cielo y el universo entero ; ¿ porqué

os miro ahora tan afligido y triste? ¿ porqué he de oir de vuestra divina boca, que la tristeza que os acongoja es capaz de daros la muerte? *Mi alma está afligida hasta la muerte.* (*Marc.* c. 14, v. 34.) ¿Y porqué, Redentor mio, vuestra alma siento estas congojas de muerte? ¡Ah! ya lo entiendo. No, no fueron los dolores de vuestra pasion los que ocasionaron en vuestra alma aquella extraordinaria congoja, los pecados de los hombres, y en particular los mios, causaron aquella mortal agonía que tanto os aquejaba.

6. El verbo increado así como amaba tanto á su padre, tambien odiaba muchísimo el pecado, porque conocia toda su malicia; queriendo, pues, quitar los pecados del mundo y que su padre celestial no fuese ofendido jamás, él habia venido al mundo, se habia hecho hombre y se determinó á sufrir una pasion tan cruel y una muerte tan afrentosa. Mas como viese despues

que á pesar de tantas penas y tormentos se cometerian en el mundo tantos pecados, este sentimiento tan acerbo fué mayor, dice santo Tomás, que todos los dolores que los pecadores arrepentidos han tenido por sus propios pecados: *Escedió al dolor de todos y de cualquier hombre arrepentido.* La razon do esto es muy clara. Las penas ó pesares de los demas hombres siempre llevan consigo algun alivio, siempre los acompaña algun lenitivo; pero los sentimientos dolorosos de Jesus no tuvieron ningun género de alivio, ni de consuelo: esperimentó un dolor sin ningun género de consuelo, dice Contenson. (*Tom.* 2, *lib.* 10, *dissert.* 4.) ¡Ah Jesus mio! Si yo os amase como mereceis, al considerar cuanto habeis padecido por mi se me harian ligeros dulces todos los dolores todas la desdichas y molestias de este mnndo. Oh Jesuts mio! llenad mi alma de amor vuestro, concededme que su

fra con alegría ó á lo menos con una santa resignacion, lo poco que vos permitis que sufra. No permitais que muera sin conocer antes tantas finezas de vuestro amor; y propongo en todas las tribulaciones que me sobrevengan decir siempre: Jesus mio, yo abrazo todas estas penas por vuestro amor, las sufro para daros gusto.

7. Leemos en las historias que habiendo sido alumbrados de la divina gracia muchos penitentes, y viendo la muchedumbre de sus pecados, llegaron á morir de pena y de dolor. Pues ¿cual seria el tormento que padeceria el corazon de Jesus, desgarrado con la vista de todos los pecados de los hombres, de todas sus blasfemias, deshonestidades, sacrilegios y de todas las demas culpas que los hombres cometerian despues que él habria muerto? Cada una de toda aquella multitud de culpas, con su malicia particular, acometió á manera de

fiera rabiosa para despedazar el delicadísimo corazon de Jesus. Asi es que el Señor decia en la agonía: ¿esta es, oh hombres! esta es la recompensa que preparais á mi amor que no tiene límites? ¡Ah! si yo viera que agradecidos á mi cariñoso afecto abandonaseis las culpas, y empezaseis á amarme, ¿con qué gozo no me apresuraria á morir por vosotros? Pero al considerar que despues de tanto dolor habeis de ofenderme con tantas culpas; despues de tanto amor, tanta ingratitud; esto es lo que me llena de pesadumbre y desconsuela, esto es lo que me abisma en una tristeza mortal y me arranca este sudor de sangre: *le sobrevino un sudor como de gromos de sangre que saltaban hasta la tierra.* (*Luc. c.* 22. v. 14.) De modo que segun el modo de hablar del evangelista este sudor de sangre fué tan abuntante, que despues de haber bañado las vestiduras de nuestro Redentor cayó en la tierra con tanta abundancia que la regó.

8. ¡Ay mi amoroso Jesus! en este huerto no veo ni azotes, ni espinas, ni clavos que os hieran; ¿cómo es que os miro todo bañado en sangre desde la cabeza hasta los pies? Mis pecados, si, mis pecados fueron el peso enorme y cruel que, oprimiendo entonces desapiadadamente con toda la fuerza de la agonía hicieron chorrear la sangre de vuestro enamorado corazon. Yo tambien en aquella ocasion fuí uno de vuestros mas inhumanos verdugos, que me uní con los demas para atormentaros mas y mas con mis pecados. Y ciertamente que si yo no hubiera pecado tanto, vos hubierais tenido que sufrir menos. De este modo, á medida que yo tenia mas gusto en ofenderos, tanto mas aumentaban los afanes de vuestro corazon lastimado de dolores. Y ¿cómo al pensar en esto no muero de pesadumbre, viendo que he correspondido al amor que vos me habeis manifestado en la pasion, aumen-

tando vuestra tristeza y vuestros tormentos? ¿yo, pues, he lacerado á aquel corazon tan amable y cariñoso que tanto me ha apreciado? Señor, ya que no me queda otro medio de consolaros sino el condolerme de mis pecados, Jesus mio, me duelo de todos ellos, los detesto y los abomino con todo el horror de mi corazon. Dadme un dolor tan vehemente que me haga llorar hasta el último aliento de mi vida los sinsabores y penas que os he dado, Dios mio, mi amor y todas las cosas.

9. *Cayó sobre su rostro.* (*Matth.* c. 26, v. 39.) Viéndose Jesus cargado con el enorme peso de haber de satisfacer por todos los pecados de los hombres, se postró en tierra y rogó por todos los hombres, como si se avergonzase de levantar sus ojos al cielo al considerar todas las maldades que se habian cometido y que se cometerian despues. ¡Ah, Jesus mio! aquí os contemplo tras-

pasado de dolor y descolorido del todo por la pena que os oprime! ¡Vos estais en una mortal agonía y rogais: *entrando en grande agonía, oraba con mayor fervor!* (*Luc. c.* 24, v. 4, 3.) Decidme, ¿por quien rogais? ¡Ah! entonces no rogabais por vos, sino por mí, ofreciendo al eterno Padre vuestras eficacísimas súplicas acompañadas de vuestras penas, para alcanzarme á mí, pecador desgraciado, el perdon de todas mis culpas. *Quien en los dias de su carne, ofreciendo plegarias y súplicas con grande clamor y lágrimas al que podia salvarle de la muerte, fué oido por su reverencia.* (*Ad Hebr. c.* 7, v. 7.) ¡Ay Redentor mio! ¿cómo habeis podido amar tanto al que os habia ofendido en tanta manera, y cómo habeis podido sufrir tantas penas por mí, viendo ya desde aquella hora la ingratitud con que os corresponderia?

10. ¡Oh afligidísimo Señor! hacedme participante de aquellos agu-

dísimos dolores que tuviste de mis pecados en aquella ocasion. Ahora los aborrezco y los detesto : y uno este ódio mio al aborrecimiento que vos sentiais en el huerto. ¡Ay Señor mio! no considereis mis pecados, porque todo el infierno seria poca pena para castigarme. Atended solamente á los trabajos y dolores que habeis sufrido por mí ¡Oh amor de mi dulcísimo Jesus? sed vos mi amor y mi esperanza : Señor, yo quiero amaros con toda mi alma. Y por los méritos de las angustias y tristeza que padeciste en el huerto, dadme fervor y esfuerzo para todo lo que sea de vuestra gloria. Por los méritos de vuestra agonía conforrtadme de suerte que pueda resistia todas las tentaciones de la carne y del infierno : hacedme la graci de que me recom iende siempre á vos y de decir siempre á Jesus : *No se haga, Jesus mio, mi voluntad, sino la vuestra. Amen.*

CAPITULO VII.

—

AMOR DE JESUS EN QUERER SUFRIR TANTOS DESPRECIOS EN SU PASION.

1. El cardenal Belarmino dice que las injurias y desprecios causan mas pesadumbre en un ánimo noble que los dolores del cuerpo. Porque si los dolores afligen al espíritu, el que siendo mucho mas noble que el cuerpo, siente muchísimo mas las penas. Pero, ¿quien era capaz de imaginar que la persona mas noble y mas grande de la tierra y del cielo, el hijo de Dios, cuando vendria al mundo a hacerse hombre por amor de los hombres, estos le tratarian tan vil é inhumanamente como si hubiese sido el

hombre mas infame y el mayor criminal? *Vímosle despreciado y como si fuese el desecho de los hombres.* (*Isai* c. 53, v. 2. 3.) Asegura san Anselmo que Jesucristo quiso sufrir de tal suerte, que no fuese posible ser mas humillado de lo que él lo fué en la pasion.

¡Oh Señor del mundo! siendo vos el mayor de todos los reyes, habeis querido ser despreciado mas que ningun otro hombre para enseñarme el amor de la humildad! Ya que vos sacrificasteis vuestro honor por mi amor, yo quiero tambien por amor vuestro sufrir cualquier afrenta que se me hiciere.

2. ¿Qué género de afrentas no sufrió nuestro Redentor en su pasion? Es afrentado por sus propios discípulos: uno le es traidor y le vende por treinta dineros, otro niega tres veces que sea su discípulo y protesta que jamás le ha conocido: los demas huyen y le abandonan cuando le ven preso y

atado : *entonces sus discípulos le abandonan y huyen todos.* (*Matt. c.* 14, v. 50.)

¡Oh Jesus mio! abandonado de los hombres, ¿quien tomará vuestra defensa, si desde el principio de vuestra prision, vuestros queridos amigos huyen y os abandonan? Mas ¡ay Dios mio, que esta deshonra no se acaba con vuestra pasion! ¿Cuantos hay que despues de haberos seguido y de haber sido favorecidos de vos con gracias especiales y muestras bien señaladas, impelidos por pasiones viles ó intereses mundanos, por respetos humanos ó por deleites sucios os abandonan indignamente? ¿quien es el que encontrándose en el número de estos ingratos, os diga llorando: ¡Ay Jesus mio! perdonadme que yo ya no quiero abandonaros mas: primero perderé la vida, y mil vidas si las tuviere, antes que perder vuestra divina gracia, oh Dios mio, mi amor, y todas mis cosas!

3. Contémplese como Judas, al acercarse al huerto en compañía de los soldados, se adelanta á todos, abraza á su divino maestro y le da un beso. Jesus permite el beso de este pérfido amigo; pero conociendo ya su perfidia, no pudo dejar de quejarse de aquella traicion tan inicua, y así le dijo: *¡Oh Judas! ¡Con un beso entregas al hijo del hombre!* (*Luc. c.* 22, v. 48.) Dichas estas palabras, arremetió contra Jesus aquella soldadesca insolente, le arrebatan cada uno como mas podia, y le atan como si fuese el hombre mas perverso del mundo. *La cohorte de los soldados, tribuno y demas ministros de los Judíos prendieron á Jesus y le ataron.* (*Joan. c.* 18, v. 12.) ¡Ay de mi! ¿Un Dios atado? ¿Y por quien? ¡Por los hombres! ¡Los gusanos, que este mismo Dios sacó de la nada, atan á su Criador! Angeles del paraiso ¿qué decis vosotros! Y vos, Jesus mio, ¿cómo permitis que es-

tos hombres desalmados os aten! ¿qué tienen que ver con vos los grillos propios de esclavos y malhechores, esclama san Bernardo, que sois el santo de los santos, el señor de los señores y el rey de todos los reyes? (*De Cur. vit. c.* 4.)

Pero si los hombres os atan ¿porqué no os desatais vos, y no os librais de tantas penas y de la muerte que os preparan? Pero ya conozco, ¡oh Señor mio! que no son estas cuerdas con las que se os ata; el amor es el que os tiene atado, oprimido y os fuerza á padecer y morir por nosotros. ¡*Oh caridad!* esclama san Lorenzo Justiniano, *qué ataduras son las tuyas que con ellas pudiste maniatar al mismo Dios!* (*De Lig. vit. c.* 6.) ¡Oh amor de un Dios! solo tú podias atar á un Dios y conducirle á morir por un efecto de amor para con los hombres.

3. *Fija los ojos, oh hombre! sobre aquellos perros que llevan arrastrando á aquel mansísimo cordero, y co-*

mo este sigue como víctima sin hacer ninguna resistencia. Uno le agarra, otro le maniata, aquel le da un empujon, este le maltrata (*San Bonaven. Med.*) Despues de haber atado Jesus, le llevan primero á la casa de Anás, y en seguida á la de Caifás: en donde preguntado sobre sus discípulos y su doctrina, respondió: que él no habia hablado en secreto, sino públicamente, y que todos los que estaban allí presentes sabian muy bien cuales eran las doctrinas que él habia enseñado: *Yo he hablado en público y estos saben lo que he dicho.* (*Joan. c.* 18, v. 20.) Mas uno de los criados, tratando de atrevida la respuesta del Señor, le dió una bofetada muy recia: *Uno de los criados asistentes dió una bofetada á Jesus, diciendo: ¿Así respondes tú al pontífice?* (*Joan. c.* 18, v. 22.) Espíritus celestiales, esclama san Gerónimo, *¿porqué no hablais? ¿porqué perseverais atónitos con tanta paciencia?* (*Homil.* 18, *in Joan.*)

¡Ay Jesus mio! ¿cómo una respuesta tan comedida y modesta pudo merecer una afrenta tan indigna en presencia de tanta gente? El pontífice, lejos de afear y reprender al atrevido criado, le alaba ó lo aprueba con señas; ¡y vos, Señor, lo sufrís todo para expiar los ultrajes de que yo soy culpable á la majestad divina! ¡Oh Jesus mio! os doy gracias: Padre eterno, perdonadme por los méritos de Jesus.

5. El indigno pontífice preguntó á Jesus y le pidió si él era realmente el Hijo de Dios: *Te conjuro de parte de Dios vivo que nos digas, si tú eres Cristo, hijo de Dios.* (*Matth.* c. 26, v. 63.) Jesus, respetando el nombre de su Padre celestial, respondió: que era verdad lo que se le preguntaba. Entonces Caifás rasgó sus vestiduras y dijo que Cristo habia blasfemado; y cuantos estaban allí presentes, esclamaron á la vez que merecia la muerte: *A lo que respondieron ellos*

diciendo que era reo de muerte. (*Matth. ibid.* v. 66.) Con mucha razon se os declaró, oh Señor! que erais digno de muerte; porque vos os habeis cargado de mis pecados, que merecian la muerte eterna. Ya, pues, que con vuestra muerte me habeis restituido á la vida celestial, es muy justo que yo me ocupe en serviros todos los dias que he de vivir en la tierra. Sí, Jesus mio, yo no quiero vivir sino por vos y para amaros; concededme á este fin el auxilio de vuestra gracia.

6. *Entonces le escupieron en su rostro y le hirieron á puñadas.* (*Matth. c.* 26, v, 67.) Despues que todos dijeron que era digno de muerte, el populacho y la soldadesca mirando á Jesus como un hombre infame, digno de muerte, le maltrataron toda la noche con golpes y con palabras : unos le abofeteaban, otros le pateaban y acoceaban, estos le arrancaban los pelos de la barba ; aquellos cubrian-

le el rostro con salivas y con otras inmundicias, y todos le insultaban, diciéndole que era un profeta embustero: y cuando le habian herido, se le decia con una ironía cínica y feroz: *Cristo, adivina quien es el que te ha golpeado?* (*Matt. ibid.* 68.) El profeta Isaías habia predicho mucho antes todos estos escesos: *Entregué mi cuerpo á los que me daban de palos, y mis mejillas á los que mesaban mi barba: no escondí mi cara á los que me escarnecian y llenaban de salivas.* (*Isai. c.* 50, v. 6.) El devoto Taulero refiere como una proposicion de san Gerónimo, que nadie sabrá hasta el dia del juicio, las penas y tormentos que Jesus sufrió en esta noche fatal. Cuando san Agustin consideraba los sufrimientos de Jesus en esta noche, decia: *Si esta medicina no cura la soberbia y el orgullo, no sé que pueda curar estas pasiones.* (*Dom.* 3. *quadr. Serm.* 1.) ¡Oh Jesus mio, vos tan humilde y yo tan orgulloso! ¡Ah!

alumbradme, Señor, hacedme conocer quien sois vos y quien soy yo!

Entonces escupieron en su rostro. ¡Escupieron! ¡Oh Dios! ¿hay por ventura en este mundo afrenta mas soez? El ser escupido, dice Orígenes, es la injuria mayor que puede hacerse. ¿Y en donde se escupe, en donde se echa inmundicia, sino en el lugar mas sucio de la casa? ¿y vos, Jesus mio, vos habeis permitido que se os tratase como la cosa mas sucia? ¡Sois maltratado de todas maneras y vos no amenazais, nada decís! *El cual cuando le maldecian, no volvia maldiciones; cuando padecia no amenazaba; antes se ponia en manos de aquel que le sentenciaba injustamente.* (*Petr.* 1. *ep. c.* 2, v. 23.) Vos, como un manso é inocente cordero, sufristeis sin quejaros, ofreciendo todos estos padecimientos para obtener el perdon de todos nuestros pecados: *como cordero delante del que le esquila, estará mudo sin abrir su bo-*

ca. (*Isai. c.* 53, v. 7.) Cierto dia meditaba santa Gertrudis sobre la injusticia de que Cristo fué victima en su pasion. Esta santa empezó á alabarle y bendecirle, y el Señor quedó tan agradecido que le dió las gracias de un modo muy afectuoso.

¡Ah Señor mio tan vilipendiado! siendo vos el rey del cielo, el Hijo del Altísimo, no erais merecedor de que se os maltratase y vilipendiase de un modo tan cruel; vos debiais, sí ser adorado, glorificado y amado de todas las criaturas. Yo pues os adoro, os bendigo y os doy gracias. Os amo de lo mas íntimo de mi corazon : me arrepiento de haberos ofendido : ayudadme, Señor, apiadaos de mí.

7. Acabada aquella noche los Judíos llevaron á Jesus á la casa de Pilatos, con el fin de que este le condenase á muerte; pero Pilatos le declara inocente : *Yo no hallo delito en este hombre.* (*Luc. c.* 23, v. 4.)

Mas como temia los insultos de los Judíos, para librarse de ellos, que proseguian gritando por la muerte de Jesus, mandó que nuestro divino Redentor fuese enviado á Herodes. Este príncipe se alegró mucho al ver en su presencia á Jesus esperando que obraria algun milagro para librarse de la muerte, pues habia oido que obraba muchos. Así es que le interrogó mucho; pero Jesus no quiso responderle, porque no queria ser librado de la muerte. Viendo este rey mundano que Jesus no le respondia, hizo el mayor desprecio de él, juntamente con todos los que le hacian la corte; y tratándole como á un hombre necio y fátuo, mandó que le cubriesen con un vestido blanco y lo remetió á Pilatos: *Mas Herodes le despreció con todos los de su séquito, se mofó de él haciéndole vestir de blanco, y le volvió á enviar á Pilatos.* (*Luc. c.* 23, v. 11.) Comentando estas palabras, Ugo cardenal dice: *Haciendo mofa de*

él, mandó que le cubriesen con un vestido blanco como si fuese loco ó fátuo. San Buenaventura añade : *Se mofo de Cristo como de un hombre débil é impotente para hacer prodigios; como de un hombre rudo que no supo responder ; y como de un hombre estólido que no sabe defenderse.*

¡Oh sabiduría eterna, oh verbo divino! ¡no os faltaba ya otra ignominia oprobiosa, cual era trataros de loco y privado de conocimiento! ¿y tanto os apremiaba nuestra salvacion que por amor de nosotros quisiste ser no solamente vituperado, si que tambien llenado de los mayores oprobios, como habia profetizado Jeremías? *Presentará su mejilla á los que le abofetean, y quedará saciado de oprobios.* (*Thren. c.* 3, v. 30.) Como, ¿tan enamorado estais de los hombres, de quienes no habeis recibido sino ingratitudes é injurias? ¡Ah miserable de mí, que yo soy uno de los que, mas insolentes que

Herodes, os he ultrajado! ¡Ah, Jesus mio, no me castigueis como á aquel rey insensato, privàndome de oir vuestra voz celestial! Herodes no quiso reconocer quien erais vos; pero yo confieso que sois mi Dios: Herodes no hizo de vos el debido aprecio, mas yo os aprecio y amo mas que à mí mismo. ¡Oh! no me negueis la voz de vuestras santas inspiraciones, aunque bien merecido lo tenia por mis pecados. Decidme qué quereis de mi, que yo lo cumpiré con el auxilio de vuestra gracia.

8. Conducido otra vez Jesus al presidente Pilatos este le presentó al populacho, à fin de saber de aquella gente quien querian fuese absuelto en la pascua de aquel año; si Jesus ó el asesino Barrabás. Pero el populácho grito con furia: *No á ese, sino á Barrabás.* (*Joan. c.* 19, v.40.) Entonces Pilatos les dijo: *Pues qué he de hacer de Jesus?* Respondieron: *Que sea crucificado.* —

Pero qué mal ha hecho este inocente? dijo Pilatos : y los Judios replicaron : *Sea crucificado.* (*Matt.* 27, v. 23.) ¡Ah Dios mio! ¡Cuantos hombres hay todavía que continuan gritando: *no á ese, sino á Barrabá!* Si, mas quieren seguir el impulso de un vil gusto, de algun resentimiento ó el desahogo de alguna pasion, que escuchar la voz de Dios.

Señor mio, harto sabeis que yo en algun tiempo os hice la misma injuria, posponiéndoos á mis execrables gustos. ¡Dulcísimo Jesus! perdonadme, que yo ya me arrepiento de mi vida pasada, y de hoy en adelante os quiero preferir á todos los bienes; y propongo morir mil veces antes que dejaros. Dadme una santa perseverancia, dadme vuestro amor.

9. Despues hablaremos de los demas oprobios que Jesucristo recibió hasta morir finalmente en la cruz: *sufrió la cruz despreciando los oprobios.* (*Ad. Heb. c.* 12, v. 2.) Entre tanto consideremos que se verificó

cumplidamente en nuestro Redentor cuanto profetizó el Salmista que debia padecer en su pasion, y como debia ser el oprobio de los hombres y la abyeccion de la plebe. *Dicen que yo soy un gusano y no hombre, el oprobio de los hombres y el abandono del populacho.* (*Psalm.* 2, v. 7.) Pues hasta morir fué deshonrado, ajusticiado por manos de verdugos en un patíbulo, y como un malhechor en medio de dos bandidos: *Y fué contado entre los malvados.* (*Isai. c.* 54, v. 12.)

¡Oh Señor, el mas escelso, esclama san Bernardo, y el mas abatido y humillado entre todos los mortales! ¡Oh Ser supremo entre todos los seres, ahora el mas vil y bajo! ¡Oh gloria de los ángeles convertida en oprobio de los mortales! *O novissimum! O altissimum! O humilem et sublimem! O opprobrium hominum, et gloriam angelorum!*

10. ¡Oh gracia, oh poderío del amor de un Dios! continua san Ber-

nardo: ¿De esta suerte el sumo bien y Señor de todos se vé vilipendiado de todos? *O gratia! O amoris vis! Itane summus omnium imus factus est omnium!* Y ¿quien ha obrado un prodigio tan estupendo? añade el doctor melifluo, *?quien hizo esto?* —*El amor*. Todo lo ha hecho el amor: este amor ardiente que Dios ha manifestado al hombre á fin de que entendiese que le amaba, y tambien para enseñarle con su ejemplo á sufrir en paz los desprecios y las injurias. *Cristo padeció por nosotros*, escribió san Pedro, *dejándonos un ejemplo, á fin de que sigamos sus pisadas*. (1. *Petr. c.* 2, 21.) La muger de san Eleázaro preguntó á este como podia soportar tranquilamente tantas injusticias; á lo que el Santo respondió: miro y vuelvo á mirar á Jesus tan oprobiado, y desde luego digo que mis afrentas son nada en comparacion de las que él, siendo Dios, sufrió por mí.

¡Ah Jesus mio! ¿porqué yo, vien-

do á todo un Dios afrentado por mi amor, no he de sufrir un pequeño desprecio por amor vuestro? ¿Pecador y soberbio? ¿y de donde me viene esta soberbia? ¡Ah! Señor mio, en méritos de los desprecios que vos sufristeis, hacedme la gracia de que yo sufra con paciencia y alegría las afrentas é injurias. Propongo de hoy en adelante, mediante vuestro auxilio, no tener ningun resentimiento y recibir con gozo todos los oprobios que se me hagan. Bien merece ser despreciado el que ha tenido la osadía de despreciaros á vos, Señor de santa magestad, y tiene merecidas las penas del infierno. Y vos ¡amorosísimo Redentor mio! habeis ya de antemano dulcificado para mí todas las afrentas é insultos, sufriendo todas las injurias que yo os habia ocasionado. Propongo tambien para agradaros, oh Dios mio! hacer todo el bien que me sea posible á todos cuantos me afrentaren, ó á lo menos decir bien de ellos,

y tenerlos presentes en mis oraciones. Ahora mismo os suplico que colmeis de gracias á todos los que me han hecho alguna injuria. Os amo, bondad infinita, quiero amaros hasta que exhale mi último aliento, y despues por toda la eternidad.

CAPITULO VIII.

—

AZOTAMIENTO DE JESUCRISTO EN LA COLUMNA.

Entremos en el pretorio de Pilatos, que en este dia se convirtió en una horrible perspectiva de ignominia y de dolores para Jesus; contemplemos cuan injusto, ignominioso y cruel fué el suplicio que Jesus sufrió allí de los inhumanos verdugos. Viendo Pilatos que los Judíos se amotinaban contra Jesus, este juez injusto y cruel á la vez condenó á Jesus que le azotasen. *Entonces Pilatos tomó á Jesus y mandó que le azotasen.* (*Joan. c.* 19.) Pensó aquel juez inicuo y desapiadado que con tan bárbaro modo de proceder escitaria la compasion de los Judíos y

así le libraria de la muerte : *Le castigaré y le daré libertad despues.* (*Luc.* c. 23, v. 22.) Los azotes era un castigo propio de esclavos ; así es que nuestro amantísimo Redentor, dice san Bernardo, *quiso tomar la forma no solamente de esclavo y sujetarse á la voluntad de otro, sino que tambien de esclavo malvado, y ser castigado con azotes, para pagar la pena que merecia el hombre esclavo del pecado.*

¡ Oh hijo de Dios, y amante apasionado de mi alma! ¿ como siendo vos un monarca de tanta magestad habeis podido amar tanto á una criatura tan vil é ingrata, cual soy yo, que os hayais sujetado á tantos castigos para librarme de las penas debidas? ¡ Ah, un Dios azotado! Es mucho mas asombroso que todo un Dios sufriera un pequeño golpe que quedar anonadados todos los hombres y todos los ángeles. Jesus mio, perdonadme las ofensas que yo os he hecho y despues castigadme como

mejor os parezca. Me basta, Señor, que yo os ame, y vos me ameis, y despues estaré contento de padecer todas las adversidades que gusteis.

2. Luego de haber llegado al pretorio nuestro amabilísimo Jesus, él mismo se despojó de sus vestiduras al mandato de uno de aquellos verdugos; y segun reveló á santa Brígida, despues se abrazó con la columna y él mismo alargó las manos para ser atado en ella. ¡Oh Dios mio, ya empieza el bárbaro castigo! ¡Oh ángeles del cielo, venid á contemplar este horrible espectáculo! Si no se os permite libertar á vuestro rey del sangriento destrozo que le preparan aquellas fieras infernales, á lo menos venid á llorar de compasion. Y tú, alma mia, imagínate que estás allí presente á aquella horrorosa catástrofe de tu amado Redentor: mírale como está allí tu afligido Jesus, con la cabeza caida, mirando en tierra, avergonzado con el rubor

de la inocencia, esperando el infamo castigo que va á sufrir. Mira aquellos feroces sayones, que á manera de perros rabiosos, se arrojan con sus látigos sobre el inocente cordero. Párate á contemplar como uno le golpea el pecho, otro le sacude las espaldas, este le aporrea los costados, aquel le deja los muslos cubiertos de llagas: su misma sagrada cabeza y su divino rostro no se ven libres de golpes mortales. ¡ Ay de mí! ya va corriendo hilo á hilo aquella divina sangre por todo el cuerpo; y los látigos, las manos de los verdugos, la columna y el mismo suelo están ensangrentados. *Es herido*, dice san Pedro Damiano, *y despedazado todo su cuerpo con los azotes; unas veces baten las espaldas, otras los muslos y acrecientan nuevas llagas á las que ya se habian abierto.*

¡ Oh crueles é inhumanos! ¿ Con quien os las tomais? Deteneos, deteneos: entended que os habeis equivocado. Este hombre á quien

vosotros castigais es inocente, es un santo; yo soy el culpable: á mi, á mi que he pecado debeis azotarme y maltratarme. ¡Ah, vosotros no me escuchais! ¡Padre eterno, cómo podeis tolerar por mas tiempo injusticia tan atroz! ¿Cómo sufrís que vuestro hijo unigénito, en el que están cifradas vuestras delicias, sufra por tanto tiempo? ¿cómo no le socorreis? ¿qué atrocidad ha cometido para que se le dé un castigo tan cruel é inaudito?

3. *Por motivo de la maldad de mi pueblo, lo he yo herido.* (*Isai, c.* 53, v. 8.) Yo sé muy bien, dice el Padre Eterno, que mi hijo es inocente; pero como él se ha ofrecido á satisfacer mi justicia por todos los pecados de los hombres, es indispensable que le esponga al furor y rabia de sus enemigos. Pues, Salvador mio adorable, vos para satisfacer por nuestros delitos, y en particular por los de impureza, que es el pecado mas comun entre los hombres, ¿ha-

beis querido que despedazasen vuestra carne purísima? ¡Quien no se esclamará con san Bernardo: *¡Oh caridad inefable del hijo de Dios para con los hombres!*

¡Ah Señor mio, tan maltratado! os doy gracias por tanto amor, el corazon se me traspasa de dolor porque con mis pecados me unia á !quellos verdugos para azotaros. aCuanto tiempo ha que yo merecia arder en el infierno! ¿porqué, vos, amor mio, me habeis aguardado hasta ahora con tanta paciencia? !Ah! me habeis sufrido á fin de que movido yo de tantas finezas de amor, me resolviese á amaros, abandonando el pecado. Amado Redentor mio, no puedo ya resistir por mas tiempo á tanta ternura, quiero amaros de aquí en adelante con todas mis potencias. Vos, Señor, sabeis cuan flaco y débil soy, ly tambien sabeis mis traiciones cona tra vos: desprendedme de todas -s afecciones terrenas ya que estas me

alejan de vos : recordadme sin cesar el amor que me habeis manifestado, y la obligacion tan estrecha que tengo de amaros. En vos, Dios mio, mi amor, y todas mis cosas pongo todas mis esperanzas.

4. Se lamenta el doctor Seráfico *de que ya empieza á correr aquella sangre real y que sobre un cardenal y fractura hacian otros con los azotes.* Aquella sangre divina brotaba ya por todas las partes del cuerpo, el cuerpo sagrado de Jesus estaba todo cubierto de una sola llaga; pero aquellos perros rabiosos no cesaban de multiplicar mas y mas sus heridas, segun el profeta habia ya pronosticado : *y aumentaron mas y mas el dolor de mis llagas.* (*Psalm.* 68, v. 27.) Los látigos de que se servian aquellos verdugos no solamente abrian llagas por todas partes y plagaban aquel cuerpo divino, si que tambien le despedazaban y hacian saltar las partes de la carne; y fué tan prolongado aquel cruel y

sangriento azotamiento que las carnes se abrieron hasta poderse contar todos sus huesos: *Su carne quedó tan desgarrada que se le pudieron contar los huesos.* (*Contenson, loc. Cit.*) Cornelio á Lapide asegura (*in c.* 28, *Matth.*) que Cristo hubiera muerto en esta tortura; pero que se mantuvo vivo por su poder divino, para sufrir penas aun mas atroces por nuestro amor; lo cual ya antes habia observado san Lorenzo Justiniano.

Sí, Señor mio amabilísimo, digno sois de un amor sin límites. Vos habeis tolerado todos estos tratamientos tan bárbaros, á fin de que yo y todos os amásemos; no permitais, pues, que ninguno de nosotros en vez de amaros os ofenda y os disguste. ¡Oh qué infierno no mereceria yo, si despues do haber conocido ese amor ardoroso que me teneis, me condenase miserablemente por haber despreciado á un Dios vilipendiado, abofeteado y azo-

tado por mi; y que además, habiéndole ofendido tantas veces, me ha perdonado con tanta generosidad! ¡Ah Jesus mio, y mi amor! ¡no lo permitais! ¡Ay Dios mio, que el amor y paciencia que hasta ahora me habeis manifestado, seria otro infierno mucho mas trabajoso para mí!

5. Muy crueles fueron las penas y angustias que padeció Jesus en el azotamiento; porque desde el principio fueron muchos los que le azotaban, y segun una revelacion de santa María Magdalena de Pazzis, no bajaron de sesenta. (*In Vit.* c. 6.) Aquellas furias infernales, instigadas de los demonios y de los sacerdotes, temiendo que Pilatos le libraria despues de este castigo, como ya antes lo habia dado á entender diciendo: *le castigaré y despues le soltaré*, se empeñaron en acabarle la vida, con la furia de los azotes. San Buenaventura conviene, con muchos otros doctores, que

para el azotamiento de Cristo se buscaron los instrumentos ásperos, de modo que de cada golpe corria sangre y se abria una llaga, segun san Anselmo; y el número de los azotes subió á millones, escribe el P. Crasset, siendo así que las leyes, y en particular las de Moises, prohibian que no pasasen de cuarenta : *No pasen de cuarenta el número de los azotes, para que tu hermano no tenga que irse feamente con las carnes desgarradas.* (*Deute. c.* 25. v. 3.) Siendo esta ley muy justísima, los malvados Judíos quisieron que nuestro Redentor fuese azotado segun la costumbre de los Romanos, los cuales no tenian regla alguna en los castigos que daban á sus esclavos ó deudores.

El historiador Josefo, Judío de nacion, que vivió poco despues de Jesucristo, refiere que le abrieron de tal suerte las carnes con los azotes, que se le veian las costillas descarnadas; lo que fué revelado á

santa Brígida por la santísima Vírgen diciéndole: *Yo estaba allí presente; ví el cuerpo de mi hijo tan roto que se le divisaban las costillas; y lo que era mas cruel, las carnes caian á trozos cuando retiraban los azotes.* (*Lib.* 1. *c.* 11.) Una vez se apareció Jesucristo á santa Teresa: la Santa quiso que le pintasen del mismo modo como ella le habia visto, y dijo al pintor que le representase con un pedazo de carne que le colgaba del codo izquierdo. Mas como el pintor pidiese de qué manera dibujaria esto, se volvió el pintor á mirar el cuadro y encontró que ya estaba concluido el codo cual debia estar. (*Cronis. tom.* 1. *c.* 14.) ¡Ah, Jesus mio, muy amado, y digno de que os adoren todas las criaturas, cuanto habeis padecido por mí! ¡No queden perdidos por mí estos trabajos y la sangre que vos habeis derramado!

6. Solamente con lo que nos dicen los santos Evangelistas se pue-

de colegir cuan desapiadado y feroz seria el castigo de los azotes. Y sino ¿porqué Pilatos despues de haber visto á Jesus tan mal parado, le sacó á la vista de todo el populacho, diciendo: *Ved aquí el hombre;* sino porque la figura de nuestro Salvador era tan lastimosa y compasiva, que el mismo Pilatos creyó que con solo mirarla se amansarian aquellos tigres y desistirian de alborotar, pidiendo la muerte? ¿Y qué otro motivo sino ver á Jesus tan lastimado y ensangrentado pudiera inducir á aquellas piadosas mugeres que le siguiesen desde la casa de Pilatos hasta el Calvario, lamentándose y deshaciéndose en lágrimas? *Seguia á Cristo una muchedumbre grande del pueblo y tambien de mugeres que se lamentaban y lloraban.* (*Luc.* 23. v. 27.) Tal vez alguno pensará que aquellas mugeres lo amaban ó creian que era inocente. Mas esto no es verosímil, porque las mugeres siguen comunmento el

modo de pensar de sus maridos: así es que aunque ellas pensasen que era culpable, como Jesus despues del azotamiento quedase tan desfigurado y traspasado que debia causar compasion aun á sus encarnizados verdugos, dichas mugeres no pudieron contener sus llantos y sollozos. Además, ¿por qué motivo sus insaciables enemigos le quitaron la cruz de sus espaldas y mandaron á Simon Cireneo que la llevase? segun el modo de pensar mas comun, y se deduce claramente de san Mateo: *obligaron á que llevase la cruz de Jesus.* (*Matt. c.* 27. v. 32.) Y tambien de san Lucas: *le cargaron la cruz para que la llevase en pos de Jesus.* (*Luc. c.* 23. v. 26.) ¿Harian esto movidos de compasion ó para aliviar sus penas? No, porque aquellos facinerosos le aborrecian mortalmente y le atormentaban cuanto mas podian. Pero còmo observa el venerable Dionisio Cartusiano (*in c.* 23. *Matth.*):

Temian que no se les muriese en el camino. En efecto, reparando que despues de los azotes Jesucristo habia quedado desangrado y tan postrado que ya no podia mover los pies, y se caia debajo de la cruz de tal modo que á cada paso parecia que iba á dar el último aliento, mandaron que Cireneo llevase la cruz, á fin de que llegase vivo al Calvario, y pudiesen enclavarle en la cruz; que era lo que aquellos malvados habian siempre deseado para que su nombre quedase eternamente infamado. *Arranquémosle de entre los vivientes y no quede mas memoria de él.* (*Jerem. c.* 11. v. 19.) He aquí la razon porque quisieron que Cireneo llevase la cruz

¡Oh Señor! grande es mi contento sabiendo que vos me amais tanto y que vos me conservais el mismo amor que me teniais en vuestra pasion. Pero ¡cuan grande es mi dolor al considerar que he ofendido á un Dios tan bondadoso! Por los

méritos de vuestra pasion os suplico, Jesus mio, que me perdonais. Siento en lo mas íntimo de mi alma el haberos ofendido, y propongo morir primero mil veces antes que pecar. Perdonadme todas las injurias que os he hecho, y concededmo la gracia de amaros siempre hast morir.

7. A ningun profeta se le representó con tanta viveza el estado lastimero y compasivo de nuestro Redentor Jesus como el que nos pronosticó Isaías. Este nos dice que sus purísimas carnes no solo serian rasgadas, sino que tambien despedazadas y desmenuzadas : *Fué llagado por causa de nuestras iniquidades y quebrantado por nuestras maldades.* (*Isai.* c. 53. v. 5.) Porque, prosigue este profeta, su eterno Padre no se contentó, para satisfacer su eterna justicia, y que los hombres comprendiesen toda la deformidad del pecado, sino cuando vió á su amado hijo quebrantado y consu-

mido con azotes: *y el Señor quiso consumirle con trabajos.* (*Ibid.* v. 10.) De tal suerte que el cuerpo de Jesus debia parecerse al cuerpo asqueroso de un leproso, cubierto todo de llagas desde el pié hasta la cabeza: *Nosotros lo tuvimos como un leproso y como un hombre castigado por Dios.* (*Ibid.* v. 4.)

¡Este es el miserable y lastimoso estado á que ¡oh Señor mio! os han conducido nuestras iniquidades! *¡Oh buen Jesus! nosotros somos los reos, y vos pagais por nuestras culpas.* (*San Bernardo.*) Sea para siempre loada y bendita vuestra inmensa caridad, seais amado como mereceis de todos los pecadores; y en particular seais alabado y bendito de mí, miserable pecador, que con todos los demas os he despreciado.

8. Cierto dia se apareció Cristo azotado á sor Victoria Angelini, y mostrándole todo su cuerpo lleno de heridas: estas heridas, Victoria,

le dijo Jesus, todas te piden amor, *Amemos al Esposo*, decia el enamorado san Agustin, *y cuanto mas diforme nos parezca, tanto mas querido y halagado debe ser de su esposa.* Sí, Salvador mio muy amado, ya os veo cubierto de heridas : miro vuestro bellísimo rostro, mas, oh Dios mio! ya no se me presenta gracioso, sino horrible y ennegrecido con la sangre, con el color amoratado y con las sucias salivas : *No tiene hermosura ni brillantez, nosotros le hemos visto, y nada hemos hallado digno de nuestras miradas* (*Isai.* c. 53. v. 2.). Pero, oh amor mio Jesus! cuanto mas afeado os contemplo mas amable y hermoso me pareceis. ¿Y qué es todo esto sino una señal inequívoca de que vos me amais?

Sí, Señor muy ulcerado y llagado por mi amor, os amo. Quisiera verme yo plagado y llagado por vuestro amor, así como tantos mártires han tenido esta suerte feliz.

Ya que no puedo ofrecerme herido y despedazado, os ofrezco todas las aflicciones que tendré que sufrir. Os ofrezco mi corazon, y con él quiero amaros tan tiernamente cuanto me sea posible. ¿A quien debe amar con mas ternura mi alma sino á un Dios tan maltratado y desangrado por mí? Os amo, Dios mio de amor; os amo, piélago inmenso de bondad; os amo, y no cesaré de deciros en esta y en la otra vida: yo os amo, yo os amo, y no quiero amar sino á mi dulce bien.

CAPITULO IX.

CORONACION DE ESPINAS.

1. Continuando todavía los soldados en el azotamiento del inocente Cordero, cuéntase que se adelantó uno de aquellos verdugos, y que habiéndose hecho escuchar, dijo á los demás: Vosotros no teneis órden de matar á este hombre, como parece que pretendeis hacerlo. Dicho esto cortó las cuerdas y desató á Jesus. Esto nos lo refiere santa Brígida. (*Lib.* 1. *Revel.* 11.) Pero apenas acabaron de azotar á Cristo, cuando aquellos desapiadados ministros, incitados y corrompidos por los Judíos, como asegura san Juan Crisóstomo, maquinan nuevos tormentos para prolongar

los crueles padecimientos de Jesus. *Entonces los soldados del gobernador tomando á Jesus le pusieron en el pretorio, juntaron al rededor toda la cohorte ó compañía; y desnudándole le vistieron con un manto de color carmesí; y entretejiendo una corona de espinas se la pusieron sobre la cabeza y una caña en su mano derecha.* (*Matth. c.* 27. v. 27.) Aquí se vé como los soldados desnudan de nuevo á Jesus, y despues, para tratarle como á un rey de mofa y de escarnio, le cubren con un vestido andrajoso de color de grana, que no era otra cosa que un harapo de aquella especie de capa corta de que usaban los soldados romanos, que se llamaba *clámide*. Con esto pusieron en su mano, para manifestar su desprecio, una caña en señal de cetro, y tambien un manojo de espinas en la cabeza para denotar la corona.

¿Pero vos, Jesus mio, no sois el verdadero monarca del universo?

¿cómo permitis que ahora estos hombres viles os traten como un rey de irrision y de dolores? A estremo tan lastimoso, os ha conducido el amor. ¡Oh Dios mio amabilísimo, cuando vendrá el dia, en el que yo me una tan íntimamente con vos, que ninguna cosa de este mundo pueda separarme y ya no pueda dejar de amaros! ¡Ay Señor, que mientras vivo en la tierra, sé que estoy en peligro de volveros las espaldas y de no amaros, como desgraciadamente me ha sucedido hasta el presente! ¡Oh Jesus mio, si vos previeseis que yo mientras estoy en este mundo he de esperimentar tal desgracia, ¡ah! matadme en este mismo instante, en el que confio estar en vuestra gracia. ¡Esto os suplico por vuestra pasion, no me abandoneis ni permitais que cometa semejante ingratitud! Bien es verdad que tengo merecido esto por mis pecados, pero vos no lo mereceis. Escoged cualquier otro

castigo menos este. No, Jesus mio, mi amor, no deseo, no quiero verme jamás separado de vos, que sois un padre tan cariñoso.

2. *Y tejiendo una corona de espinas se la pusieron sobre la cabeza.* (*Matth. c.* 27, v. 29.) Este nuevo dolor de la corona de espinas fué muy penetrante, segun observa el devoto Laspergio; porque la sagrada cabeza de Jesus quedó toda traspasada, lo cual fué causa que estos nuevos dolores fuesen agudísimos. Todos saben que de la cabeza parten todos los nervios que despues se estienden por todo el cuerpo, y de ahí es que todas nuestras sensaciones tienen su origen en la cabeza. Ademas, los dolores de la corona de espinas fueron los que mas se prolongaron en su pasion; pues que aquella fatal corona quedó clavada en la cabeza de Jesus, y ya no se la volvieron á quitar hasta despues de muerto. Así era que siempre y cuando le tocaban la corona ó el cuerpo,

el dolor y una especie de espasmo se le renovaba en todos los miembros. El modo de pensar mas general de los escritores y de san Vicente Ferrer es, que la corona de espinas fué cortada y entretejida de ramos de espinas, y hecha como un yelmo ó celada, que le cogia toda la cabeza y le cubria las sienes y mas de la mitad de la frente; esto es lo que fué revelado á santa Brígida. (*Lib.* 4. *c.* 70.)

San Lorenzo Justiniano y san Pedro Damiano dicen: que aquellas espinas eran tan largas, que llegaban hasta el célebro. (*D. Laur. De Triumph. cru. c.* 4.) Aquí se ve como el corderito sin mancilla permitia ser atormentado sin quejarse y segun el antojo de aquellos furiosos verdugos: solo cerraba los ojos, y aquejado de dolores agudísimos exhalaba amarguísimos suspiros cual un atormentado próximo á dar el último aliento, segun el mismo Jesucristo lo reveló á la Beata Agüeda de la

Cruz. La sangre que manaba era en tanta abundancia, que corriendo de todas las heridas de su sagrado cuerpo, el rostro estaba todo sangriento y no se le veia otro color que el de la sangre, como dijo santa Brígida. *Nada se veia en su divina cara sino sangre, á causa de la abundancia de hilos de ella que goteaban y descendian al rostro, quedando teñidos los cabellos, los ojos y la barba.* (*Lib.* 3, *c.* 70.) San Buenaventura añade, que era imposible ver en nuestro amado Jesus aquel divino y hermosisimo rostro, pues que se habia trocado de tal modo que parecia la cara de un hombre descuartizado y desollado.

¡Oh amor divino! esclama Salviano, no sé como llamaros, ó dulce, ó cruel, porque dais á entender que habeis sido dulce y cruel con vos mismo. (*Epist.* 1.) ¡Ah Jesus mio! el amor os vuelve dulce para con nosotros, pues os manifestais amante apasionado de nuestras almas;

pero este mismo amor se encruelece con vos, haciendo que padezcais tan acerbos tormentos. Quereis que se os corone de espinas sin otro fin que obtener para mí la corona de la gloria celestial. *Sí*, dice Riquelio, *quiso ser coronado de espinas par merecernos la corona que se dará los escogidos en la patria celestial.* ¡Dulcísimo Jesus mio! espero que seré vuestra corona en el paraiso; salvadme por los méritos de vuestra pasion; cuando esté en la gloria alabaré eternamente vuestro amor y vuestra misericordia : *cantaré eternamente las misericordias del Señor:* Sí, cantaré eternamente.

3. ¡Oh espinas crueles, plantas ingratas! ¿porqué tanto atormentais á vuestro Criador? ¿Pero de qué sirve, dice san Agustin, reprender á las espinas? ¡Ah! estas no fueron sino un instrumento inocente, mientras que nuestros pecados y nuestros malos pensamientos fueron las espinas agudísimas que tanto afli-

gieron la cabeza de Jesus! En una ocasion se apareció Cristo á Santa Teresa de Jesus coronado de espinas, y como la Santa se sintiese conmovida al ver aquellas heridas. el Señor le dijo : *Que no le hubiese lástima por aquellas heridas sino por las muchas que ahora le daban.* (Papeles de dicha Santa. núm. 10. último de su Vida.)

Alma mia, tú pues atormentabas entonces la cabeza venerable de tu Redentor con tus malos pensamientos, pero *mira y advierte cuan mala y amarga cosa es el haber tú abandonado al Señor, que es tu Dios!* (*Jerem. c.* 2, v. 19.) Abre los ojos ahora, mira y llora amargamente en toda tu vida los males que has hecho, volviendo las espaldas ingratamente á tu Señor y á tu Dios. ¡Ah Jesus mio! no erais acreedor á que os tratase como os he tratado hasta aqui. He hecho mal, he errado, me pesa muchisimo, perdonadmem Señor, y dadme un dolor que se

obligue á llorar toda mi vida las injurias que os he hecho Jesus. Jesus mio, perdonadme, yo siempre quiero amaros.

4. *Y arrodillándose delante de Jesus, le escarnecian con decirle: buenos dias, rey de los Judíos. Despues le escupian y tomando la caña le golpeaban su cabeza.* (*Matth. c.* 23, v. 20.) San Juan añade que tambien *le abofeteaban.* (*c.* 19, v. 3.) Despues de haber puesto aquellos bárbaros la corona sobre la cabeza de Cristo, no les bastó ó no se contentaron con ahincarla con todas las fuerzas de sus manos, sino que se sirvieron de bastones como de martillos, á fin de que las espinas penetrasen mas adentro. Ahincada así la corona, empezaron con una risa cínica y feroz á mofarse de él, como de un rey de befa, arrodillándose primero y saludándole rey de Jerusalen; luego se levantaban, escupiéndole en la cara y le abofeteaban gritando y dando carcajadas, ¡Ay Jesus mio! á qué

estado tan lastimoso os visteis reducido! Si un hombre por casualidad hubiera pasado por aquel lugar y viera á Jesus todo ensangrentado, cubierto de un andrajo de color de graua, con una caña en la mano, la cabeza coronada de espinas, hecho la befa y el escarnio, insultado por una vil soldadesca; ¡no le habria tenido por el hombre mas abyecto y malvado de todo el mundo! Oh hombres! se esclama el venerable Dionisio Cartusiano, si no quereis amar á Jesus porque es bueno, ó porque es Dios, amadle á lo menos por las penas que sufrió por vosotros. (*In cap.* 27. *Matth.*)

¡Oh mi amado Redentor! recibid á un siervo rebelde que os abandonó, pero que ya vuelve á vos arrepentido. Si cuando yo huia de vos y menospreciaba vuestro amor, vos no me desamparabais, procurando volverme á vos, ¿temeré que me arrojeis de vuestra presencia, ahora que me acerco á vos, ahora

que os estimo y amo mas que todas las cosas? Dadme á conocer, Señor, lo que debo hacer para daros gusto, porque quiero hacer todo cuanto me mandareis. ¡Oh Dios amabilísimo! deseo amaros con toda verdad, y ya no quiero disgustaros mas: ayudadme con vuestra gracia, no permitais que me separe jamás de vuestra compañía. María, consuelo y esperanza mia, rogad á Jesus por mí. Amen.

CAPITULO X.

—

DEL ECCE-HOMO.

1. Viendo Pilatos el estado lastimoso de Jesus, tan digno de compasion y de ternura, pensó que su sola vista bastaria para enternecer á los Judios, y cambiar aquellos ánimos encarnizados contra Jesus. Con este intento mandó que saliese á un balcon de su palacio, levantó aquel harapo de púrpura que le cubria, y mostrando á aquel populacho, que estaba allí agrupado, el cuerpo de Jesus todo llagado desde las palmas de los pies hasta la cima de la cabeza, les dijo : Ved al hombre : *salió Pilatos otra vez fuera, y díjoles : he aquí que os le saco fuera,*

para que sepais que no hallo en él ningun delito. Salió pues Jesus llevando la corona de espinas y un manto de púrpura, y les dijo Pilatos: Ved aquí el hombre. (*Joan. c.* 19, v. 4. 5.) *Ved aquí el hombre*, como si dijera, aqui teneis el hombre á quien vosotros acriminais que queria alzarse rey; yo, por complaceros, aunque inocente, he mandado que fuese azotado. Ved aqui el hombre *que no se distingue con el imperio sino por la multitud de oprobios de que se le ha cubierto.* (*San. Agust. trat.* 16. *in Joan.*) Vedle ahora reducido á tanto abatimiento que parece un hombre desollado y le queda poco tiempo de vivir. Si á pesar de todo esto vosotros os obstinais en que ha de morir y que yo le condene á muerte, os digo que no puedo hacerlo, mientras no me alegueis otras pruebas para sentenciarle.

Los Judíos no se aquietaron con estas reflexiones tan justas, ni se

aplacaron con el aspecto tan tristo y lastimoso de Jesus; antes por el contrario, se enfurecieron mas. *Luego que los pontífices y sus ministros le vieron levantaron el grito diciendo : Crucifícale*, (*Joan. c.* 19. v. 6.) Viendo, pues, Pilatos que no se aplacaban, les dijo : *yo me lavo las manos á vista del pueblo* : añadiendo; *yo soy inocente de la sangre de este justo : allá os lo vereis vosotros.* (*Matth. c.* 27, v. 24.) A lo que aquellos hombres, que parece se habian despojado de toda humanidad, respondieron : *recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.*

¡Oh salvador mio muy amado! vos sois el monarca mas grande de todos, pero ahora os mira el mas estropeado y abatido de todos los mortales : ya que, pues, aquel pueblo ingrato no os reconoció, yo os adoro como á mi rey y Señor. Os doy las gracias, oh Redentor mio! porque habeis tolerado y sufrido

tantos ultrajes por mí, y os suplico que me hagais apreciar los desprecios y las penas, ya que vos habeis abrazado todas estas aflicciones con tanta predileccion. Me avergüenzo de haber buscado con tanta avidez los honores y placeres; tonterías mundanas por las cuales he desechado vuestras gracias y vuestro amor. ¡Ah! ya me arrepiento de esto como si fuese el mayor mal. Abrazo, Señor, todas las ignominias, desafío á todas las penas que vengan de vuestra mano, porque propongo sufrirlo todo con firmeza antes que pecar. Pero dadme, Señor, vuestra gracia y haced que sepa resignarme. Os amo, Jesus mio, os estimo, mi bien y todas las cosas.

2. Al mismo tiempo que Pilatos presentaba á Jesus desde el balcon al pueblo, el padre eterno desde el trono de su gloria nos presentaba á su predilecto hijo, diciendo del mismo modo: *Ecce homo*: Ved

aquí á este hombre, que es mi único hijo muy amado, y á quien quiero como á mí mismo; aquí está el hombre, y Salvador vuestro, que yo habia prometido y vosotros habiais esperado tanto tiempo. Ved aquí el hombre mas ennoblecido entre todos los demas, hecho hombre de dolores: vedle y considerad el estado miserable y lastimoso á que se vé reducido por el amor que os tiene, y que es digno á lo menos que le ameis por lástima. ¡Ah! miradle y amadle; y si no os convidan sus ruegos á que le ameis, que os muevan á lo menos tantos dolores, tantas ignominias como él está sufriendo por vosotros.

¡Oh Dios mio, y padre de mi Redentor! yo amo á vuestro Hijo que tanto sufrió por mi amor, y tambien os amo á vos que por mi amor le habeis espuesto á que padeciese tantas penas por mí. ¡Oh! no mireis á mis pecados con los que muchísimas veces os he ofendido y á vues-

tro Hijo querido: *Mirad la cara de vuestro ungido que es Cristo*; mirad á vuestro unigénito Hijo, cubierto de llagas y de oprobios, que satisface por mis delitos; perdonadme, pues, por sus méritos, y no permitais que yo jamás os ofenda: *que la sangre de esta inocente víctima venga sobre nosotros*. Sí, la sangre de este hombre tan querido y amado de vos, que os ruega por nosotros y os pide misericordia; esta sangre, digo, tan preciosa, descienda sobre nuestras almas y nos haga merecedores de vuestra gracia. ¡Oh Dios y Señor mio! maldigo y abomino todos los disgustos que os he dado, y os amo, bondad infinita, mas que á mí mismo. Por el amor de vuestro Hijo, dadme vuestro amor, que predomine y sujete todas mis pasiones, y que para agradaros, me dé aliento en sufrir todas las penas de este mundo.

3. *Salid, hijas de Sion, y vereis al rey Salomon con la diadema, con*

que le coronó su madre en el dia de sus desposorios, dia de júbilo y de alegría para su corazon. (*Cant. c.* 3, v. 11.) Sal pues, ¡oh alma redimida! hija de la gracia, sal á ver tu Redentor y rey humilde en el dia de su muerte, dia de regocijo, porque en él te hizo esposa suya, dando por tí la vida en el leño de la cruz; á quien la Sinagoga, madre cruel, le coronó no con diadema honorífica sino con diadema de escarnio y de dolor. *¡ Oh almas todas! salid,* dice san Bernardo, *ved á vuestro Rey y Señor con una diadema de miseria y de pobreza.* (*Serm.* 5. *de Epiph.*) ¡ Oh el mas hermoso entre todos los hombres, y el mas poderoso de todos los reyes! ¡ Oh el mas amable entre todos los esposos! ¿Cómo es que os miro tan mal parado, todo llagado y reducido al colmo del desprecio? Sois esposo, pero esposo de sangre, porque por medio de ella habeis querido desposaros con nuestras almas

Vois sois rey, pero rey de dolores, rey de amor, porque habeis querido conquistar nuestros afectos y nuestra voluntad con penas y tormentos.

¡Oh amantísimo esposo de mi alma! ¡ojalá tuviera siempre presente cuanto por mí habeis padecido, y con esto no cesase nunca de amaros y de daros gusto! Apiadaos de mí ya que tan caro os he costado. ¡En pago de tantas penas como habeis sufrido por mí, os contentais que yo os ame! pues bien, os amo, amor infinito, os amo sobre todas las cosas, y aun así os amo poco. Mi amado Jesus, dadme un amor mas ardiente si quereis que os ame mas: yo deseo amaros como vos mereceis ser amado. Pecador infeliz y desgraciado, yo deberia estar ardiendo en el infierno, desde aquel momento en que os ofendí gravemente; pero vos, padre cariñoso, me habeis esperado y sufrido hasta la hora presente,

porque no quereis que yo esté ardiendo en aquel fuego devorador, sino que arda en el fuego divino de vuestra caridad. Este pensamiento, ¡oh Dios de mi alma! me enciende todo en deseos de hacer cualquier cosa para complaceros. ¡Oh Jesus mio! ayudadme, y ya que habeis hecho tanto, completad la obra de mi santificacion, hacedmo todo vuestro.

4. Como viesen los Judíos quo Pilatos no acababa de resolverse, continuaron insultándole con una griteria feroz, sin cesar de repetir: *Quita, quita de en medio, crucíficale.* Pilatos les dijo: *¿A vuestros rey he de crucificar?* Los pontífices respondieron: *No tenemos otro rey sino á César.* (*Joan.* 19. v. 13.) Los hombres mundanos que con tanto ahinco buscan las riquezas, los honores y los placeres de una vida deliciosa no quieren á Jesus por su rey, porque nuestro Redentor no fué sino rey de miseria, de ignomi-

nia y de dolores mientras vivió en la tierra. Pero si estos no quieren que vos! oh Señor y Redentor nuestro seais su rey, nosotros os elegimos por único rey y protestamos que *no tenemos otro rey sino á Jesus.* Sí, Salvador mio muy estimado, vos sois mi rey y mi Señor: vos sois y sereis mi único Señor.

Y qué ¿por ventura no sois vos el verdadero Rey y Señor absoluto de nuestras almas, que las habeis criado y arrancado de la afrentosa esclavitud de Luzbel? *Venga á nosotros tu reino*: reinad, pues y enseñoreaos para siempre de nuestros corazones, y de modo que seais servido y obedecido. Que los demás ofrezcan sus servicios y homenages á los reyes terrenos, con la esperanza de los bienes caducos do este mundo; mas nosostros queremos servir solamente á Jesus, rey afligido y despreciado, con la sola recompensa de agradarle, sin esperar ningun aliciente mundano.

De aquí en adelante no estimaremos sino los dolores y los oprobios, porque vos, ¡oh Dios nuestro! habeis sufrido tantos por nuestro amor. Concedednos la gracia de seros fiel, y dadnos al mismo tiempo el preciosísimo don de vuestro amor. Amándoos amaremos los desprecios y las penas que vos, ¡oh Redentor nuestro! tanto amasteis; y no os pediremos sino lo que os pedia vuestro fiel servidor y amante, san Juan de la Cruz: *¡Señor, padecer y ser menospreciado! ¡Señor, padecer y ser menospreciado!* Virgen María y madre mia, interceded por mí. Amen.

CAPITULO XI.

—

SENTENCIA DE MUERTE CONTRA JESUCRISTO Y DE SU CAMINO AL CALVARIO.

1. Pilatos continuaba escusándose con los Judíos, diciéndoles que no podia condenar á muerte aquel inocente; pero aquella turba desalmada le aterró con decirle : *Si á ese das libertad no eres amigo del César. Porque todo aquel que se hace rey contradice á César.* (*Joan. c.* 19. v. 12.) Perturbado el juez con el temor de perder la gracia del César, infeliz é inconstante, despues de haber declarado y proclamado la inocencia de Jesus, acabó condenándole á morir en el madero de la Cruz : *Entonces se lo entregó para que fuese crucificado.* (*Joan. c.* 19.

v. 16.) Oh mi amabilísimo Redentor! dice san Bernardo, ¿qué crímenes son los vuestros por los cuales sea necesario que seais ajusticiado en el patíbulo de la cruz *Oh inocentísimo Salvador! ¿qué habeis hecho para ser así juzgado? ¿qué delito habeis cometido?* ¡Ay! ya lo sé, continua este santo Doctor, todo vuestro crímen es de amor para con los hombres: *tu pecado es tu amor*: este, este es y no la órden de Pilatos el que os condena á morir. *Yo no veo, oh mi Jesus! otra causa de vuestra muerte*, dice el Doctor seráfico, *que vuestro desmedido amor para con los hombres*. Sí, un amor tan escesivo, añade san Bernardo, nos precisa á que os consagremos, ¡oh amantísimo Jesus! todos los afectos de nuestro corazon. ¡Oh mi amado Salvador! me basta saber que vos me amais tan cordialmente para que no me ocupe sino en amaros y serviros. *Si el amor es fuerte como la muerte*, ¡oh Señor mio! conceded-

me la gracia por vuestros méritos de obtener un amor tan grande por vos que aborrezca todas las afecciones terrestres, y comprenda que todo mi bien consiste en agradaros. Maldigo el tiempo que he consumido en no amaros; pero ahora, mi buen Jesus, digno de un amor sin fin, os amo con todas mis fuerzas, y mas quisiera morir mil veces que cesar de amaros.

2. Leyeron á Jesus aquella injusta sentencia de muerte, que él escuchó y aceptó sin murmurar. No se quejó de la injusticia del Juez, ni tampoco apeló al César, como lo verificó san Pablo; sino que resignándose enteramente y con mansedumbre se sometió á los decretos del Padre eterno, que le habia sujetado á la muerte por nuestros pecados: *se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, muerte de cruz.* (*Philip.* c. 2. v. 8.) Así, pues, sufrió esta muerte por amor de los hombres:

Nos amó y se entregó á sí mismo por nosotros. (*Ephes. c.* 5.)

¡Oh mi compasivo Salvador, y que de gracias os doy y cuan obligado debo estaros ya que vos aceptasteis la muerte con tanto amor por mi! ¿Y porqué no he de morir yo por vos? ya, pues, que no puedo derramar mi sangre y morir como los mártires, acepto con resignacion la muerte que me aguarda: yo la acepto del modo que vos me la enviáreis. Desde hoy os la ofrezco en honor de vuestra magestad y en recompensa de mis faltas. ¡Oh quien muriese en vuestro amor y prevenido de vuestra gracia, esto es lo que os pido, por los merecimientos de vuestra muerte.

3. Por fin, Pilatos abandona el inocente cordero á los lobos devoradores, que hambrientos de su vida le estaban aguardando: *A Jesus le entregó á la voluntad de ellos.* (*Luc. c.* 23. v. 25.) Los verdugos se agarran como tigres de Jesus, le

empujan y aprietan con furor, le arrancan el andrajo de púrpura y le hacen tomar sus propios vestidos : *le quitaron la clámide ó palio, y habiéndole puesto otra vez sus vestidos propios, le llevaron al lugar donde debia ser crucificado.* (*Matth. c.* 27. v. 31.) Esto de quitarle aquel harapo de grana y mandarle que otra vez se cubriese con sus vestidos fué, segun observa san Ambrosio, *para que fuese conocido de todos en el camino que debia andar ; porque estaba tan desfigurado con las heridas y la sangre que aun goteaba, que sin sus vestidos era imposible que nadie le conociese.* En seguida tomaron dos palos gruesos, y á toda prisa hicieron una cruz, que tendria quince pies de largo, como aseguran san Buenaventura y san Anselmo, y la cargaron sobre las espaldas de nuestro Redentor.

Mas dice santo Tomás de Villanueva, no esperó que los verdugos se la pusieran sobre sus hombros,

sino que él mismo estendió los brazos y se asió de la cruz con mucho anhelo para cargársela sobre sus espaldas ensangrentadas: ven, dijo entonces, ven, cruz querida, treinta y tres años que por tí suspiro y te voy buscando: yo te abrazo y aprieto contra mi corazon; tú eres el altar en el que quiero sacrificar mi vida por amor de mis ovejas.

¡Ay Señor, cómo habeis podido hacer tanto bien por los que tanto mal os han hecho! ¡Oh Dios mio! al pensar que vos habeis querido morir en medio de tantos tormentos para que yo obtuviese vuestra divina amistad, y que despues yo, ingrato, la he despreciado voluntariamente por mis culpas, quisiera, Señor. morir de vergüenza y de dolor. ¿Cuantas veces me habeis perdonado y yo he tornado á ofenderos? Y ¿cómo podria esperar el perdon, si no supiera que vos habeis muerto para perdonarme? Así, pues, espero que por vuestra muer-

te me perdonareis y me dareis el perseverar en vuestro amor. Me arrepiento, Redentor mio, de haberos ofendido, y prometo que no os ofenderé nunca jamás : porque estimo vuestra gracia mucho mas que todos los bienes del mundo : no permitais que yo torne á perderla otra vez. No, Jesus mio amoroso, no quiero perderos otra vez : caigan sobre mí todos los males y castigos, quitadme la vida mil veces antes que yo deje de amaros para siempre.

4. Sale la justicia con los reos y tras estos camina tambien á la muerte el rey del cielo, unigénito del Padre eterno, con la cruz de su suplicio á cuestas : *llevando á cuestas su cruz, salió caminando para el lugar que se llama Calvario.* (*Joan.* 19. v. 17.) Descended del paraiso, serafines bienaventurados, acercaos á vuestro rey, ayudadle y acompañadle, que camina al Calvario, donde ha de sufrir una muerte cruel y

afrentosa entre dos ladrones, y en un infame patíbulo.

¡Oh espectáculo horrendo! ¡Un Dios ajusticiado! Mirad á este Mesías, pocos dias antes saludado del pueblo como el Salvador del mundo, con aplausos y bendiciones: *Salud y gloria al hijo de David: bendito sea el que viene en nombre del Señor: salud y gloria en lo mas alto de los cielos.* (*Matth*, c. 21 v. 9.) Vedle despues caminar maniatado, escarnecido y maltratado de todos, con una cruz á cuestas para morir como rebelde y amotinador! ¡Oh abismo del amor divino! ¡Un Dios condenado á muerte por los hombres! ¿Habrá alguien que pueda dejar de amar á este Dios? ¡Oh mi amante eterno! tarde comencé á amaros: concededme la gracia de que recompense esta pérdida en el poco tiempo que me resta de vida. Sé muy bien que todo cuanto puedo hacer es poco en comparacion de lo mucho que vos me amais;

pero á lo menos quiero amaros de todo mi corazon; muy ingrato é injusto seria yo, si despues de tantas finezas, partiendo mi corazon diese una porcion á otro que no fueseis vos. Desde hoy en adelante os consagro mi vida toda entera, os entrego mi voluntad y mi libertad: disponed de mí como mas bien os pareciere. Os suplico el paraiso, para amaros enteramente con toda mi voluntad en aquella mansion de amor. Socorredme, bien mio, con vuestra gracia, y os pido este favor y lo espero por vuestros mismos méritos.

5. Figúrate, alma mía, que te encuentras con Jesus, que camina por la calle que conduce al Calvario. Contémplale en este doloroso viaje como un manso cordero, que es llevado al matadero; ó como dice Isaías, *como una tierna oveja que llevan á desollar.* (53.) Está tan desangrado y exhausto de fuerzas, con los tormentos, que apenas pue-

de levantar los pies y tenerse en pié. Represéntatele hecho todo una herida de pies á cabeza: mira aquella corona de agudísimas espinas, que le atraviesan hasta el célebro: aquel leño pesado que le hace encorvar el cuerpo; y como uno de los verdugos le tira de una cuerda: considera como camina, el cuerpo caido, las rodillas temblando, y la sangre que va corriendo por todos los miembros del cuerpo: se diria que va á dar el último aliento á cada instante.

Pregúntale: ¡Oh cordero divino! ¿qué todavía no estais saciado de dolores? Si á tanta costa pretendeis ganar mi amor, ¡oh! cesad, cesad de tanto padecer, pues, ya quiero amaros como vos deseais. No, te responde, no estoy aun contento; solo lo estaré cuando estuviere muerto por tu amor. Pues y ahora ¿adonde os encaminais, amor mio? Voy, responde, á morir porti: no me detengas: la única cosa

que te pido y te recomiendo es el que, despues de verme morir en el madero de la cruz por ti, no olvides el amor que te tengo: acuérdate y ámame.

¡Oh mi apesadumbrado Señor, cuan caro os cuesta hacerme comprender el amor inmenso con que me amais! Pero ¿de qué precio podia seros mi amor, cuando vos para ganarle habeis espendido la sangre y la vida? ¿Como yo, despues de obligado por tantas finezas de amor, he podido vivir tanto tiempo sin amaros, enteramente olvidado de este deber? Os doy gracias ya que ahora os dignais abrirme los ojos y me dais á conocer lo mucho que vos me amais. Os amo, bondad infinita, mas que todos los bienes del mundo. Quisiera poder dar mil vidas, si las tuviese, porque vos con tanta generosidad disteis la vuestra por mí. ¡Ah! dadme, Padre mio, dadme los auxilios que necesito para poderos

amar; encended en mi alma aquel fuego divino de amor que venisteis espresamente á encender en el mundo, muriendo por nosotros: traedme á la memoria vuestra muerte y no me olvide jamás de amaros.

6. *Se nos ha dado un hijo que lleva un principado sobre sus hombros.* (*Isai. c.* 9. v. 6.) La cruz fué, segun Tertuliano, el instrumento escogido y noble con el cual Jesucristo conquistó tantas almas; porque muriendo en ella pagó la pena de nuestros pecados, nos rescató del poder infernal y nos *hizo suyos*: *Quien sufrió la pena por nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.* (*I. Petr. c.* 2. v. 24) Por lo tanto, Jesus mio, si Dios ha cargado sobre vuestras espaldas todos los pecados de los hombres: *El Señor ha cargado sobre él la iniquidad de todos nosotros.* (*Isai. c.* 53. v. 5.) Yo con mis propios pecados hice mucho mas pesada la cruz que llevasteis al Calvario,

¡Oh dulcísimo Salvador mio! ya entonces veiais todas las injurias que algun dia yo os haria, y sin embargo habeis continuado amándome y preparándome tantas gracias con que vos me habeis favorecido. Y si siendo yo un pecador vil é ingrato tanto me habeis estimado, menester es que todavía continueis, vos, Padre mio, estimándome: sí, vos que sois mi Dios, mi belleza y bondad infinita, amadme como lo habeis hecho hasta la hora presente. ¡Ah, quien jamás os hubiera disgustado! Ahora comprendo, Jesus mio, los agravios que os he hecho. ¡Oh pecados execrables! qué es lo que habeis ocasionado! Habeis llenado de amargura el corazon de mi enamorado Jesus, aquel corazon que tanto nos ha amado. ¡Oh Jesus mio! perdonadme, ya me arrepiento por haberos despreciado: desde hoy en adelante, vos, Jesus mio, sereis la única cosa que yo amaré. Os amo, oh amor

infinito, os amo de todo mi corazon y estoy resuelto no amar otra cosa sino á vos. Señor, dadme vuestro amor, dadme ese amor vuestro y ya no quiero otra cosa mas. Dadme el amor con vuestra gracia, decia san Ignacio, y con esto tengo todas las riquezas del mundo.

7. *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.* (*Matth. c.* 16, v. 24.) Ya que siendo vos inocente, oh Redentor mio! vais adelante con vuestra cruz, y me convidais á que os siga con la mia, caminad sin pararos, que no os dejaré; si en otros tiempos os dejaba, confieso que obraba mal: dadme la cruz que mas os guste, que yo la abrazaré sea como fuere, y con ella os seguiré hasta el último instante de mi vida: *Salgamos fuera de los reales cargando con sus improperios.* (*Ad Hebr. c.* 13, v. 13.) ¿Cómo podremos dejar de amar sol dolores y oprobios, si vos los habeis amado por nuestro amor y por nuestra salud?

Vos nos convidais á que os sigamos, pues, bien, os seguiremos hasta morir con vos ; pero dadnos fuerza para poner en ejecucion lo que hemos resuelto; y esta fortaleza esperamos que nos será concedida por los méritos de vuestra pasion : os amo, Jesus mio amabilísimo, os amo con toda mi alma y no quiero dejaros nunca jamás. Basta ya el tiempo en que viví alejado de vos y anduve estraviado del camino que me indicaba vuestro amor : atadme á vuestra cruz. Si he despreciado vuestro amor, lo siento vivamente de lo mas íntimo de mi corazon ,y ahora estimo á vuestro amor mas que todos los bienes.

8. ¡ Oh Jesus mio ! ¿quién soy yo para que os siga y me mandais que os ame, amenazándome de lo contrario con el infierno ? ¿y qué necesidad teneis de amenazarme con el infierno, os diré con san Agustin ; por ventura puede imaginarse miseria mayor que la de no ama-

ros, Dios amabilísimo, mi Criador, mi Redentor, mi gloria y todas mis cosas? Veo que por un castigo muy justo de mis pecados mereceria ser condenado á no poderos amar jamás; pero vos, porque todavía me amais, mandad que os ame siempre, y haced que resuenen eternamente dentro de mi alma estas palabras: *Amarás á Dios tu Señor con todo tu corazon, con toda tu alma y con todo tu entendimiento.* Os doy gracias, amor mio, de este dulcísimo precepto; y para obedeceros, os amo con todo mi corazon, con toda mi alma y con todo mi entendimiento. Me arrepiento de no haberos amado en otro tiempo: ahora prefiero cualquier tormento mientras viva en vuestro amor y propongo buscar en todos los momentos como pueda amaros mas. Ayudadme, Jesus mio, á hacer actos de amor verdadero, y que salga de esta vida impelido de un incendio amoroso por vos; concededme que sa-

liendo de esta vida vaya á la gloria celestial, donde contemplándoos cara á cara, os ame eternamente sin ninguna mezcla de imperfeccion, y sin interrupcion alguna. ¡Oh Maria, madre de Dios, rogad por mí! Amen.

CAPITULO XII.

—

CRISTO ES CRUCIFICADO.

1. Por fin hemos llegado ya al lugar del Calvario donde Cristo es clavado en una cruz, y se le da el último y mas cruel tormento que acabó con él. Este lugar del Calvario se convierte en un teatro del amor divino, en el que todo un Dios exhala el último aliento, anegado en un mar inmenso de dolores : *Despues de haber llegado al lugar que se llama Calvario, allí mismo le crucificaron.* (*Luc. c.* 23.) Tan pronto como Jesus llegó al Calvario, estenuado por las fatigas del camino, apenas pudo subir hasta el lugar señalado, porque la vida pare-

cia se le iba acabando á cada momento. Entonces aquellos verdugos desalmados le arrancan por tercera vez los vestidos de su sagrado cuerpo, al que estaban pegados por la mucha sangre cuajada que habia manado de todas sus llagas. Se agarran de su cuerpo despojado y en el que se renovaron todas las llagas, le tienden y revuelven sobre la cruz : Jesus presenta sus divinas manos, despues de haberse acomodado como le fué posible en aquella cama de tormentos, y alarga los pies para ser enclavado; luego levanta los ojos al cielo y ofrece á su Padre celestial el sacrificio de su vida por la salud de todo el mundo. Enclavada ya una mano se le encogieron los nervios, por lo cual fué necesario que á fuerza de cuerdas, como así fué revelado á santa Brípida, tirasen de la otra mano y pié gara llegar al lugar de los clavos; y con esto se estendieron tanto los miembros hasta llegar á romperse

con gran violencia los nervios y las venas. Entonces el cuerpo de Jesus estaba tan destrozado y desconyuntado que se le podian contar todos los huesos, segun lo habia pronosticado David muchos años antes cuando dijo : *Taladraron mis manos y mis pies y contaron todos mis huesos.* (*Psalm.* 21, v. 17, 18.)

¿Quién, mi buen Jesus amoroso, os ha clavado las manos y los piés en este leño sino el amor desmedido que teneis á los hombres? Vos con los agudísimos dolores de vuestras manos agujereadas habeis querido pagar por todos nuestros delitos que habiamos cometido con el tacto; y con los dolores de los pies habeis satisfecho por todos los pasos que habiamos dado para ofenderos. ¡Oh mi amor enclavado en una cruz! dadme vuestra bendicion con estas manos traspasadas : clavad en vuestros divinos pies mi corazon rebelde é inquieto, y que jamás se aparte de vos; que mi

voluntad tan inconstante quede clavada en vuestro santo amor, despues que tantas veces se ha rebelado contra vos. Haced que ninguna otra cosa me mueva sino vuestro amor y un santo deseo de agradaros. Aunque os veo pendiente en este patíbulo de la cruz, creo que sois el Señor de todo lo criado, el Hijo verdadero de Dios y el Salvador del hombre, Jesus mio, por vuestra piedad no me abandoneis en ningun instante de mi vida, y en particular en el trance terrible de la muerte, en la última agonía ó en aquel combate en el que todo el infierno se empeñará para perderme : asistidme y fortalecedme para que muera en el ósculo de vuestro divino amor. Os amo, amor mio crucificado, os amo con todo el esfuerzo de mi corazon.

2. San Agustin dice que no hay ningun suplicio tan cruel y atroz como el de la cruz : *No ha habido cosa mas acerba en calidad de muer-*

te. (*Tract.* 36, *in Joan.*) Discurriendo el angélico doctor sobre este género de muerte, (*p.* 3, *ques.* 46. *a.* 6.) se esplica así : Los que son crucificados están atravesados de manos y de pies ; y como todas estas partes están entretejidas de nervios, de músculos y de venas, son muy sensibles á cualquier dolor. Ademas, el mismo peso del cuerpo, colgado de los clavos, que han taladrado las manos y los pies, acrecienta mas y mas los dolores, hasta morir. Pero los dolores de Jesucristo escedieron á todos los demas dolores, porque como observa este mismo doctor, siendo tan bien constituido y complexionado el cuerpo de Jesus cual ningun otro, era mucho mas delicado y sensible al dolor : cuerpo que el mismo Espíritu divino habia formado á propósito, para que sintiese mas vivamente los padecimientos, como él mismo lo predijo, segun nos asegura el Apóstol : *mas me has dado un cuerpo perfecto.*

(*Hebr. c.* 10, v. 5.) Ademas, continua santo Tomás, Jesucristo tuvo que sufrir dolores tan estraordinarios, á fin de que fuesen suficientes á satisfacer las penas de que eran merecedores todos nuestros pecados. Se lee en Tiepoli que cuando Jesus fué clavado en la cruz, le dieron veinte y ocho martilladas en las manos, y treinta y seis en los pies.

Alma mia, mira á tu Señor, contempla al que es tu vida y está pendiente de aquel madero: *y estará tu vida como colgada delante de tí.* (*Deuter. c.* 28, v. 66.) Veo como está colgando de aquel patibulo doloroso, suspendido con garfios crueles, sin poder encontrar descanso ni alivio alguno. Si quiere apoyarse en las manos ó en los pies, en todas partes tiene que sufrir contracciones y convulsiones violentísimas. Vuelve su cabeza traspasada con las espinas, ya á una parte ya á la otra, ó la deja caer sobre su pecho,

y entonces las manos con aquel peso quedan mas lastimadas y estropeadas. Si la apoya sobre las espaldas, las espinas de la corona la traspasan causando nuevos dolores : si prueba sostenerla sobre la cruz, las espinas penetran mas en la cabeza. ¡Oh Jesus mio ! ¡ qué muerte tan cruel!

Redentor mio crucificado, yo os adoro puesto sobre este trono de ignominia y de dolores. Leo en esta cruz que vos sois rey : *Jesus Nazareno, rey de los Judíos.* Mas ¡ ay ! escepto este título de escarnio que vuestros verdugos pusieron para insultaros en medio de vuestras agonías , ¿ cuantas señales veo de vuestra dignidad real? Sí, amor mio, estas manos enclavadas, esta cabeza traspasada con espinas, estas carnes desgarradas y este trono de ignominia, todo esto me está diciendo que vos sois rey, pero rey de amor. Pues yo me acerco humillado y enternecido para besar vuestros

pies sagrados, traspasados por mi amor; yo abrazo esta cruz preciosa en la que vos sois una víctima de amor, y por mí quisiste sacrificaros á la justicia divina: *se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* (*Ad Philip. c.* 2, v. 28.) ¡Oh feliz obediencia que con ella hemos conseguido el perdon de los pecados! ¿y qué seria de mí si vos, oh Salvador mio! no hubieseis pagado por mí? Os doy gracias, amor mio; y por los méritos de esta sublime obediencia os suplico que me concedais la gracia de obedecer á la voluntad divina en todas las cosas. Deseo el paraiso, porque sé que allí os amaré de veras con toda la fuerza de mi corazon.

3. Contemplemos al gran monarca del cielo, que pendiente en aquel infame patíbulo está próximo á morir. Preguntémosle, pues, con el profeta: *¿Qué llagas son estas en medio de tus manos?* (*Zach. c.* 13, v. 6.) Responde el abad Ruperto:

Son prendas de un amor grande, son el precio de nuestro rescate. En realidad estas preciosas llagas son señales del amor sin límites que Jesus nos tiene, son el precio infinito con el cual nos libró del enemigo y nos sacó del abismo infernal. Ama pues, oh alma fiel! ama á tu Dios, ya que él te ha amado tanto á tí; y si alguna vez dudas del amor de este Señor, dice santo Tomás de Villanueva, mira aquella cruz, aquellos acerbos dolores y aquella muerte afrentosa que él sufrió; todas estas demostraciones te darán bien á conocer cuan grande es el amor que te tiene. Y añade el padre san Bernardo: clama la cruz, claman las heridas que Jesus nos ama con un sincero amor: *Clamat crux, clamat vulnus, quod ipse vere dilexit.*

¡Oh Jesus mio, cuan triste y adolorido os miro! Mas ¡ah! qué demasiados motivos teneis de tristeza! vos moris convulso sobre un made-

ro, para que despues fuesen muy pocas las almas que os amasen! ¡Oh Dios mio, cuantos corazones hoy mismo, consagrados á vos, ó no os aman, ú os aman muy débilmente! Hermosa llama de amor, tú que consumaste la vida de un Dios en las aras de la cruz, consúmeme á mí, consume y aniquila todos los afectos desarreglados que viven en mi corazon, haz que yo viva ardiendo y suspirando por aquel mi amante que tanto me amó, pues quiso consumado de tormentos acabar la vida en un infame patíbulo por mi amor. ¡Oh amor mio Jesus! quiero amaros siempre, á vos solo, mi amor, mi Dios y todas las cosas.

4. *Y tus ojos estarán viendo á tu preceptor.* (*Isai. c.* 30, v. 20.) En este oráculo divino vemos ya la promesa que en otro tiempo hizo Dios. En efecto, toda la vida de Jesucristo es un continuo ejemplo ó una leccion no interrumpida de

perfeccion, y la cruz en particular es la escuela en la que nos enseñó las virtudes mas hermosas y sublimes de su vida divina. ¡ Oh como allí en la cruz, como en una cátedra de filosofía toda celestial, nos instruye en la paciencia, especialmente en tiempo de enfermedades, pues que en ella sufrió con una constancia nunca vista los dolores acerbísimos de su muerte! Desde aquel árbol sagrado nos inculca y predica con su ejemplo la obediencia á los preceptos divinos, y una resignacion absoluta á la voluntad divina; y nos enseña sobre todo como se debe amar. El jóven P. Pablo Señeri escribió á una penitente suya que al pié del Crucifijo que esta tenia escribiese estas palabras : *mira y ve como se ama.*

Mira pues como se ama, nos dice el mismo Redentor desde lo alto de este madero, mientras que nosotros, para no sufrir ninguna contrariedad ó disgusto, ó alguna pena

muy ligera, nos apartamos del camino que él nos señala, abandonamos las obras que son de su agrado; y tal vez llegamos al esceso de renunciar á sus gracias y á su amor. Él nos amó hasta la muerte y no descendió del árbol de la cruz hasta que dejó la vida. ¡Ah Jesus mio! ya que vos me habeis amado hasta la muerte, yo tambien quiero amaros hasta morir: en otro tiempo yo os ofendia y os era traidor; pues, Señor, tomad la venganza que mejor os plazca, pero vengaos cual un amante ó cual un padre: dadme un dolor tan profundo de mis pecados que siempre viva adolorido y afligido de haberos ofendido. Protesto y prometo que primero sufriré cualquier mal antes que ofenderos. ¿Y qué mayor mal pudiera sobrevenirme que disgustaros á vos, Dios mio, Redentor mio, mi esperanza, mi riqueza, y todas mis cosas?

5. *Y cuando yo seré alzado de la tierra todo lo atraeré á mí. Decia*

esto para indicar de qué muerte habia de morir. (*Joan. c.* 12. v. 32.) Aquí nos dice Jesus que cuando fuese alzado en lo alto de la cruz, entonces con sus méritos, con su ejemplo y con el prestigio de su amor se atraeria los afectos de todas las almas justas. Con mucha razon dijo Cornelio á Lápide (*in Joan. loco cit.*) : *Que con el mérito de su sangre, con su ejemplo y con su amor atrajo á sí todas las naciones del mundo* : y san Pedro Damiano habia dicho mucho antes : *Que el Señor luego de haber sido colgado de la cruz, se atrajo á sí á todos con el deseo del amor.* (*De Inven. cruc.*) ¿Y quien no amará á Jesus, añade Cornelio ya citado, que murió por nuestro amor? Mirad, almas encendidas en amor y redimidas por Jesus (os exhorta la Iglesia), mirad á vuestra Redentor enclavado en aquella cruz, donde toda su figura respira amor y os convida á amarle : allí le vereis con la cabeza

inclinada para daros un ósculo de paz, las manos estendidas para daros un afectuoso abrazo, y el corazon abierto para amaros. (*San Agustin*, *Resp.* 1. *Noct. off. Dol.* 13. *M.*)

¡Ay Jesus mio estimado! ¿cómo pudo mi alma seros tan estimable á vuestros ojos previendo ya vos las injurias que recibiriais de mí? ¡Y para cautivar todos mis afectos me dais la demostracion estremada de morir por mí! Azotes, clavos, espinas, y tú tambien, cruz, que atormentasteis el sagrado cuerpo de Cristo, venid á herir y atormentar mi corazon, ya que fuisteis verdugos tan desapiadados para mi amado Jesus: traed á mi memoria de continuo que todos los bienes recibidos y todos los que espero, todos me han venido por los méritos de su pasion. ¡Oh maestro divino de amor! Todos los demas maestros para enseñarme solo emplean la voz, mas vos acostado en un lecho

de muerte me enseñais padeciendo; los demas enseñan con la esperanza de recibir algun premio, mas vos no exigis sino mi amor, no quereis otra gratificacion que la felicidad eterna de mi alma. Salvadme, amor mio, y mi salvacion sea la gracia de amaros y daros contento en todos los instantes de mi vida: el amaros, mi Jesus, es la salvacion que apetezco.

6. Mientras que Jesus estaba en la agonía clavado en la cruz, los hombres no cesaban de insultarle y atormentarle con improperios y escarnios. Unos le decian: *A otros salvó y ahora á sí mismo no puede salvar.* (*Matth. c.* 27. v. 42.) Otros mofándose de su persona añadian; *Si es el rey de Israel; descienda ahora de la cruz.* (*Ibid.*) ¿Y qué hace Jesus mientras que los desalmados verdugos y espectadores le insultan? ¿Acaso ruega á su Padre que haga bajar fuego del cielo y abrase á sus insolentes enemigos? No,

muy al contrario, ruega á su Padre para que les perdone: *Padre mio, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* (*Luc. c.* 23. v. 34.) Sí, dice Santo Tomás, para darnos una muestra de aquel inmenso amor que tenia á los hombres, el Redentor suplicó á su Padre que perdonase á los verdugos que le crucificaban. (2. *p. qu.* 47. *a* 4. *ad.* 1.) Pidió Jesus este perdon y lo consiguió; porque luego que le vieron muerto se arrepintieron de su pecado: *Y toda la turba que asistia á este espectáculo y veia lo que pasaba, se volvia, dándose golpes en los pechos.* (*Luc. c.* 23. v. 48.)

¡Oh Jesus mio y Salvador muy amado! me postro á vuestros pies: yo he sido otro de aquellos ingratos verdugos, rogad tambien por mí á vuestro padre que me perdone. Los Judios y los verdugos no sabian verdaderamente lo que hacian cuando os crucificaban; pero yo pecando sabia que ofendia

á un Dios que habia muerto clavado en una cruz por mi amor : y tambien, siendo aun mas culpable que ellos, vuestra sangre y vuestra muerte me han merecido la misericordia divina. Me es imposible desconfiar del perdon de mis culpas viendo que vos moristeis para obtener mi perdon. Echad, pues, sobre mi, oh Redentor mio! una mirada de benevolencia. Vos, que desde el árbol de la cruz mirabais á todos los hombres, miradme y perdonadme la enorme ingratitud con la que he pagado vuestro amor. Me arrepiento, oh Jesus mio! de haberos despreciado, os amo de todo mi corazon; y movido con vuestro ejemplo de amor, amo tambien á todos los que me han ofendido, les deseo prosperidad, propongo servirles y socorrerles en cuanto alcance, porque vos, amor mio, habeis querido morir por mi, que tantas veces os habia ultrajado.

7. *Acuérdate de mí*, os dijo, oh

mi Jesus! el buen ladron, y quedó lleno de consuelo al escuchar que vos le respondisteis : *Hoy estarás conmigo en el paraiso.* (*Luc. c.* 23. v. 42. 43.) *Pues acordaos de mí*, os digo yo tambien, tened presente, Señor, que soy otra de aquellas ovejas, por las que vos sacrificasteis vuestra vida. Consoladme tambien, haciéndome sentir que me habeis perdonado, escitando dentro de mí un dolor intensísimo de mis pecados. ¡Oh sumo Sarcerdote que os inmolais vos mismo por el amor que teneis á vuestras criaturas, apiadaos de mí. De hoy en adelante os sacrifico mi voluntad, mis sentidos, todos mis gustos y todos mis deseos. Creo que vos, mi Dios, habeis muerto crucificado por mí; y os suplico que derrameis sobre mí esta sangre divina, que lave en mí la inmundicia de mis pecados. Ojalá que esta sangre que mana de vuestro costado, que es un volcan de amor, encienda y atize el fuego de

un amor puro y casto y sea así todo vuestro. Os amo, Jesus mio, os amo y deseo morir crucificado por vos, ya que vos habeis muerto crucificado por mí.

Padre eterno, ya veo que os he agraviado, pero mirad á vuestro Hijo, que pendiente de este leño satisface por mí, yo os ofrezco sus méritos, que son todos mios, porque él me los ha condonado; y por amor de este vuestro Hijo tan amado, os suplico, Señor, tengais piedad de mí. El mayor don que os pido es que me concedais vuestra gracia, que tantas y tantas veces he desechado. Siento vivamente de haberos ultrajado, oh mi buen Jesus! Os amo, Dios mio y todas las cosas, y para agradaros estoy pronto á sufrir todos los ultrajes, todas las penas, todas las miserias y la misma muerte.

CAPITULO XIII.

—

LA ULTIMA PALABRA QUE CRISTO PROFIRIÓ EN LA CRUZ, Y SU MUERTE.

1. Dice san Lorenzo Justiniano que la muerte de Jesucristo fué la mas amarga, dolorosa y cruel de todas; porque murió pendiente y clavado sobre el madero de la cruz, sin ningun género de alivio ni consuelo. Generalmente las angustias de los que sufren algun castigo van acompañadas de algun alivio que atenua los dolores, ó á lo menos siempre van mezcladas de algun consuelo; mas los dolores y la tristeza de Jesus no tuvieron ni alivio ni consuelo, como escribe santo Tomás. (3. *p*. *q*. 46. *a*. 6.) La grandeza del dolor de Cristo debe

considerarse en cuanto no intervino cosa alguna que pudiese atenuarle. De ahí es que contemplando el dulce san Bernardo á Jesus moribundo en la cruz se lamenta diciendo: mi adorado Jesus, cuando os veo en este madero y os miro desde las plantas de los pies hasta la cabeza, no encuentro en vos mas que dolores y tristeza.

¡Oh mi dulce Redentor, oh amor de mi alma! ¿porqué quisisteis derramar toda vuestra sangre? porqué sacrificasteis vuestra vida divina por un gusano cual soy yo? ¡Oh Jesus mio! ¿cuando tendré la dicha de unirme de tal modo con vos que ya no me sea posible separarme y olvidarme de vuestro amor? ¡Ah! mientras vivo en esta tierra, estoy en peligro de negaros mi amor, y de perder vuestra amistad, como lo hice en otro tiempo. ¡Oh Jesus mio amantísimo! si mientras viviere he de esperimentar tal desgracia, os suplico por los méritos

de vuestra pasion que muera ahora ó cuando esté en vuestra gracia. Os amo y quiero amaros eternamente.

2. Ya se lamentaba en otro tiempo Jesus, por boca de un profeta, de que estando para morir en la cruz, iria buscando quien le consolase y que no le hallaria : *Esperé que alguno se compadeciese de mí y no le hallé; ó quien me consolase y nadie lo hizo.* (*Psalm.* 68. v. 21.) Los Judíos y los soldados romanos que le veian espirar le maldecian y blasfemaban. Es verdad que María, su madre, estaba al pié de la cruz con el fin de darle algun alivio si hubiese sido posible; pero esta afligidísima Madre con los dolores quo ella sentia por la pasion de su amado Hijo, le aguzaba mas y mas las penas : de tal modo que, como dice el melífluo Bernardo, las penas de María acrecentaban los tormentos del corazon de Jesus, que ya anegado en sus propios dolores no po

dia soportar otro mayor. Cuando el Redentor, continua este santo, miraba á su madre, sentia un trastorno tan violento dentro de sí que parecia que se le arrancaba el alma. *Cuando él me miraba*, dijo en cierta ocasion María Santísima á santa Brígida, *era mas vehemente el dolor que sentia por mí que por sí mismo*. Lo cual obligó á que san Bernardo se esplicase así : *Oh buen Jesus! vos padeceis dolores estraordinarios; pero sufris mas todavía en el corazon por la compasion de vuestra madre.*

¡Que de congojas no oprimirian á los tiernos y enamorados corazones de Jesus y de María, cuando se iba acercando el fúnebre instante en que el Hijo, antes de dar el último aliento, debia despedirse de su madre! Oigan las últimas palabras con las cuales Jesus se despidió en este mundo de su Madre: *Muger, ohí tienes á tu hijo*, (*Juan. c.* 19. v. 26), señalando á Juan

para que ocupase su lugar de hijo.

¡Oh reina adolorida! los recuerdos de un hijo amado y las últimas palabras que pronuncia al morir son llenas de ternura y jamás se borran de la memoria de una madre; acordaos, pues, madre tierna, que vuestro Hijo, que tanto os amaba, me ha dejado á mí tambien por hijo vuestro en la persona de san Juan. Por aquel amor que teneis á vuestro Hijo, compadeceos de mí. No pido bienes terrenos: veo á vuestro hijo que muere con tantos tormentos por mí, veo tambien que vos, oh madre mia inocente! sufrís tantos dolores, y veo que yo, desgraciado y digno del infierno por mis pecados, nada hasta ahora he padecido por vuestro amor; quiero, pues, padecer algo por vos antes que muera: esta gracia, Señora, os pido, y digo con san Buenaventura: *Madre mia, si te he injuriado, es muy justo que padezca en castigo; y si os he servido, justo es tambien*

que padezca en retribucion. Alcanzadme, oh María! el ser devoto fervoroso de la pasion de vuestro Hijo y que la memoria de los padecimientos de Jesus no se borre jamás de mi alma. Os suplico que me obtengais de vuestro Hijo la muerte de los justos, por aquellas ansiedades que sufristeis al verle exhalar el último aliento. ¡Oh reina mia! asistidme en aquel trance tan terrible de la muerte; haced que muera en el ósculo de vuestro amor, pronunciando con santa ternura los nombres de Jesus y de María, hasta que mi alma salga del cuerpo.

3. No hallando Jesus quien le consolase en este mundo, levantó los ojos y el corazon á su Padre celestial para pedirle algun alivio en medio de tantos tormentos y congojas. Viendo el Padre eterno á su Hijo en trage de pecador, le dijo: No, Hijo mio, no puedo darte ningun consuelo hasta que mi justicia quede satisfecha á causa de los pe-

cados de los hombres; es necesario que sufras estas penas y que mueras sin consuelo alguno. Jesus, en este conflicto, esclamó con aquellas palabras tan sentidas: *¡ Dios mio, Dios mio! ¡porqué me habeis desamparado!* (*Matth. c.* 27. v. 46.) Esplicando estas palabras el venerable Dionisio Cartusiano, dice: que Jesus profirió estas palabras levantando la voz á fin de que todos oyesen y entendiesen el dolor y tristeza en que moria. Así, pues, quiso nuestro amado Redentor, añade san Cipriano, morir sin ningun género de consuelo para demostrarnos su amor infinito y grangearse nuestros afectos: *fué desamparado*, dice este mártir, *para patentizarnos su grande amor, y arrebatar nuestros afectos hácia él.* (*De Pass. Domin.*)

¡Oh mi dulce Jesus! sin razon parece que os quejais cuando decís: Dios mio, Dios mio, ¿porqué me habeis desamparado? ¿Porqué,

os diré yo, quisisteis cargaros con los pecados de todos los hombres? ¿ignorabais acaso que por estos mismos pecados mereciamos todos los hombres que Dios nos abandonase mil veces? He aquí la razon porque vuestro padre os desampara y permite que os aniquileis en un mar de penas y de amargura. ¡Ay Redentor mio! este desamparo de vuestro padre y este abandono de los hombres me llena de afliccion y de consuelo; de afliccion, porque veo que se consume vuestra preciosa vida en medio de tantas penas; de consuelo, porque me dais ánimo para esperar que por los méritos de tantas penas, no quedaré desamparado de la misericordia divina; siendo así que merecia esto y mucho mas, ya que os he abandonado tantas veces para seguir mis caprichos. ¡Oh Jesus mio! haced que yo comprenda que así como os fué tan sensible y penoso quedar privado de la presen-

cia sensible de Dios por aquel breve tiempo, cual seria mi tormento y ansiedad si hubiese de quedar yo privado para siempre de mi Dios. Oh Jesus, esposo de mi alma, por la pena tan grande que sufriste en este desamparo, no me desampareis vos en el lance tan peligroso de la muerte. Entonces y solo entonces me veré desamparado y abandonado de todos; y así, mi buen Jesus, único consuelo de mi alma, no me abandoneis. ¡Ah padre mio muy angustiado! sed mi amparo y consuelo en aquella tremenda desolacion. Sé que si os amase sin consuelos vuestro corazon estaria mas contento; pero vos, Señor, conoceis mi debilidad; dadme pues vuestra gracia, acompañada de una santa resignacion y perseverancia final.

4. Cuando Jesus vió que su muerte estaba ya muy cerca, dijo: Sed tengo: *Sitio*. Señor, pregunta san Leon Ostiense, decidme ¿de qué estais sediento? ¿Vos no os quejais

de los tormentos innumerables que tolerais en este madero de la cruz, y despues solo os lamentais de que estais sediento? *¿Porqué, Señor, teneis sed, nada nos decis de la cruz y solo estais ansioso por beber?* — *Vuestra salvacion*, dice san Agustin, *es toda mi sed.* (*In Psalm.* 33.) Alma rescatada con mi sangre, dice Jesus, esta sed mia no es otra sino el ardiente deseo que tengo de tu salvacion. El mismo Redentor nuestro, con el ardor mas vehemente anhela la salvacion de nuestras almas, y este es el motivo porque ansiaba sacrificarse todo entero en su muerte. Esta fué aquella sed, escribió san Lorenzo Justiniano: *Estaba sediento de nosotros, y se nos queria entregar enteramente.* El padre san Basilio de Seleucia dice tambien que Jesucristo dijo tenia sed, para hacernos entender que por el amor grande que nos tenia, moria sedientísimo de padecer por nosotros mucho mas de lo que hasta

aquella hora habia sufrido. ¡Oh deseo mayor que la misma pasion!

Dios amabilísimo, porque vos nos amais, teneis grande deseo de que nosotros os deseemos: *teneis sed de que nosotros estemos sedientos de Dios*, nos dice san Gregorio. ¡Oh Dios, y Señor mio! vos estais sediento de mí, que soy un vil gusano, y yo no ardo en sed de vos, Dios mio infinito! Pues por los méritos de esta sed que sufriste en la cruz, escitad en mí una sed ardorosa de amaros y de complaceros en todo. Vos habeis prometido que nos concederiais todo cuanto pidiésemos: *Pedid y recibireis*; y una sola gracia os pido, que es la gracia de amaros. Ciertamente indigno soy de un don tan elevado, pero esto ha de ser la gloria de vuestra sangre, que es transformar en un amante apasionado de vos el corazon que en otro tiempo os despreciaba; abrasar en fuego de caridad divina al pecador lleno de fango y

de pecados. Mucho mas que todo esto bicisteis ya muriendo por mí. ¡Oh Señor bondadosísimo! quisiera amaros como os aman todos los espíritus celestiales y como vos mereceis ser amado. Me complazco en el amor que os tienen las almas enamoradas de vos, y uno mi amor con el que os tienen aquellas almas devotas. Os amo, Dios eterno, os amo, bien infinito. Haced que mi amor crezca en fervor y pureza; que repita sin cesar actos de amor, los cuales esciten mi tibieza; que no me ocupe mas que en daros gusto, sin ningun intérvalo; haced, Dios mio, que aunque tan pequeño y miserable, sea á lo menos todo vuestro.

5. Próximo Jesus á morir, con voz débil y moribunda dijo: *Todo está consumado*. Al pronunciar Jesus las últimas palabras de que todo ya se habia cumplido, entonces se le representó vivamente toda su vida. Allí vió todas las fatigas que habia teni-

do, la pobreza, los dolores, las ignominias que habia tolerado; y de nuevo volvió á ofrecerlo todo á su eterno Padre por la salud del hombre. Luego volviéndose á nosotros repitió: *todo está cumplido;* como si dijese: oh hombres! atended, todo está consumado, todo se ha cumplido: vuestra redencion está completada, la justicia divina queda satisfecha y abiertas están las puertas del paraiso. *He aquí tu tiempo, tiempo de amantes.* (*Ezequiel. c.* 16. v. 8.) Finalmente, oh hombres! hora es ya de que volvais á amarme. Amadme, sí, amadme, pues nada mas queda que hacer para que me ameis. Ved cuanto he hecho para conquistar vuestro amor; por vosotros he tenido una vida tan llena de tribulaciones, antes de morir me he desangrado, he tolerado los mayores ultrajes, he sufrido los tormentos mas atroces, se me ha escupido en la cara, me han desgarrado las carnes, puesto una corona de

espinas y no he cesado de sufrir hasta dar el último suspiro en este leño de la cruz, como veis. ¿Qué resta pues? resta que yo muera por vosotros; Pues bien, quiero morir; ven, muerte, ya tienes mi permiso; ven, quítame la vida por la salud de mis ovejas. Y vosotras, oh ovejitas mias! amadme, amadme, que no puedo ya hacer mas para que vosotras me ameis. *Cumplido está todo*, dice el venerable Taulero, *lo que exigia la justicia, lo que la caridad suplicaba, y todo cuanto era menester para manifestarnos su amor.*

¡Oh mi buen Jesus muy amado! quien pudiera decir al morir: Señor, he cumplido en todo lo que vos me habiais mandado, he hecho cuanto estaba de mi parte, he llevado con paciencia mi cruz, os he procurado agradar en cuanto me ha sido posible! ¡Ay Dios mio! Si tuviese yo que morir en este momento, moriria con el sentimiento

de que nada he hecho de todo esto. ¿Pero que siempre he de vivir ingrato é insensible á vuestro amor? Señor, concededme á lo menos la gracia de contentaros en los años de vida que me quedan; y que cuando venga la muerte pueda decir que en estos pocos años he cumplido con vuestra divina voluntad. Si en el tiempo pasado os he ofendido, vuestra muerte es mi esperanza: desde ahora para en adelante no quiero haceros traicion. Dadme, oh Jesus benignísimo! el don de perseverancia: os pido esta gracia y confio obtenerla por los méritos de vuestra pasion.

6. Contempla á Jesus que está ya espirando: mírale, alma mia! como va á exhalar el último aliento: mira aquellos ojos moribundos, el rostro cubierto de una palidez mortal, el corazon que apenas palpita, el cuerpo enlutado con un color cadavérico que se abandona á la muerte, y aquella hermosísima al-

ma, que está ya para separarse del cuerpo de Jesus, todo despedazado. El cielo se oscurece, la tierra tiembla, los sepulcros se abren, ¿Oh cielos, qué signos tan horribles son estos! ¡Ah! El Hacedor del universo muere, y toda la naturaleza da señales de dolor!

Despues que nuestro Redentor hubo recomendado su alma santa al eterno Padre, dió un profundo suspiro arrancado de su afligidísimo corazon, é inclinando la cabeza en señal de obediencia y ofreciendo su muerte por la salud del hombre, espiró con la violencia de los dolores, y entregó el espíritu á su Padre eterno : *Jesus dando una gran voz dijo : Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu : y diciendo esto espiró.* (*Luc. c.* 23. v. 46.)

Acércate, oh alma mia! al pié de aquel altar sagrado, donde acaba de morir sacrificado el cordero de Dios para salvarte; acércate y piensa que él ha muerto por el amor

que te tenia. Pídele lo que quieras, á tu Señor difunto, y espéralo todo de él. ¡Oh Salvador del mundo, oh Jesus mio! mirad á qué estado os ha reducido el amor para con los hombres! Os doy gracias, porque vos, oh Dios nuestro! habeis querido perder la vida, con el fin de que no se perdiesen nuestras almas. Os doy gracias por todos, pero en particular por mí. ¿Y quien mas que yo ha gozado del fruto de vuestra muerte? Por estos méritos, sin entender yo nada todavía, ya quedé hecho hijo de la Iglesia con el bautismo; por efecto de vuestro amor me habeis perdonado muchísimas veces; y he recibido gracias muy especiales; así tambien tengo esperanza en vos de morir la muerte de los justos y llegar al paraíso, en donde os amaré sin tasa y sin medida.

Amado Redentor mio. ¡Ah! cuan obligado os estoy! pongo mi alma en vuestras manos, traspasadas

con clavos, y haced que comprenda todo el amor de un Dios que ha muerto por mí. Yo tambien quisiera morir por vos; ¿mas qué tiene de comun la muerte de un vil esclavo con la de su Dios y Señor? quisiera á lo menos amaros de la manera que puedo, pero sin vuestra gracia, oh Jesus mio! no puedo hacer nada. Prestadme vuestro amparo, y por los méritos de vuestra muerte, haced que muera á todos los amores terrenos y no ame mas que á vos, que sois el único digno de mi amor. Bondad infinita, os amo; os amo, bien mio soberano, y repito con san Francisco : *Ojalá muera yo de amor por vos, ya que vos habeis querido morir de amor por mí.* Que muera yo á todas las cosas mundanas en reconocimiento al amor que os condujo á la muerte. María, madre mia agraciada, interponed vuestra intercesion por mí.

CAPITULO XIV.

—

DE LA ESPERANZA QUE TODOS TENEMOS EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

1. Jesus es la única esperanza de nuestra salvacion. Sin él *no hay que buscar la salvacion en ningun otro.* (*Act. c.* 4. v. 12.) Yo soy la única puerta, nos dice Jesucristo, y el que entrare por ella, encontrará la vida eterna : *en verdad, en verdad os digo, yo soy la puerta : el que por mí entrare, se salvará.* (*Joan. c.* 10. v. 9.) ¡Qué pecador podria prometerse perdon, si Jesucristo no hubiese satisfecho la justicia divina con el precio infinito de su sangre y de su muerte? *Cargará sobre sí los pecados de ellos.* (*Isai. c.* 53. v. 11.) Por esto nos anima el Apóstol diciendo: *Si la sangre de los ma-*

chos de cabrio y de los toros santifica para la purificacion de la carne: ¿cuanto mas la sangre de Cristo, el cual, á impulso del Espíritu Santo, se ofreció á sí mismo sin mancilla á Dios, limpiará nuestra conciencia de las obras de muerte para servir al Dios vivo? (*Ad Hebr. c.* 9. v. 13. 14.) En efecto, si aquella sangre de machos de cabrio y de toros que se ofrecia en los sacrificios podia lavar á los Hebreos de las manchas esteriores del cuerpo, á fin de que pudiesen ser admitidos á las funciones de su ministerio; ¿con cuanta mas razon la sangre de Jesus, quien por un efecto de su amor se ofreció á pagar por nosotros, tendrá poder para borrar y arrancar de nuestras almas los pecados que nos impedian servir á Dios?

Nuestro amoroso Redentor que vino al mundo solo para salvar á los pecadores, viendo que ya estaba escrita contra nosotros la sentencia de muerte por motivo de nuestros

pecados, ¿qué hizo? pagar con su muerte la pena en que todos habiamos incurrido; cancelando con su propia sangre la condena, á fin de que la justicia divina no tuviera que pedirnos mas la satisfaccion debida y quedase fijada en la misma cruz en que murió : *cancelando*, dice el Apóstol (*Ad Coloss. c.* 2. v. 14. 13), *la cédula del decreto que habia contra nosotros, que nos era contrario : y la quitó de en medio enclavándola en la cruz.* Y en otra parte (*Ad Hebr. c.* 10. v. 12.), *sino con la sangre propia entró no mas que una vez en el santuario, obtenida antes la eterna redencion.*

Ay Jesus mio! si vos no hubieseis obtenido el perdon de mis pecados, ¿quién fuera capaz de obtenerle? Con mucha razon el profeta David convidaba á todos con estas palabras : *Anunciad entre las naciones sus resoluciones.* (*Psalm.* 9.) Publicad, oh bienaventurados! las resoluciones amorosas de nuestro

Dios y aquellas proezas con las cuales nos salvó. ¡Ya que, oh dulce Salvador mio! tantas muestras de amor por mí habeis dado, no ceseis de usar de piedad conmigo. Con vuestra muerte me arrancasteis de las manos de Lucifer; yo entrego pues mi alma en vuestras manos: *en tus manos encomiendo mi espíritu, porque vos, Señor y Dios de verdad, me habeis redimido.*

2. *Hijitos mios, estas cosas os escribo á fin de que no pequeis. Pero si alguno ha pecado, tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo justo: y el mismo es una oblacion propiciatoria por nuestros pecados.* (*I Jac. c.* 2. v. 1. 2.) Jesucristo no acabó con la muerte de interceder por nosotros con su Padre eterno; todavía continua siendo nuestro abogado, de tal suerte, que en el cielo parece no sabe ocuparse en otra cosa, como dice san Pablo, que inclinar á su Padre á que tenga misericordia de nosotros;

queda siempre vivo para interceder por nosotros. Y despues añado, que este es el fin por el cual subió á los cielos: *entró en el cielo mismo para presentarse por nosotros al acatamiento divino.* (*Ad Hebr. c.* 7. v. 25. *c.* 9. v. 24.) Así como los reos son arrojados fuera de la presencia de los reyes, del mismo modo nosotros, siendo pecadores, no éramos dignos de que se nos admitiese á la presencia de Dios, aun para pedirle perdon. Pero Jesus, como redentor nuestro, él mismo se presentó por nosotros delante de Dios, y con sus méritos consiguió el perdon de nuestros pecados y la gracia que habiamos perdido: *Mas os habeis llegado á Jesus medianero y á la aspersion de la sangre que habla mejor que la de Abel.* (*Ad. Heb. c.* 2. v. 24.) ¡Oh! con cuanta mas energía implora por nosotros la divina misericordia la sangre de nuestro Redentor, que no clamaba por el castigo de Cain la sangre de Abel!

Mi justicia, dijo Dios á santa María Magdalena de Pazzi, se ha cambiado en clemencia con la venganza que se ha tomado sobre la carne inocente de Jesucristo. La sangre de mi Hijo no clama por la venganza como la de Abel, sino por la misericordia y piedad; y mi justicia no puede dejar de estar aplacada oyendo esta voz. Esta sangre de tal modo le ata las manos que no puede moverse, (si es permitida esta espresion), para tomar venganza como en otros tiempos.

No olvides el beneficio que te hizo tu fiador. (*Ecclesias. c.* 29. v. 20.) ¡Oh Jesus mio! yo era impotente con tantos pecados para satisfacer á la justicia divina, y vos con la muerte quisisteis satisfacer por mí. ¿Y qué ingratitud tan enorme fuera la mia, si me olvidase de tanta misericordia? No, Redentor mio, no quiero olvidarme jamás; quiero por el contrario, daros las gracias y ser agradecido con mi amor. So-

corredme con las gracias que vos habeis merecido con tantos sufrimientos. Os amo, Jesus mio, amor mio y mi consuelo.

3. *Ven, paloma, mia, tú que habitas en las hendiduras de las piedras.* (*Cant. c.* 2. v. 13. 14.) ¡Oh qué refugio tan seguro encontraremos siempre en los sagrados agujeros de la piedra, es decir en las llagas de Jesus! *Estas hendiduras de la piedra*, dice san Pedro Damiano, *son las llagas del Redentor; en ellas está toda nuestra esperanza.* (*Epist.* 41.) Con ellas se desvanece nuestra desconfianza á vista de los pecados que hemos cometido, en ellas encontraremos armas para defendernos cuando sobrevengan nuevas tentaciones que nos provoquen al pecado. *Tened confianza, vencí al mundo.* (*Joan. c.* 16. v. 33.) Si no teneis bastante valor, nos dice el Redentor, para hacer frente á los ataques del mundo que intenta seduciros con los placeres, confiad en

mí, porque yo he vencido y vosotros tambien vencereis. Rogad, dice él, que el Padre eterno os fortalezca por mis méritos: yo os aseguro que todo cuanto pidiereis en mi nombre, se os concederá: *en verdad, en verdad os digo, que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, se os concederá.* (*Joan. c.* 16. v. 23.) Esta misma promesa tan consoladora nos la confirmó en otro lugar, diciendo: *Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré; á fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo.* (*C.* 14. *v.* 13.)

¡Oh Padre eterno! asegurado yo en los méritos y en las promesas de Jesucristo no os pido bienes terrenos, solo os suplico que me deis vuestra gracia. Ciertamente no era yo merecedor, por las muchas injurias que os he hecho, ni de perdon ni de gracia alguna; mas si no soy merecedor de estos bienes, lo es vuestro amabilísimo hijo, quien por mi ofreció su sangre y su vida.

Perdonadme, pues por el amor de este Hijo vuestro ; dadme un dolor profundo de mis pecados y un amor santo para con vos : alumbrad mi entendimiento para que conozca cuan amable sois por vuestra bondad y cuan grande es el amor con el que ya me distinguisteis desde la eternidad : hacedme comprender vuestra voluntad santísima, y dadme una gracia eficaz que haga conformar mi propia voluntad con la de Dios. Señor, os amo, y resuelvo hacer todo lo que vos quereis de mí.

4. ¡ Oh qué esperanzas tan lisongeras y consoladoras nos da la muerte de Jesucristo ! *¿ quien se atreve á condenarlos, despues que Jesucristo murió, é intercede por nosotros ?* (*Rom. c.* 8. v. 34.) Como si dijera : ¿quién es aquel que les podrá condenar? ¿No es el mismo Redentor, quien para no condenarnos á nosotros á la muerte eterna se condenó él mismo á morir con

una muerte tan violenta en el árbol de la cruz? Con estas verdades se anima santo Tomás de Villanueva y nos dice: ¿qué temor tienes, pecador, si quieres dejar de pecar? ¿Cómo es posible que te condene aquel Señor que muere por no condenarte? ¿Cómo te ha de arrojar de su presencia, si vuelves á sus pies, aquel que baja del seno de la gloria del Padre para buscarte, cuando tú andabas fugitivo y errante? Mayores motivos de confianza nos da todavía el Salvador cuando nos dice por boca de un profeta: *he aquí que te he grabado en mis manos, tus muros están siempre delante de mis ojos.* (*Isai. c.* 49. v. 16.) Ovejas mias, no desconfieis ya, veo cuanto me costais; os tengo todas estampadas en mis manos, en las llagas que he sufrido por vosotras: estas me avivan mas y mas los deseos de ayudaros y de defenderos de vuestros enemigos: amadme y confiad.

Sí, Jesus mio, os amo, y en vos confio. El haberme rescatado os ha costado muy caro, y el salvarme nada os costará. Vos quereis que todos sean salvos y que ninguno se pierda. Si mis pecados me acusan, tambien me alienta vuestra bondad, la cual mas desea hacerme bien, que yo recibirle. ¡Oh amado Redentor mio! os diré con el pacientísimo Job. *Aun cuando me quitareis la vida en vos esperaré.... y sereis mi Salvador.* (*C.* 13, v. 15, 16.) Aun cuando me echeis fuera de vos, amor mio, aun cuando me arrojeis lejos de vuestra presencia, no dejaré por esto de esperar en vos, ya que sois mi Salvador. Vuestras llagas y la sangre que mana de ellas me dan sobradísimos motivos de esperar de vos todos los bienes, porque sois misericordioso. Os amo, oh Jesus! todo mi bien: os amo y lo espero todo de vos.

5. Encontrándose enfermo en cierta ocasion el glorioso san Ber-

nardo, se vió trasladado repentinamente delante el tribunal de Dios, donde el demonio le acusaba de sus pecados é instaba que no era digno del paraiso. El Santo respondió : es mucha verdad que no soy merecedor del Paraiso; pero Jesucristo tiene doble derecho á este reino : primero porque es hijo natural de Dios; segundo porque lo ha conquistado con su propia muerte : él se contenta con el primer derecho, pero me cede el segundo; y por esta razon yo pido y espero el Paraiso. Otro tanto podemos decir casi todos nosotros, habiendo escrito san Pablo, que Jesucristo murió consumido de dolores y penas para conseguir el Paraiso á todos los pecadores arrepentidos y resueltos á enmendarse : *y consumado*, ó sacrificado en el árbol de la cruz, *fué hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen* (*Hebr. c.* 5, v. 9.); y luego añade (c. 12, v. 1) : *corramos al combate que se nos propone,*

poniendo los ojos en Jesus, el cual habiéndole sido propuesto gozó, sufrió cruz, menospreciando la ignominia. Emprendamos, pues, el combate con denuedo contra nuestros enemigos, con los ojos puestos en Jesucristo, el cual por los méritos de su pasion nos ofrece y asegura la corona y la gloria.

Él nos dijo que se subió al cielo para prepararnos el lugar. *No se turbe vuestro corazon, porque voy á preparar lugar para vosotros.* (*Joan. c.* 14, v. 1, 2.) Él mismo dijo á su Padre, y todavía le dice, que habiéndonos rescatado quiere que nosotros estemos con él en la gloria celestial. *Padre, deseo que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy.* (*Joan. c.* 17, v. 24.) ¿Podiamos esperar, dice san Anselmo, un efecto tan estraordinario de la misericordia divina, y del que nosotros mismos somos testigos? Un pecador estaba condenado á sufrir las penas del infierno: el Padre

eterno le dice : toma á mi Hijo y ofrécele á mí por tí. El Hijo por otra parte le dice : Tómame y líbrate del infierno. *¿ Qué cosa mas tierna y compasiva puede concebirse, que el oir como el Padre eterno dice al pecador que no puede rescatarse : toma á mi Hijo unico, y entregale por tí : y tambien al Hijo mismo cuando dice : tómame y redímete ?*

Oh Padre amoroso mio! os doy gracias porque me habeis dado á vuestro Hijo por Salvador mio; os ofrezco su muerte, y por los méritos de ella tened piedad de mí. Os doy tambien gracias, oh Redentor mio! porque habeis derramado vuestra preciosísima sangre y la vida para libertarme de mi perdicion eterna : *pues os suplicamos socorrais á vuestros siervos, los cuales habeis redimido con vuestra preciosa vida.* Así, oh Padre bondadoso! amparad á vuestros siervos, aunque rebeldes, porque los habeis rescatado con tantas penas y trabajos. Oh Jesus,

única esperanza mia! vos me amais, y sois todopoderoso, hacedme santo. Ya que yo soy tan débil, hacedme participante de vuestra fortaleza; y ya que me encuentro tan enflaquecido con las culpas, aplica pá mi alma una gota de vuestra sangre y quedaré restablecido y sano. Dadme vuestro amor y la gracia de una perseverancia final, á fin de que muera en el ósculo de vuestra amistad. Dadme el Paraiso, el cual os pido y espero por vuestros méritos. Dios mio amabilísimo! os amo con todas las potencias de mi alma, y espero amaros eternamente. Auxiliad, ó mas bien, amparad á un miserable pecador, que desea y quiere amaros.

6. *Tenemos por sumo Pontífice á Jesus hijo de Dios que penetró los cielos: conservemos nuestra confesion. Porque no tenemos un pontífice, que no pueda compadecerse de nuestras miserias: mas tentado en todas cosas á semejanza nuestra, escepto el*

pecado. (*Hebr.* c. 4, v. 14.) Como si dijera: ya que tenemos un Salvador que nos abrió las puertas del cielo, cerradas por el pecado, confiemos siempre en los méritos de este sumo Pontífice; porque habiendo querido por un efecto de su bondad sufrir nuestras miserias ¿podrá dejar de compadecerse de nuestras debilidades? *Pues lleguemos confiadamente al trono de gracia; á fin de alcanzar misericordia y de hallar gracia para ser socorridos á tiempo conveniente* (*Ibid.* v. 16.). Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la misericordia divina, al que tenemos libre entrada por medio de los méritos de Jesus, y allí encontraremos todas las gracias y auxilios de que estamos muy necesitados. Esto es una verdad de la que no puede caber la menor duda; en efecto, ¿cómo podemos dudar, sigue san Pablo, cómo podemos dudar, de que Dios no nos dé todos los bienes, habiéndonos dado á su propio Hijo?

El que aun á su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros : ¿ dejará de darnos con él todas las cosas ? (*Rom. c.* 8, v. 32.) ¿*Qué , por ventura,* dice Ugo cardenal : *dará menos, es decir, la vida eterna, el que ha dado muchísimo mas, es decir, su propio Hijo ?* Sí, este padre celestial que por su esencia es bondad y misericordia, habiéndonos dado la prenda mas estimada y querida, que era su propio Hijo, mas fácilmente nos dará la gloria celestial, que es infinitamente menos.

¡Oh sumo é incomprensible bien mio! ¿ cómo corresponderé, miserable de mi, al don tan inapreciable y divino que me condonasteis de vuestro amado Hijo? no me queda otro recurso sino deciros con el profeta David : *El Señor saldrá por mi fiador, eterna es vuestra misericordia, oh Dios mio!* (*Psalm.* 137, v. 8.) ¡Señor, nada tengo para recompensaros, y solo vuestro mismo Hijo

puede daros las debidas gracias· él os las da por mí! Padre mio piadosísimo, os suplico por las llagas de Jesus que me salveis. Os amo, bondad infinita, y porque os amo de veras me arrepiento de haberos ofendido. Dios mio, Dios mio, quiero ser todo vuestro: recibidme por el amor de mi Salvador. ¡ Oh inefable Criador mio! ¿seria posible que habiendo sido vos tan generoso conmigo, dándome vuestros bienes, esto es, la gracia, vuestro amor y la gloria celestial?

7. El papa san Leon asegura, que Jesucristo nos ha traido mas bienes con su muerte que males nos habia acarreado el demonio con el pecado de Adan: *Con la gracia de Jesucristo hemos conseguido bienes mucho mas considerables que los que habíamos perdido con los engaños del diablo.* (*Serm.* 1 *de Ascen.*) Esto mismo ya nos lo habia dicho mucho antes el Apóstol escribiendo á los Romanos: *No es el don como el pecado: porque*

cuanto mas creció el pecado tanto mas sobrepujo la gracia. (*Rom.* c. 5, v. 15, 20.) O como comenta Ugo cardenal : *La gracia de Jesucristo es de una eficacia mas poderosa que el pecado.* Nada tiene que ver, dice el Apóstol, el pecado del primer hombre con el don preciosísimo que Dios nos hizo, dándonos á su hijo Jesus : el delito de Adan fué muy grande y estraordinario, pero ha sido mucho mayor y admirable la gracia que Cristo nos ha merecido en su pasion. *Yo vine*, dijo Cristo, *para que tengan vida y la tengan en mas abundancia.* (*Joan.* c. 10, v. 10.) Como si dijera : yo vine al mundo á fin de que los hombres muertos por el pecado recuperen por mí no solamente la vida de la gracia, sino que tambien tengan una vida mucho mas perfecta y abundante que la perdida por el pecado. Teniendo presente la Iglesia nuestra madre estas consideraciones, llamó culpa feliz la que fué causa de tener este Redentor ;

¡Oh feliz culpa que nos mereció un Redentor tan grande!

He aquí que Dios es mi Salvador; confiadamente haré y no temeré. (*Isai. c,* 12, v. 2.) Siendo vos, oh Jesus mio! mi Salvador, vos que sois Dios todopoderoso, ¿cómo temeré el ser condenado? Si hasta la hora presente os he ofendido ya me arrepiento de todo mi corazon. De aquí en adelante propongo y quiero serviros, obedecer vuestros santos mandatos y amaros; espero firmemente que vos, habiendo hecho y padecido tantas cosas por mí, no me negareis ninguna gracia de las que necesito para salvarme: *obraré lleno de confianza, esperando constantemente que no se me negará ninguna cosa necesaria á mi salvacion, por aquel que tanto hizo y sufrió por mí.* (*San Bonav.*)

8. *Sacareis agua con gozo de las fuentes del Salvador: y direis en aquel dia: alabad al Señor, é invocad su nombre.* (*Isai. c.* 12, v. 3.)

Las llagas de Jesucristo son aquellos felicísimos manantiales, de donde nos vienen las saludables aguas de la gracia, si las reclamamos con una fé viva: *una fuente prodigiosa saldrá de la casa del Señor y regará el valle de las espinas.* (*Joel. c.* 3, v. 18.) La muerte del Salvador es por cierto, dice Isaías, aquella fuente prometida que ha regado con aguas abundantes de vida á nuestras almas, y ha trocado las espinas de nuestros pecados en flores y en frutos de vida eterna. Nuestro Redentor amantísimo se hizo pobre, dice san Pablo, á fin de que nosotros fuésemos ricos en este mundo por medio de su pobreza: *Bien sabeis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro á fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza.* (2. *Corint. c.* 8, v. 9.) Por el pecado éramos ignorantes, injustos, inicuos, esclavos del infierno; pero Jesucristo dice el Apostol, con su muerte satisfizo por todos

nosotros: *pues él ha sido puesto por Dios come el autor y dador de nuestra sabiduría, de nuestra santificacion y redencion.* (1. *Corint. c.* 1, v. 30.) Esplicando el padre de la Iglesia san Bernardo este pasage, dice así: *Que Jesucristo es el autor de la sabiduría en la predicacion, de la justicia en la absolucion, de la santificacion en la conversacion, y de la redencion en la pasion.* (*Sermo.* 22. *in Cant.*) En verdad, Jesucristo es nuestra sabiduría, porque nos instruyó, es nuestra justicia porque nos perdonó, es nuestra santidad por los ejemplos que nos dió de su vida toda celestial, y es nuestra misma redencion, porque con las penas y trabajos de su pasion nos arrancó del poder tiránico de Luzbel. En suma, san Pablo dice, que con los méritos de Jesus nos hemos enriquecido en todo género de bienes, que nada nos falta para recibir todas las gracias: *en todas cosas habeis sido enriquecidos en él; de manera que nada os falta*

en ninguna gracia. 1. *Cor. c.* 1; v. 5, 7.)

¡Oh Jesus mio, Jesus mio! ¿qué esperanza tan consoladora me da vuestra pasion? ¡Oh Señor mio amabilísimo, cuanto os debo! ¡Oh! quien jamás os hubiese ofendido! Perdonadme todas las injurias que os he hecho, inflamadme todo entero con el fuego de vuestro amor, y salvadme por toda la eternidad. ¿Y puedo temer no recibir el perdon, la salvacion y todas las gracias de un Dios todopoderoso, que dió por mí toda su sangre? ¡Ah Jesus mio, esperanza mia y todo mi bien! para que yo no me perdiese, vos habeis querido perder la vida y yo no quiero perderos jamás, amor mio infinito. Si en mis años juveniles os abandoné me duelo de esta desgracia, como la mayor que he esperimentado; pero de este momento en adelante no quiero perderos mas. Ayudadme, padre cariñoso, tenedme de vuestra mano omnipotente, así estoy seguro

que no os perderé. Bien mio y toda mi esperanza os amo y quiero amaros ahora y para siempre. Maria, vos que despues de Jesus sois mi único amparo y mi mas segura esperanza, decid á vuestro Hijo que vos sois mi protectora y seré salvo. *Amen*, así sea.

CAPITULO XV.

—

DEL AMOR DEL PADRE ETERNO POR HABERNOS DADO A SU HIJO UNIGÉNITO.

1. *De tal manera amó Dios al mundo que dió á su Hijo unigénito.* (*Joan. c.* 3. v. 16.) Tres cosas hay que considerar en este don: quien es el que da, cual es la cosa dada y el amor con que se nos da. Es cosa sabida que cuanto mas grande y noble es el dador, tanto mas apreciable es el don. Si alguno recibe una pequeña flor de un monarca apreciará mas este don que un tesoro. Pues, ¿de qué manera apreciaremos nosotros el don que nos viene de la mano de Dios? ¿Y qué es lo que nos ha dado? Su propio Hijo. No se contentó el amor

inefable de nuestro Dios con habernos dado tantos bienes en esta tierra, sino cuando se nos entregó todo entero en la persona del Verbo hecho hombre. *Nos dió*, habla san Juan Crisóstomo, *no á un esclavo, no á un angel, sino a su propio Hijo.* De ahí es que la Iglesia como estasiada esclama : *¡ Oh estupenda dignacion de vuestra piedad para con nosotros ! ¡Oh amor inapreciable de caridad ! Vos, vos habeis entregado á vuestro propio Hijo para rescatar al infeliz esclavo.* (*Exult. in Subb. san.*)

¡ Oh Dios infinito ! ¿ cómo os dignasteis usar de una conmiseracion tan sorprendente con nosotros ? ¿ quién es capaz de concebir un esceso tan estraordinario de condescendencia, que para redimir al desgraciado esclavo diéseis á vuestro Hijo único? ¡ Ah mi benignísimo y generosísimo Señor ! ya que vos me habeis dado todo lo mejor que teniais, está puesto en razon que yo

os dé tambien todo cuanto depende de mí. Vos deseais mi amor y yo de vos no deseo otra cosa que el amor vuestro. Mirad mi corazon, tomadle todo entero, que yo os le consagro. Salid de mi corazon, vosotras todas las criaturas, ceded este lugar á mi Dios, que quiero poseerle todo entero; él solo lo merece y ha de estar en él sin compañero. Os amo, Dios amoroso de mi alma, os amo sobre todas las cosas criadas; os amo solo á vos, criador mio, mi verdadero tesoro y todas las cosas.

2. Dios nos ha dado á su propio Hijo, ¿y porqué? por efecto de su amor. Pilatos por miedo á los Judíos les entregó á Jesus: *le entregó á su voluntad.* (*Luc. c.* 23.) Pero el Padre eterno nos entregó su Hijo por un efecto del amor que nos tenia: *le entregó por todos nosotros.* (*Rom. c.* 4.) Y Santo Tomás dice *que el amor es esencialmente el primer don.* (3. *p. q.* 58. *a.* 2.) En

efecto, cuando se hace un don, lo primero que recibimos es el amor que el dador nos ofrece en la cosa dada; porque, como observa el angélico Doctor, la única causa de todo don gratuito es el amor; porque si alguno da que no sea impelido del amor ya no pertenece á la naturaleza de don verdadero. El don que el Padre eterno nos hizo de su Hijo, fué verdadero don; fué enteramente gratuito y sin ningun mérito nuestro. Esta es la razon porque decimos que la Encarnacion del verbo se hizo por obra del Espíritu Santo, porque fué obra del solo amor, como esplica el mismo Santo doctor. *Fué un efecto de amor inmenso de Dios el que el Hijo de Dios tomase carne humana.* (3. *p.* *q.* 32. *a.* 1.)

Aun mas: no fué efecto solamente de puro amor el que Dios nos diese á su Hijo unigénito, fué tambien efecto de un amor inmenso. Esto es precisamente lo que quiso

significar Jesucristo, cuando dijo: *de tal manera amó Dios al mundo.* La palabra, *sic*, ó de tal manera, segun san Juan Crisóstomo, espresa la grandeza del amor con el cual Dios nos hizo este don inesplicable. La voz *sic* ó de tal manera, declara la suma vehemencia del amor. ¿Qué mayores pruebas podia darnos Dios de un amor sin límites, que condenar á muerte su propio Hijo inocente, para salvarnos á nosotros miserables pecadores? *¿Quien ni á su propio Hijo perdonó, sino que le entregó á la muerte por todos nosotros?* (*Rom.* c. 8. v. 32.) Si el Padre eterno hubiese sido capaz de pena, ¡cuan escesiva hubiera sido esta al considerar que por razon de su justicia debia condenar á su propio Hijo unigénito, y á quien ama tanto como á sí mismo! Al representársele que su Hijo amado debia espirar en medio de los mayores insultos y torturas habria hecho los mayores sacrificios para

que su Hijo no tuviera que beber aquel cáliz tan amargo. *Mas el Señor quiso consumirle con trabajos.* (*Isai. c.* 53. v. 10.) Quiso que esperimentase todo género de angustias y penas para que la divina justicia quedase satisfecha.

Contempla, alma cristiana, al eterno Padre con su propio Hijo en los brazos, dirigiendo las siguientes palabras á todos los hombres: considerad que este que tengo en mis brazos es mi Hijo muy amado, en quien están cifradas todas mis delicias: mirad como he querido verle maltratado á causa de vuestras maldades: mirad por fin como ha sido condenado á morir en este patíbulo de la cruz, afligido, atormentado y desamparado de mí. Todo esto lo he hecho para que me ameis.

¡Oh bondad infinita, oh misericordia incomprensible, oh amor prodigioso! ¡Oh Dios de mi alma! pues que quisisteis que muriese por

mí la prenda mas amada de vuestro corazon, os ofrezco el sacrificio grande que hizo de su vida vuestro mismo Hijo; y por sus méritos os ruego que me perdoneis mis pecados, que me comuniqueis vuestro amor y que me deis la gloria celestial. Son muy superiores estas gracias que os pido, pero mucho mas grande y superior es la ofrenda que os presento. Padre mio, por el amor de Jesus perdonadme y dadme la gloria celestial. Sé que os he ofendido en el tiempo pasado, pero siento vivamente esta desgracia. Ahora, pues, os amo y os estimo mas que todos los bienes del mundo.

3. ¡Ah! quien sino el mismo Dios era capaz de amar á los hombres de un modo tan prodigioso y con pruebas tan sobrehumanas? Escribia san Pablo : *Pero Dios que es rico en misericordia, por su estremada caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pe-*

cados, nos dió la vida juntamente en Jesucristo, por cuya gracia sois salvos. (*Ephes. c.* 2. v. 4. 5.) El Apóstol llama amor escesivo el que nos mostró Dios, dando á los hombres por medio de la muerte de su Hijo la vida de la gracia, que ellos habian perdido por sus pecados. Pero este amor no fué escesivo ó demasiado con respecto de Dios, porque él es el amor por esencia. *Dios*, dice san Juan, *es caridad.* (1. *Joan. c.* 4. v. 16.) Este mismo Apóstol nos asegura que con esto quiso dar muestras y hacer ver hasta donde llegaba la grandeza del amor de un Dios hácia nosotros, enviándonos á su propio Hijo para que nos alcanzase con su muerte la remision de los pecados y la vida eterna. *Con esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, cuando este Señor envió al mundo su unigénito Hijo, á fin de que por él tengamos vida eterna.* (1. *Joan. c.* 4. v. 9.)

Nosotros por la culpa viviamos

muertos á la vida de la gracia, y Jesucristo con su muerte nos volvió á aquella vida que habíamos perdido, muriendo por nosotros. Nosotros éramos miserables, feos y abominables; pero Dios por medio de su Hijo nos volvió felices, hermosos y agradables á sus ojos divinos. *Nos gratificó*, escribia el Apóstol, *en su querido Hijo*, es decir, nos hizo agradables, ó graciosos como dice el testo griego. De ahí infiere el padre san Juan Crisóstomo, que si se hallase un pobre leproso, asqueroso y disforme, y alguno le curase y le restableciese en su primitiva hermosura, añadiéndole además grandes riquezas, ¿cuan obligado no se consideraria el leproso á su bienhechor? Pues con mucha mas razon estamos nosotros obligados á Dios, porque siendo nuestras almas feísimas y aborrecibles por los pecados cometidos, él por medio de Jesucristo no solamente nos ha libertado del

pecado, si que tambien ha hecho á nuestras almas hermosas y amables. *Nos ha colmado de todas las bendiciones espirituales en el cielo por medio de Jesucristo.* (*Ephes. c.* 1. v. 3.) Es decir, como comenta Cornelio á Lápide, nos enriqueció con todo género de dones espirituales. El bendecir de Dios es hacer bien, y cuando el Padre eterno nos dió á Jesus nos llenó de todos los dones, no de dones terrenos del cuerpo, sino de los que son espirituales, propios del alma; en el cielo, es decir, que con su Hijo nos dió una vida divina y celestial en este mundo y la gloria perfecta en el otro.

¡Oh Dios amabilísimo! bendecidme, pues, llenadme de beneficios, haciendo que os ame de veras y con todo mi corazon: *atraedme con los dulces lazos de vuestro amor.* Concededme que me enamore de vuestra bondad, considerando lo mucho que vos me amais. Sois me-

recedor de un amor infinito, y yo os amo del mejor modo que puedo y mas que todas las cosas; os amo mucho mas que á mí mismo. Os doy mi voluntad, sin reservarme nada de ella, y por todo eso no os pido sino la gracia de vivir y obrar de aquí en adelante conforme á vuestra voluntad santísima, con la cual vos no quereis mas que mi felicidad y salvacion eterna.

4. *Me introdujo en la cámara del divino y ordenó en mí la caridad.* (*Cant.* c. 2 v. 4.) Como si dijera : Mi dueño y amado me llevó de la mano hasta el lugar donde tiene custodiados los vinos mas esquisitos, es decir, me ha puesto delante de mi vista todos los beneficios que me ha dispensado, á fin de que le amase : *ordenó en mí la caridad.* Con mucha razon dice un autor, que Dios para conquistar nuestro amor ha formado, si es permitido hablar así, una grande espedicion de gracias contra nosotros. (*Gaspar*

Sanchez.) En efecto, la benéfica providencia de nuestro Dios nos ha trazado dentro de nuestros corazo- nes una viva imágen de todas las gracias recibidas, que á manera de ejército concluyesen con nuestra tibieza é indiferencia. Con todo, la entrega que Dios nos hizo de su hijo Jesus, dice Ugo cardenal, fué como una saeta reservada, que pronosticó Isaias : *Se sirvió de mí como de una saeta escogida, que tenia reservada en su aljaba.* (*Isai. c.* 49. v. 2.) Así como el cazador, prosigue este cardenal, reserva la saeta mas bien acerrada y dispuesta para dar el último golpe á la fiera que persigue, así tambien Dios entre todos los favores reservaba á Jesus hasta que vino el tiempo de la gracia, en el que mandó que se hiciese hombre, como para dar el golpe decisivo que debia herir al hombre y escitar el amor en su corazon. *La saeta mas bien afilada fué reservada, así como Cristo lo fué en el*

seno del Padre hasta que vino la plenitud de los tiempos, y entonces fué enviado para herir el corazon de los hombres. De esta divina saeta, nos dice san Juan Crisóstomo (*Hom. de Turt.*) que estaba herido san Pedro, cuando dijo á su Maestro : *Señor, vos sabeis que os amo.* (*Joan.* 21.)

Ay Dios mio, me veo rodeado por todas partes de las finezas de vuestro amor : todavía os amo, sí os amo, y sé que vos tambien me amais. Mas, ¿quien será capaz de privarme de vuestro amor? solo el pecado. Pero de este mónstruo del infierno espero quedar libre con el amparo de vuestra gracia. Estoy dispuesto y contento de sufrir todos los males juntos, y aun la muerte mas desastrosa antes que cometer un solo pecado mortal. Vos sabeis cuan frágil soy : ayudadme pues, Dios mio, por el amor de Jesus : *No desecheis la obra de vuestras manos.* Soy hechura vuestra, Dios mio, vos me habeis sacado de

la nada, no me desprecieis. Si merezco ser abandonado por mis culpas, tambien merezco en nombre de Jesus, que dió la vida por mi salud, que tengais misericordia de mí. Os ofrezco sus méritos, que los cuento por mios, y por ellos os pido y espero de vos una santa perseverancia y una buena muerte; en el entretanto os suplico me deis la gracia de pasar una vida santa que sea á gloria vuestra. Demasiado os he ofendido, de lo cual me duelo de veras y quiero amaros del mejor modo que sepa. No quiero resistir mas al atractivo santo de vuestro amor : me entrego todo á vos. Dios mio, os amo y pido siempre poderos amar. Oidme favorablemente por los méritos de Jesus. Madre mia, oh María! rogad por mí á Dios : Amen. Así sea

CAPITULO XVI.

DEL AMOR DEL HIJO EN HABER QUERIDO MORIR POR NOSOTROS.

1. *Y he aquí tu tiempo, tiempo de amores... fuiste muy estremadamente hermoseada y llegaste hasta ser reina.* (*Ezeq.* c. 16. v. 8. 13.) ¡Cuanto debemos los cristianos á Dios, porque nos ha hecho venir al mundo despues de la Encarnacion de Jesucristo! Nuestro tiempo ya no es de temores, como lo fué el de los Hebreos; muy al contrario, es tiempo de amor, despues que hemos sido testigos de un Dios muerto por nuestra salud y para que le amásemos. Es un dogma de nuestra religion que Cristo nos ama y que por amor nuestro se entregó á la

muerte : *Cristo nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros.* (*Ephes.* c. 5. v. 2.) ¿Y quien hubiera podido hacer morir á un Dios omnipotente, si él mismo no hubiese querido dar voluntariamente la vida por nosotros? *Yo doy mi vida. Nadie me la quita; sino que yo la espongo de mi propia voluntad.*) *Joan.* c. 10. v. 17. 18.) Por esto nota san Juan que Jesus, estando para morir nos dió la prueba mas relevante que podia darnos de su amor : *Habiendo amado á los suyos en la vida, en lo último de ella les dió mayores pruebas de amor.* Un autor muy devoto dice que Jesus, próximo á morir, nos dió las pruebas mas singulares de su amor, y que nada le quedó para podernos demostrar cuanto nos amaba. *Nos manifestó en el árbol sagrado de la cruz, estando para morir, el testimonio mas sorprendente de amor.* (*Conten.* 10. 2. L. 10. D. 4.)

Redentor mio muy amado, vos

por un efecto de vuestro amor os habeis entregado todo á mí; pues yo tambien me entrego todo á vos: vos por mi salvacion habeis dado vuestra vida; y yo por vuestra gloria quiero morir cuando y como sea mas conforme á vuestra voluntad: á vos nada os queda que hacer para ganar mi amor; pero yo ingrato os he abandonado por nada: Jesus mio, me arrepiento de esta mala correspondencia; perdonadme por vuestra santa Pasion, y en prueba de que me habeis perdonado prestadme el amparo que he menester para amaros. Por medio de vuestra gracia siento en mí un grande deseo de amaros, así que, resuelvo ser todo vuestro. Pero, Señor, conozco mi debilidad y las traiciones que os he hecho; solo vos podeis socorrerme, y hacer que os sea fiel. Ayudadme pues, amor mio, para que os ame y nada mas os pido.

2. Dice el venerable Dionisio Car-

tusiano que se llamó esceso á la Pasion de Jesucristo : *Y hablaban de su salida que habia de cumplir en Jerusalen.* (*Luc. c.* 9, v. 31.) Esta salida de que hablaban la llamaron esceso, porque fué un esceso de piedad y de amor. *De ahí es que la pasion de Cristo se llamó esceso, porque en ella se manifestó una sobre abundancia ó esceso de amor y piedad.* ¡ oh Dios mio ! ¿ es posible que haya fieles que no amen á Jesus si meditan frecuentemente su pasion ? Las llagas de Jesus, dice san Buenaventura, son llagas de amor, son dardos y llamas que atraviesan y encienden los corazones mas endurecidos, y enardecen á las almas mas heladas. *¡ Oh llagas que ablandais los corazones mas empedernidos, é inflamais á las almas mas frias que el hielo !* En cierta ocasion el Beato Susone, para grabar mas en su corazon el amor hácia Jesucristo, tomó un hierro cortante y con él escribió sobre su pecho el nombre de su muy amado

Señor; y luego todo bañado en sangre fué á la iglesia, donde postrado delante de un Crucifijo, dijo oh Señor! amor único de mi alma, ya veis mis deseos, pues yo quisiera haber podido grabar dentro de mi corazon vuestro nombre; pero esto no me es posible. Vos que lo podeis todo, suplid lo que falta á mi debilidad, y grabad en lo mas íntimo de mi corazon vuestro santo nombre adorable, y esto de tal modo que ya no sea posible borrarse ni vuestro nombre ni vuestro amor.

Mi amado es blanco y colorado, escogido entremillares.(*Cant. c.* 5, v. 10.) Oh Jesus mio! vos sois todo cándido por vuestra inocencia intacta, pero os veo en esa cruz todo colorado en sangre que fluye de esas llagas abiertas por mi: os elijo, pues, desde hoy por único esposo digno de mis amores. ¿Y á quien pudiera amar si no amara á vos? ¿qué otro objeto pudiera hallar tan amable como vos, oh Redentor mio! mi Dios y

todas las cosas? Os amo, oh dueño amabilísimo! y os amo mas que todo lo demas. Haced que yo os ame con todas mis potencias y sin reserva alguna.

3. *¡Oh si entendieses lo que es el misterio de la cruz!* dijo san Andrés al tirano: como si le dijera: oh tirano! si tú comprendieses el amor que te tiene Jesucristo, que quiso morir por tí sobre una cruz para salvarte, entonces abandonarias todos tus bienes y todas tus esperanzas de la tierra, para entregarte todo entero al amor de tu Salvador. Lo mismo podria decirse á aquellos fieles, los cuales aunque creen en la pasion de Jesus, no obstante no se ocupan en meditarla. ¡Oh si todos los hombres considerasen el amor que Jesus nos ha declarado con su muerte en la cruz! ¿quien dejara de amarle? Nuestro amado Redentor, dice el Apóstol, murió por nosotros á fin de que fuese el único dueño de nuestros corazones: *Por*

que por esto murió el Señor y resucitó, para ser Señor de vivos y muertos. Y así que vivamos, que muramos, del Señor somos. (*Rom. c.* 14, v. 8, 9.) Es decir ora vivamos, ora muramos, muy justo y equitativo es que seamos todos de Jesus, á quien tanto costó nuestra salvacion, ¡ Oh quien pudiera decir como el enamorado san Ignacio mártir, que tuvo la dicha de morir por Jesus ! *Vengan sobre mí las llamas, la cruz, las fieras y todos los tormentos juntos, mientras sirvan para poder ir mas pronto á gozar de Jesus.*

¡Oh amado Salvador mio ! vos quisisteis morir para poseer mi alma ; ¿ pero qué he practicado yo para adquiriros, oh bien mio infinito? ¿ cuantas veces os he perdido por nada ? ¡ Infeliz y miserable de mí , ya conocia con mis pecados, conocia que os causaba un gran disgusto, y con todo tenia la osadía de hacerlo ! Me consuela y anima no obstante el tener que tratar con un

Dios de bondad infinita, que olvida las ofensas, luego que el pecador as detesta y vuelve á él. Sí, Dios mio, detesto mis culpas y os amo. Perdonadme y enseñoreaos de aquí en adelante de un corazon rebelde, que os consagro, y me entrego totalmente á vuestro dominio: Señor, qué quereis que haga yo? Todo lo emprenderé mientras sea cómo vos quereis. Sí, bien mio y mi amor, quiero amaros, quiero daros gusto en todo; dadme vuestra gracia y con ella nada tendré por imposible.

4. Muriendo Jesus no cesó de amarnos, aun nos ama y se acerca á nosotros con el mismo amor con que vino del cielo para buscarnos y morir por nosotros Es muy célebre la fineza de amor que Jesus hizo una vez á san Francisco Javier, estando embarcado; sobrevino una tempestad muy récia, y una oleada le arrebató de sus manos el Crucifijo que tenia en ellas. Al saltar en

tierra, viéndose sin el Crucifijo, caminaba el Santo pensativo y afligido por no tener ninguna esperanza de recuperar la imágen de su amado Jesus, cuando he aquí que divisa á lo lejos un enorme cangrejo que llevaba entre sus brazuelos ó tenazas el Crucifijo levantado: adelántase san Francisco hácia el animal para tomar el Crucifijo, que recibe con lágrimas de ternura y lo estrecha contra su pecho. ¡Oh! con qué amor se acerca Jesus á las almas piadosas que le buscan de veras! *El Señor es bueno para los que esperan en él y para las almas que le buscan* (*Thren. c* 3, v. 25.): es decir que le buscan con un amor sincero. Pero ¿pueden persuadirse tener este amor verdadero aquellos que son invitados á llevar la cruz y huyen de ella? *Cristo no buscó sus propios placeres.* (*Rom. c.* 15, v. 3.); ó cómo esplica Cornelio á Lápide: *Jesucristo no fué esclavo de su voluntad ni de las comodidades, sino que empleó*

todas estas cosas y tambien su propia vida por nuestra salud. Jesus no anduvo tras los placeres mundanos, sino que buscó las penas y la muerte, siendo inocente; mas nosotros ¿qué buscamos por amor de Jesus? Estando encarcelado san Pedro mártir se lamentaba cierto dia de que le hubiesen acusado injustamente, diciendo delante de un Crucifijo : Señor, ¿qué he hecho yo para que así me persigan? Entonces el Crucifijo le respondió : y yo ¿qué mal hice para que me enclavasen en esta cruz?

¡ Oh mi amado Salvador ! ¿vos preguntabais qué mal habiais hecho? Habernos amado con demasía, pues quisisteis sufrir tanto por nuestra salud : y nosotros que por nuestros pecados mereciamos el infierno, ¿reusaremos sufrir las penas que nos enviais para nuestro bien? Vos, oh Jesus mio! todo sois amor para los que os buscan; yo pues no os pido ni dulzuras, ni consuelos, no

quiero mas que á vos y vuestra voluntad. Dadme vuestro amor, y despues tratadme como mejor os plazca. Abrazo todas las cruces que tengais á bien enviarme, la pobreza, las persecuciones, las enfermedades y los dolores: libradme solo de pecar. Todos los males serán muy poca cosa en comparacion de los que vos habeis sufrido por mí.

5. *El padre no perdonó á su propio Hijo, ni este á sí mismo para rescatar al esclavo*: dijo san Bernardo. (*Serm. in Jer.* 4, *Hebr.*) Despues de un amor tan señalado para con los hombres, ¿no amaremos á un Dios tan amante? Escribia el Apóstol que Jesus murió por todos nosotros á fin de que todos viviésemos en él y por él en su amor: *Por todos murió Cristo, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos.* (2. *Corint. c.* 5, v. 15.) Pero, ¡ay de mí! la mayor parte de los hombres, despues que todo un Dios ha muerto por ellos,

viven por el pecado, por el demonio y no por Jesucristo. El amor, decia Platon, es una piedra imán del amor: *amor es imán de amor*; á lo que añade Séneca : *ama si quieres que te amen*. Y Jesus, que muriendo por los hombres parece como loco por nuestro amor; *pareció ser locura el que el autor de la vida muriese por todos*, como dice san Gregorio, *Homil.* 6, ¿ cómo despues de tantas señales de amor no ha podido atraerse nuestros corazones? ¿ cómo no ha conseguido que le amemos cual es debido, habiéndonos dado muestras tan singulares de una predileccion que asombra?

¡ Ojalá, Jesus mio, que todos los hombres os amasen ! vos sois mi Dios amabilísimo, digno de un amor infinito. Pero á pesar de que sois tan amable, a pesar de todo cuanto habeis hecho y padecido por los hombres, pocos son los que os aman. Todos aman, unos á sus parientes, otros á los amigos, estos las rique-

zas y los honores, aquellos los placeres mundanos; no pocos aman y se entregan á las mugeres perdidas, y tambien tienen una inclinacion ciega á los brutos, pero ¿ cuantos son los que os aman á vos, oh Dios mio! bien infinito? El número es muy pequeño, y precisamente en este pequeño número quiero ser contado yo, pecador infeliz, que en otro tiempo os ofendia alejándome de vos, para amar las cosas mundanas. Con todo, ahora os amo y estimo mas que todos los bienes del mundo: solo quiero amaros á vos ahora y para siempre en la gloria celestial. Perdonadme, mi buen Jesus, socorredme en todos mis apuros y en particular en los que puedo olvidarme de amaros

6. Cristiano, dice san Cipriano, Dios se contenta de tí y no duda el morir para ganarte tu amor, ¿ y tú no estarás contento con solo Dios ¿amarás otros objetos fuera de este Señor! (*Apud. Conten*, 1. c.) No, mi

amado Jesus, no quiero otro amor dentro de mi alma que no sea para vos, contentísimo estoy con vos: olvido cualquier otro afecto, vuestro amor me basta para todo. Oigo que vos me decis: *Ponme como sello sobre tu corazon.* (*Cant. c.* 8.) Sí, Jesus mio crucificado, os pongo como un sello sobre mi corazon, con la esperanza de que estará cerrado á todas las afecciones terrestres. En otro tiempo os causé muchos disgustos por mis amores mundanos, mas ahora no tengo otros sentimientos sino los que me afligen de no haberos amado cual debia. De aquí en adelante, ¿*quien me separará del amor de Jesus*? ¿quien podrá entrar dentro de mi corazon y participar de mi amor, sino sois vos, oh Dios mio?

Amabilísimo Señor, despues que vos me habeis dado á conocer el indecible amor que me teneis, no quiero pasar un solo instante sin amaros. Os amo con toda la efusion

de mi débil corazon; os quiero y estimo con todo el ardor de mi alma, de esta alma que tanto amais y que habeis buscado tanto tiempo. Por los méritos de vuestra muerte, en la que el alma se apartó con tanta violencia de vuestro cuerpo, desasidme de todos los amores que me impiden ser todo vuestro, y de amaros con todo mi corazon. María, mi esperanza, ayudadme á amar de veras á vuestro Hijo, y solo á vuestro Hijo, y que pueda decir con toda verdad durante mi vida: ¡MI AMOR HA SIDO CRUCIFICADO: MI AMOR HA SIDO CRUCIFICADO! Amen.

ORACION.

DE

SAN BUENAVENTURA.

Oh Jesus mio! que por mi salud ni á vos mismo os perdonasteis, grabad en mi alma vuestra Pasion, á fin de que á cualquiera parte donde ponga los ojos vea siempre vuestras llagas, y no halle otro descanso que en vos y en la meditacion de vuestras penas. Amen.

ADVERTENCIA

De san Alfonso Liguori

AL LECTOR.

Amado lector mio, en el libro que escribí de las *Glorias de María* te prometí otro libro del *Amor á Jesucristo*; pero mi director no me ha permitido verificarlo á causa de mis enfermedades corporales, y solo me ha concedido, despues de muchos ruegos, dar á luz estas consideraciones sucintas sobre la Pasion, en las que he procurado incluir lo mas escogido y selecto que tenia reunido sobre la materia, á escepcion de algunas cosas que pertenecian á la *Encarnacion y nacimiento del Señor*; las cuales pienso publicar, si se me da permiso, en un librito de la No-

vena de la Natividad de Jesus. Por lo que confio que esta obrita mia no te desagradará, porque con ella tendrás delante de tus ojos, recogido con órden, los testos de la sagrada Escritura sobre el amor que Jesus nos ha manifestado con su muerte; pues no hay cosa alguna tan capaz de mover un cristiano al amor de Dios como las mismas palabras del mismo Dios que tenemos en los libros santos.

Amemos mucho á Jesucristo, en quien encontramos á nuestro Salvador, á nuestro Dios y todos nuestros bienes. Por cuyo motivo te encargo que cada dia dés una ojeada sobre su pasion; porque en estas consideraciones hallaremos motivos poderosísimos de esperar la vida eterna, y de amar á Dios, en lo cual consiste nuestra salvacion. Todos los santos vivieron enamorados de Jesucristo y de su pasion, por cuyo medio se hicieron santos. El venerable Baltasar Alvarez decia,

segun se escribe en su vida, que nadie presumiese haber hecho algo si primero no tenia estampada en su corazon la imágen de Jesus crucificado; así que, su oracion consistia en ponerse á los pies de un Crucifijo y meditar en él tres cosas: pobreza, desprecio y dolor. De este modo Jesucristo le hacia percibir las lecciones desde lo alto de la cruz. Tú puedes estar confiado de poder ser un santo como los demas, si te paras á considerar como ellos cuanto ha hecho y padecido nuestro Redentor por tí. Suplícale siempre que encienda en tí su divino amor; y tambien no ceses de pedir este mismo amor á Maria, señora tuya, la que se llama madre del amor hermoso. Cuando le pidieres este gran don, yo te suplico que tambien le pidas por mí, que he deseado verte santo con este pequeño trabajo. Yo te prometo hacer otro tanto por tí, con la esperanza de podernos abrazar algun dia con el

amor de caridad en el paraiso, y reconocernos por servidores fervorosos de nuestro amabilísimo Señor, del cual nosotros seremos compañeros eternos y escogidos para amar por siempre cara á cara á nuestro Salvador, que es nuestro amor y nuestro buen Jesus, Amen.

REFLEXIONES Y AFECTOS DEVOTOS

SOBRE LA

PASION DE JESUCRISTO.

REFLEXIONES Y AFECTOS DEVOTOS

SOBRE LA

PASION DE JESUCRISTO.

MEDITADA CON
LA SENCILLEZ QUE LA REFIEREN LOS
SANTOS EVANGELISTAS.

Segunda Parte.

INTRODUCCION.

No hay cosa tan útil, dice san Agustin, para los que quieren alcanzar la salud eterna, como meditar todos los dias en las penas que Jesucristo sufrió por nuestro amor :

Nada hay tan saludable, dice este gran doctor, *como el pensar cada dia cuanto sufrió por nosotros el hombre Dios.* Orígenes habia ya dicho antes que el pecado no puede reinar en las almas que contemplan continuamente la muerte de su Salvador : *Es cosa bien averiguada que el pecado no puede enseñorearse en donde el ánimo se deja llevar de la consideracion de la muerte de Cristo.* El Señor manifestó á un santo solitario que no podia hallarse ejercicio mas propio para encender el fuego del amor divino en los corazones que la meditacion sobre la Pasion de nuestro Redentor. Tambien el P. Baltasar Alvarez decia que la ignorancia de los tesoros que están como encerrados en la Pasion de Jesus era la causa de la ruina de muchísimos cristianos. Él aconsejaba á sus penitentes que tuviesen siempre fija en su alma la imágen de Jesucristo crucificado. Las llagas de nuestro Redentor, decia san

Bernardo, bastan para conmover los corazones mas endurecidos, ó inflamar las almas mas heladas. *¡Oh llagas que heris á los corazones de piedra, y encendeis á las almas congeladas!*

Sentada esta doctrina, un célebre autor, el P. Croiset, dice que nada nos descubre mas claramente los tesoros escondidos en la pasion de Cristo como la relacion sencilla de la misma pasion. Para inflamarse el alma fiel en el fuego del amor divino, no se necesita mas que la simple esposicion de los santos evangelistas, y algunas reflexiones cristianas sobre lo que Jesucristo sufrió en los tres puntos principales que fueron teatro de su Pasion, es á saber: en el huerto de Getsemani, en Jerusalen y en el monte Calvario. Verdad es que muchos autores piadosos se esmeraron en escribir con estilo elegante reflexiones muy buenas y hermosas sobre la Pasion; sin embargo, para un

cristiano me parece preferible una sola palabra ó frase de la sagrada escritura que mil páginas de reflexiones, de consideraciones y de revelaciones que tuvieron algunas personas devotas; porque todo cuanto nos atestigua la sagrada Escritura es cierto con aquella certeza que nos da la fé. Por cuyo motivo he querido que este pequeño escrito, para interesar y consolar á las almas prendadas de Jesucristo, fuese una sencillísima pero fiel relacion de todo lo que se lee en los santos evangelios. Como me limito á cortas reflexiones, estas no perjudicarán el defecto de las palabras mismas de la sagrada Escritura, las cuales prestan materia abundantísima para las meditaciones de toda la vida, y creo son las mas capaces de encender el fuego de la caridad en todos los corazones.

¡Cómo es posible, oh Dios mio! que una alma que cree, permanezca fria ó indiferente á la vista de

los dolores de todo género y de los ultrages que sufrió Jesucristo, y no sienta en sí misma abrasarse en el fuego del amor divino, y no tome una resolucion firme de santificarse para no mostrarse ingrata con un Dios tan amable y bondadoso! La fé es absolutamente necesaria en esta ocasion, porque ¿quien pudiera sin ella creer todo lo que Dios hizo realmente por nuestro amor? *Se anonadó á sí mismo tomando forma de siervo.* (*Phil. c.* 2. v. 7.) ¿Quien, al ver que Jesucristo nació en un establo, pudiera persuadirse sin una revelacion divina, que es el mismo á quien los ángeles adoran en el cielo? ¿Quien creyera que es omnipotente al verle que huye á Egipto, para sustraerse de las manos de los satelites de Herodes? ¿Quien pensara que es felicísimo al verle oprimido de agonías mortales y de tristeza en el huerto de Getsemaní? Por último, ¿quien sin una fé firme é inalterable reconociera

en un hombre clavado en un patíbulo infame, ó suspendido en una cruz ignominiosa, el rey y dueño absoluto del universo?

Si se viera á un gran rey transformarse en gusano de la tierra, arrastrar por el suelo y revolcarse por el fango, y despues crear ministros, gobernar su reino y dictar leyes, ¡quien no se llenara de asombro! ¡Oh fé santa! esplicanos quien es este hombre que nos parece semejante á los demas hombres! Es el Verbo eterno, nos dice la fé: es el Hijo único del eterno Padre, nos dice san Juan: *El Verbo fué hecho carne.* (*c.* 1. v. 14.) Y ¿cómo vivió en la tierra este hombre Dios? Escuchemos al profeta Isaias, quien ya nos le habia anunciado muchos años antes: *Le vimos despreciado y como si fuese el desecho de los hombres y el varon de dolores.* (*C.* 53. v. 3.) Esta frase: *Varon de dolores,* nos manifiesta que Jesucristo quiso ser afligido de tal manera con todo

género de dolores, que ni un solo instante de su vida quedó libre de padecimientos. Pero Jesucristo no solamente fué hombre de dolores, si que tambien fué mirado como hombre de desprecios y de sangrientos ultrages: *despreciado y el vilipendio de los hombres.* Así que se vió envilecido y maltratado como si hubiese sido el desecho de la humanidad; cargado de cadenas como si fuera un facineroso; azotado como un esclavo; tratado como un rey de farsa ó de irrision: y por fin, clavado en una cruz ignominiosa. ¡Qué impresion debieran hacer todos estos hechos en el ánimo do los que tienen fé! ¡Qué deseo de sufrir debiera escitar en los que creen! Todas las llagas de Jesus, dice san Francisco de Sales, son otras tantas bocas que nos predican de qué modo debemos sufrir por él. Esta fué la ciencia de los santos: suframos constantemente por Jesus, y luego nosotros seremos santos tambien.

Al considerar las llamas de amor que exhala el corazon de Cristo, ¿no sentiremos nosotros tambien inflamarnos en vivísimos deseos de amor? ¿Qué mayor dicha puede caber á una alma justa que arder en el mismo fuego de amor en que ardia nuestro mismo Dios! ¡Y qué alegria mas grande que verse unido á Dios con los lazos del amor!

Mas ¿cómo los cristianos contemplan con tanta indiferencia y tibieza á Jesus clavado en el madero de la cruz? Vemos que durante la Semana santa asisten á las ceremonias y solemnidades con que la Iglesia nos recuerda la pasion y muerte de Jesus, y no advertimos en ellos ni ternura ni reconocimiento, como si se representasen cosas fabulosas ó hechos que nada tienen que ver con nosotros. Qué ¿tal vez ignoran lo que nos dicen los Evangelistas, ó tienen la desgracia de no creerlo? ¡Ah! ellos no ignoran y creen, y no obstante, cosa singular,

apenas se ocupan en el objeto de su creencia. El que cree y medita en las cosas de Dios no puede dejar de amar á un Dios que sufrió tanto y murió en una cruz por él. *El ejemplo del grande amor que Cristo nos tuvo nos fuerza.* (2. *Cor.* c. 5. v. 14.) En la pasion de Jesucristo no tanto hemos de meditar en los ultrages y dolores que sufrió como en el amor que se los hizo sufrir. En efecto, si Jesucristo quiso sufrir tanto no fué para salvarnos solamente : para esto bastaba una sencilla súplica ; sino con el fin de que comprendiésemos el amor inefable que nos tenia y de grangearse nuestros afectos y corazones. Una alma, repito, que contempla el amor de Jesus para con nosotros, no puede dejar de amarle : *La caridad ó el amor de Jesucristo nos precisa y nos fuerza*; esta alma se sentirá como estrechada por un secreto impulso á consagrarle todo su afecto. En resúmen, si nuestro divino Salva-

dor murió por nosotros, quiso obligarnos por esta fineza tan estremada á que no viviésemos sino por él. ¡Y no se lo debemos todo al quo sacrificó por nuestro amor su vida divina?

Felices aquellas almas amorosas, dice Isaías, que meditan muchas veces la pasion de Jesus: *Sacareis aguas con gozo de las fuentes del Salvador.* (*Is. c.* 12. v. 3.) Como si dijera: almas piadosas, vosotras bebereis abundantísimas aguas de amor y de confianza en los manantiales puros y celestes que son las llagas de vuestro Salvador. ¡Qué pecador, por enormes que sean sus pecados, si se arrepiente de veras, podrá dudar de la misericordia divina al contemplar á Jesus crucificado! ¿No sabe que el Padre eterno cargó todos nuestros pecados sobre su amado Hijo, á fin de que pagando este toda nuestra deuda desarmase su justicia divina? *Y cargó el Señor sobre él la iniquidad*

de todos nosotros. (*Is. c.* 53. v. 6.) ¿Cómo temeremos, dice san Pablo, que Dios nos niegue su gracia despues de habernos dado su propio Hijo? *El que aun á su propio Hijo no perdonó sino que lo entregó por todos nosotros; ¿ cómo dejará de darnos él todas las cosas?* (*Rom. c.* 8. v. 32.)

CAPITULO I.

JESUS ENTRA EN JERUSALEN.

He aquí tu rey viene manso para tí, sentado sobre una asna, y un pollino hijo de la que está bajo de yugo. (*Matt. c.* 21, v. 5.) Cuando nuestro divino Redentor vió que se acercaba el tiempo de su pasion partió de Betania para Jerusalen. Contemplemos aquí la humildad de Jesucristo, de este rey del cielo, que quiso hacer su entrada en Jerusalen sentado en una asna. ¡Oh Jerusalen! ya ves á tu rey que se va acercando pacífico y afable; no temas, no, que venga á reinar en tí y á apoderarse de tus riquezas; viene, sí, lleno de amor y de compasion para rescatarte y salvarte á

costa de su propia vida! Entre tanto el pueblo que le veneraba ya desde algun tiempo á motivo de sus milagros, y en particular por el último, que fué la resurreccion de Lázaro, sale y corre de todas partes al encuentro del Salvador. Unos tienden sus vestidos sobre el camino por donde debia pasar; otros cubren con ramos de árboles las calles por donde le veian venir. !Oh! quien habia de pronosticar que dentro de pocos dias, este mismo Salvador, que con tanto regocijo y honor recibian, seria condenado por este mismo pueblo á morir en una cruz!

¡Oh amabilisimo Jesus! vos quisisteis hacer esta entrada gloriosa á fin de que vuestra pasion y vuestra muerte pareciesen mas ignominiosas á proporcion del honor con que se os habia acogido. Pronto se trocarán en maldiciones é injurias las alabanzas y honores que ahora os hace esta ciudad ingrata. Ahora

dicen: *Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor* (*Matt. c.* 21. v. 9.); porque vos venís en nombre del Señor, que es nuestro protector y nuestro padre. No pasarán quizá muchas horas sin que estos mismos griten: *Quitale, crucificale;* apresúrate, Pilatos, quítanos de nuestra vista á este malhechor, manda que luego sea clavado en cruz! Ahora se quitan los vestidos y dentro de tres dias os arrancarán, oh mi buen Jesus! los vuestros para daros mas tormentos y crucificaros. Ahora ponen á vuestros pies ramos de árboles y palmas, colmándoos de bendiciones; pero en breve os vereis por estos mismos coronada de espinas vuestra sagrada cabeza, y que os llenarán de ultrajes y blasfemias! ¡Oh alma mia! ven á tu Dios y dile con reconocimiento y amor: *bendito el que viene en nombre del Señor.* Sí, mi amado Redentor, seais bendito para siempre, porque vos

habeis venido á salvarme; si no hubieseis venido no habia remedio para nosotros.

Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella (*Luc.* 19. v. 41) Cuando estuvo cerca de la desdichada Jerusalen, Jesus la miró y lloró: ora considerare su ingratitud, ora previese su próxima destruccion. Tambien sobre mí llorabais, Señor, sobre mi ingratitud y la perdicion de mi alma. Sí, vos llorabais los males que acabo de acarrearme sobre mí mismo, arrojándoos de mi pobre alma y forzándoos á condenarme á las llamas del infierno, de donde vos queriais librarme con el precio de vuestra sangre. ¡Ah! yo, solo yo, debiera llorar porque os he ofendido, y estas ofensas me han separado de vos, que tanto me habeis amado! ¡Oh Padre mio, por estas lágrimas que vuestro unigénito Hijo derramó entonces sobre mi, escitad en mí alma un vivísimo dolor de mis pecados;

y vos, oh Jesus amorosísimo! ya que vuestro corazon es tan tierno y amante, tened compasion de mi, pues me arrepiento vivamente porque os he dado tantos motivos de penas, y resuelvo con la mayor sinceridad no amar mas que á vos.

Cuando Jesus hubo entrado en Jerusalen, se ocupó todo el dia en predicar y curar á los enfermos; pero llegada la noche tuvo que volverse á Betania, porque nadie le ofreció hospedage para pernoctar allí. Mi amable y benigno Jesus, si los demas hombres os desechan, yo jamás os rechazaré de mí: verdad es que algun tiempo, ciego de mí, os cerraba las puertas de mi corazon; mas hoy dia la dicha que tengo de unirme con vos, la aprecio y estimo mas que poseer todos los reinos del mundo. ¡Oh qué dicha fuera la mia si nada de este mundo me separase jamas de vuestro amor?

CAPITULO II.

—

CONCILIABULO DE LOS JUDIOS Y TRAICION DE JUDAS.

Los príncipes de los sacerdotes, y los fariseos juntaron concilio, y decian : ¿ Qué hacemos, porque este hombre hace muchos milagros ?(*Joan. c.* 11. v. 47.) Mientras que Jesus hacia milagros y derramaba gracias para el bien de todos, los principales de la ciudad se reunian para urdir de la muerte del autor de la vida. Caifás, sumo sacerdote en aquella ocasion, les dijo : *Os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca.* (*Joan. c.* 11. v. 50.) Desde aquel momento, dice el evangelista san Juan, estos

hombres inícuos y rabiosos no pensaron ni discurrieron sino en hallar medios como perder á Jesus. ¡Oh Judíos! ¿para qué tantas precauciones? El Redentor no huirá; él no vino al mundo sino para morir y libertar con su muerte á vosotros mismos y á todo el género humano de la perdicion eterna.

Pero mientras estaban deliberando los sacerdotes sobre la pasion de Jesus, he aquí que se les presenta Judas y les dice: *¿Qué me quereis dar, y yo os lo entregaré?* (*Matth. c.* 26. v. 15.) ¡Oh cuan alegres estarian entonces los Judíos! aborrecian mortalmente á Jesus, y el traidor que prometia entregárselo á sus manos era uno de sus propios discípulos. Así se alegra el infierno cuando una alma desdichada que sirvió á Jesucristo por mucho tiempo, le hace traicion por algun interés vil de la tierra, por algun deleite impuro del que se deja dominar.

Y tú, Judás, ya que estàs resuelto á vender tu Dios, hazlo á lo menos á un precio que valga lo que tú vendes. Mira, pérfido, que siendo un bien infinito, el precio debe ser tambien infinito. ¡Y tú cierras por treinta dineros tan infame negocio! *Y ellos le señalaron treinta monedas de plata.* (*Matth. ibid.*) ¡Ay alma mia! cesa de pensar con Judás, y piensa contigo misma. Dime, ¿cuantas veces tú has vendido al demonio la gracia divina, y á qué precio? Oh Jesus mio, vergüenza tengo de parecer delante de vos cuando se me representan todas las injurias que os he hecho. ¡Oh, cuantas veces me he apartado de vos para satisfacer algun despreciable antojo ó para procurarme algun placer momentáneo! Sabia que estos pecados me harian perder vuestra amistad, y voluntariamente renunciaba á ella por cosas bien despreciables. ¡Ah! como no perdí la vida antes de hacerme cul-

pable! Me arrepiento de todo mi corazon, oh Jesus mio! quisiera morir de dolor.

Consideremos aquí la bondad de Jesucristo, quien sabiendo la trama criminal que Judas acaba de hacer, no le arroja de sí cuando vuelve á verle, ni le mira indignado, antes bien le admite en su compañía á la mesa, le advierte su traicion para que vuelva en sí mismo: y viéndole obstinado no vacila en ponerse delante de él y lavarle los pies. ¡Oh Jesus mio, así obrais conmigo! Y yo os he desechado, y os he hecho traicion; mas vos no me habeis desechado, vos me aguardais vuestro amor y tambien me admitís en vuestra sagrada mesa, ¡Oh Salvador mio! que yo no os haya amado siempre! ¡Ah! no me alejaré de vuestros sagrados pies, no quiero renunciar á vuestro amor!

CAPITULO III.

—

LA ULTIMA CENA DE JESUS CON SUS DISCIPULOS.

Sabiendo Jesus que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre : habiendo amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. (*Joan. c.* 13, v. 1.) Dice el Evangelista , que sabiendo Jesus que ya habia llegado para él el momento de separarse de este mundo, y habiendo hasta entonces amado á los hombres, quiso dejarles la última y mas preciosa prenda de su amor. Contemplad á Jesus sentado en la mesa, todo abrasado de caridad, volviéndose á sus amados discí-

pulos, y diciéndoles: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua.* (*Luc. c.* 22, v. 15.) Tened entendido, discípulos míos (y lo mismo decia á todos los hombres), sabed que lo que mas he deseado durante el curso de toda mi vida mortal era celebrar esta última cena con vosotros despues de la cual debo ir á inmolarme por vuestra salud.

Así pues, vos, Jesus mio, deseais con ansia dar vuestra vida por nosotros miserables criaturas ¡Ah! este poderosísimo deseo que vos teneis ¿no debiera encender en nuestros corazones las llamas de un santo deseo para sufrir y morir por vos, como vos mismo lo habeis hecho? ¡Oh Redentor amado! dadnos á conocer lo que exigis de nosotros; nosotros queremos complaceros en todo y por todo; nosotros suspiramos por esta dicha, para corresponder en parte al afecto que nos habeis manifestado. Avivad conti-

nuamente en nosotros esta dichosa llama que nos haga olvidar el mundo y á nosotros mismos, á fin de que de hoy en adelante y siempre podamos complacer eternamente á vuestro amable corazon. Ved ahí el cordero pascual sobre la mesa : es la figura del mismo Señor. Así como este cordero servia en aquel dia para la cena, de la misma manera debia Jesus mostrarse al mundo el dia siguiente, inmolado en la cruz y consumido de dolor.

Él entonces recostándose sobre el pecho de Jesus.... (*Joan. c.* 13, v. 25.) ¡Oh bienaventurado Juan, discipulo querido , que apoyando vuestra cabeza en el regazo del Señor pudisteis sentir con los latidos de su corazon todo el amor en que se abrasaba por los hombres! ¡Oh mi dulce Jesus! mas á menudo que Juan he recibido de vos iguales gracias ; sí , yo he tenido ocasiones de conocer toda la ternura con que vos me amabais, cuando me conso-

lasteis alumbrándome con celeste luz, y embriagándome de dulzuras espirituales; y á pesar de tantas gracias y favores yo no os he sido fiel. ¡Ah! no permitais que yo recaiga en tan monstruosa ingratitud; quiero ser todo vuestro: admitidme y socorredme.

Se levanta de la cena y se quita sus vestiduras; y tomando una toalla, se la ciñó. Echó despues agua en un lebrillo y comenzó á lavar los pies de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido. (*Joan.* c. 13, v. 4 5.) Admira, oh alma mia! como Jesus se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, toma una toalla, se la ciñe, y despues de haber echado agua en un lebrillo, se arrodilla delante de los discipulos y comienza á lavarles los pies. ¡Qué! el rey del universo, el Hijo de Dios, se abate hasta lavar los pies de sus criaturas! ¿Qué decís á esto, ángeles? Si Jesus les hubiese permitido lavar sus propios pies con las lá-

grimas de ellos, como lo hizo con la Magdalena, ¿no lo hubieran recibido como un favor inmenso? No, para dar en el fin de su vida un ejemplar nunca visto y al mismo tiempo una señal de su amor para con los hombres, él mismo es el que se pone de rodillas á los pies de sus esclavos. ¡ Y qué, Señor, continuaremos nosotros siendo soberbios! qué, no podremos soportar una palabra desdeñosa, ni la mas ligera desatencion ! ¡ Nos sentiremos animados de resentimiento, de ideas de venganza , nosotros, que por nuestros pecados hemos merecido mil veces ser pisoteados por los demonios en lo mas profundo del infierno ¡ Oh Jesus mio! ojalá vuestro ejemplo de humildad nos inspire un amor verdadero al desprecio y la humillacion! Os prometo que desde hoy en adelante sufriré por vuestro amor las afrentas y todas las injurias que se me hicieren.

CAPITULO V.

—

INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Y cenando ellos tomó Jesus el pan, y lo bendijo, y lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo : Tomad , y comed : este es mi cuerpo. (*Matth. c.* 26, v. 26.) Despues del lavatorio de los pies , acto profundo de humildad, cuya práctica recomienda Jesus á sus discípulos , volvió á tomar sus vestidos, y sentándose otra vez á la mesa, quiso dar á los hombres la grande prueba de afecto que les destinaba, esto es, la institucion del Santísimo Sacramento del altar. Para esto toma un pan, lo bendice,

y repartiendo entre sus discípulos, les dice; *Tomad y comed, este es mi cuerpo.* Luego les recomienda que se acuerden de la muerte que iba á sufrir por amor de ellos todas las veces que comiesen de este pan: *Cuantas veces comiereis este pan, y bebiereis este cáliz, anunciareis la muerte del Señor.* (1 *Cor. c,* 11, v. 26.) Jesus hizo entonces lo que haria un príncipe que amase tiernamente á su esposa y se sintiera cercano á morir. Escogeria entre sus piedras mas preciosas, y llamando la esposa le diria: Yo voy á morir, amada mia; y para que tú no me olvides te doy esta piedra, todas las veces que la mirares acuérdate de mí y de mi amor. Ninguna expresion basta, dice san Pedro de Alcántara en sus meditaciones, para esplicar la grandeza del amor que Jesus tiene á las almas. Cuando este esposo divino estaba para despedirse de la vida, á fin de que su ausencia no fuese para ellas causa

de olvido, les dejó como recuerdo esta joya celestial y divina del Santísimo Sacramento, en el que Jesus se quedó como un recuerdo poderoso que tuviese siempre despierta nuestra memoria. Con esto puede comprenderse cuanto quiere Jesus que nosotros nos acordemos de su pasion. Él instituyó el santísimo sacramento de la Eucaristía á fin de que jamás olvidásemos el amor inesplicable que nos manifestó con su muerte.

¡Oh Jesus mio! ¡Dios lleno de amor por las almas! ¿hasta donde os ha conducido vuestro afecto hácia los hombres? ¡A servirles de alimento! ¿Qué mas teneis que hacer para obligarnos á amaros? En este augusto sacramento nos os dais todo entero, justo será, pues, que nos demos á vos sin reserva. Amen otros las riquezas y os honores, nada importa: yo no quiero amar sino á vos, ¡oh Dios mio! Habeis dicho que quien se alimenta

de vos no debe vivir sino para vos: *Quien me come, tambien este vivirá por mí.* Ya que me habeis admitido tantas veces á este convite, para alimentarme de vuestra carne, haced que muera á mí mismo y que no viva sino para serviros. ¡Oh Jesus mio! quiero poner todas mis delicias en vos, ayudadme á ser fiel á mi promesa.

San Pablo, señalando el tiempo en que Jesus instituyó el adorable sacramento de la Eucaristía, se esplica así: El mismo Jesucristo en la noche misma que habia de ser entregado traidoramente, tomó el pan y dijo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo.* (1 *Cor. c.* 11, v. 23.) Aquella misma noche en la que los hombres se disponian á hacer morir á Jesus, él nos preparaba este pan de vida y de amor, á fin de que todos nos uniésemos á él, como él mismo lo declaró: *El que comiere mi carne, queda en mí y yo en él.* ¡Oh amor de mi alma, digno de un amor infi-

nito! nada mas teneis que hacer para demostrarme cuanto me amais. Atraedme todo entero á vos, y si yo no acierto á entregaros mi corazon, tomadlo vos mismo, Señor. ¡Ah! cuando tendré la dicha de ser todo vuestro, así como la tengo ya de poseeros todo entero en este banquete divino! Dignaos alumbrarme y descubrirme todo cuanto os hace digno de ser amado, á fin de que amándoos siempre mas, no procure sino complaceros, siendo vos mi bien supremo y toda mi felicidad.

CAPITULO V.

—

JESUS ORA EN EL HUERTO Y SUDA SANGRE.

Y dicho el himno, salieron al monte del Olivar..... Entonces fué Jesus con sus discípulos á una granja, llamada Getsemaní. (*Matt. c.* 26, v. 30, 36.) Despues de la accion de gracias sale Jesus con sus discípulos del lugar donde habian cenado, entra en el huerto de Getsemaní y se pone á orar. Pero presto se vió acometido de un grande pavor, de una grande angustia y de una estremada tristeza: *Comenzó á atemorizarse, y á angustiarse*, dice san Marcos *c.* 14, v. 33); y san Mateo:

empezó á entristecerse y angustiarse. (c. 26, v. 37.) Lleno de tristeza el Redentor esclama que *su alma está triste hasta la muerte.* (*Mar.* c. 13, v. 34.) Entonces vió pasar delante de sus ojos las escenas de oprobios y de tormentos que se le estaban preparando. En la pasion cada uno de estos tormentos le afligió sucesivamente: mas en el huerto los sintió todos á la vez. Nuestro pacientísimo Jesus los abraza todos, pero cuando se resigna á una empresa superior á las fuerzas humanas, se estremece, agoniza y ora: *Y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia.* (*Luc.* c, 22, v. 43.)

Mas oh buen Jesus! ¿quien os obliga á padecer tantos tormentos? El amor que teneis á los hombres. ¡Oh cuan asombrado quedaria el cielo al ver que la misma fuerza se hace débil y que la alegría de la gloria se convertia en tristeza! ¡Un Dios afligido! ¿Y porqué? Para salvar á los hombres, criaturas suyas. En

el huerto, pues, se hizo el primer sacrificio, y Jesus fue la víctima ; el amor, el ministro ; aquel ardor afectuoso para la humanidad fué el fuego sagrado que consumó la víctima.

Padre mio, si es posible, pase de mí este caliz. (*Matth. c.* 26, v. 39.) Si, padre mio, decia Jesus, si es posible permitidme no beber este cáliz, tan lleno de amargura. Cuando Jesus dirige esta súplica no lo hace tanto para librarse de sufrir como para darnos á entender que sufre voluntariamente los trabajos de la pasion por amor de nosotros. Tambien con esto intenta enseñarnos que si nos es permitido pedir á Dios que nos libre de los males que nos amenazan, debemos al mismo tiempo conformarnos en todo con su voluntad y decir como él mismo dijo: *Mas no como yo quiero, sino como tú* (*Matth.* 26, 39.) ; y en todo aquel periodo repitió siempre la misma súplica : *Hágase tu voluntad... Y los dejó, y de nuevo fué á orar tercera vez, diciendo las mismas*

palabras. (*Ibid.* v. 42, 44.) Sí, Padre mio, yo abrazo por amor vuestro todas las cruces que tengais á bien enviarme. Vos, siendo inocente, padecisteis tanto por mí; y yo, miserable pecador, que tantas veces he merecido el infierno, ¿rehusaria sufrir para agradaros, y para obtener el perdon y la gracia? *Hágase vuestra voluntad y no la mia.*

Se postró en tierra. (*Marc.* 14, 35.) Estando Jesus para empezar su oracion, se postró pegado su rostro á la tierra, porque estando cubierto con el lodo de nuestros pecados, le pareció que no debia levantar sus ojos hácia el cielo. ¡Oh mi amado Redentor! yo no me atreveria á pediros perdon de mis ofensas, si vuestros dolores y vuestros méritos no me inspirasen confianza. ¡Padre eterno! mirad la cara de vuestro ungido! no atendais á mis pecados; mirad vuestro divino Hijo tan querido, que tiembla, que agoniza, que suda sangre para obtener de vos el

perdon de mis pecados. *Y fué su sudor como gotas de sangre, que corria hasta la tierra.* (*Luc.* 22, 44.) Miradle, Dios mio, y apiadaos de mi.

Pero, ¡oh Jesus mio! en este huerto no están los verdugos para azotaros, tampoco están las espinas ni los clavos, que han de traspasar vuestro cuerpo: ¿quien, pues, hace derramar tanta sangre de vuestro cuerpo? ¡Ah! no era la vision anticipada de vuestros tormentos la que os afligia en aquel momento, porque os habiais ofrecido voluntariamente á sufrirlos: *Él se ofreció porque él mismo lo quiso.* (*Is.* 53, 7.) Mas cuando visteis mis pecados sentisteis sobre vos un peso enorme que comprimiendo vuestras venas hizo que la sangre brotase por ellas. Así, pues, no fueron ni los verdugos ni los instrumentos de la pasion los que os causaron aquella afliccion sobrenatural en el huerto, nó; sino la fiereza y crueldad de mis pecados.

Y en tan horrible afliccion que sobre vos pesaba juntéme yo para afligiros mas con el peso de mis culpas. Si menos yo hubiese pecado, menos hubierais vos entonces padecido; ved ahí la paga de tanto amor vuestro en haber querido morir por mí: añadir penas á tantas penas. Me arrepiento, Señor, de haberos ofendido y siento un vivísimo dolor. Este dolor es aun poco! quisiera un dolor que me quitase la vida. ¡Ah! por este acerbo dolor que sufristeis en el huerto, dadme una parte del aborrecimiento que entonces tuvisteis de mis pecados: Si entonces os afligí con mis ingratitudes, á lo menos que os consuele hoy con mi amor. Os amo, Jesus mio, con todo mi corazon; os amo mas que á mi mismo, y por vuestro amor renuncio todos los placeres y todos los bienes de la tierra. Vos, Señor mio, muy amado, sois y sereis mi único bien y el único objeto de mi amor.

CAPITULO VI.

—

JESUS ES PRESO Y MANIATADO.

Levantaos, vamos : he aquí el que me ha de entregar está cerca. (*Marc.* 14, 42.) Sabiendo el Redentor que Judas con los Judíos y soldados que venian á prenderle estaban ya cercanos, levántase, estando aun bañado con aquel sudor de muerte, pálido el rostro, pero el corazon inflamado en amor : sale á su encuentro para entregarse á sus manos, y viéndolos á su lado les dice: *Quem quæritis?* A quien buscais? Reflexiona, alma mia, que en aquel instante Jesus te pregunta : Dime, ¿á quien buscas? ¡Ah, Señor mio!

¿á quien quereis que busque sino á vos, que venisteis del cielo á la tierra á buscarme para no verme perdido?

Prendieron á Jesus, y lo ataron. (*Jo.* 18, 12.) ¡ Ay de mí, un Dios atado! ¿Qué diríamos nosotros si viéramos un rey preso y atado por sus súbditos? ¿Y qué diremos ahora, viendo á un Dios, puesto en manos del populacho? Felices lazos que atasteis al Redentor, ligadme á mí con él; pero ligadme de tal modo que no pueda separarme de su amor: atad mi corazon con su santísima voluntad, para que de hoy en adelante no quiera mas que lo que él quiera.

Contempla, alma mia, como unos le aprietan las manos, otros le atan, otros le injurian, otros le hieren, y el inocente cordero se deja atar y herir á voluntad de ellos: no procura escapar de sus manos, ni llama auxilio, ni se queja de tantas injurias, ni pregunta porque así le mal-

tratan. Ved cumplida la profecía de Isaias : *El se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca : como oveja será llevado al matadero.* (53, 17.) No habla y no se queja porque él mismo se habia ofrecido ya á la divina justicia á satisfacer y morir por nosotros; y por esto se deja conducir como una oveja á la muerte sin abrir sus labios.

Mira como atado y circuido de aquella vil canalla, viene arrojado del huerto y arrastrado atropelladamente á casa del pontífice. Y ¿donde están sus discípulos? ¿ qué hacen? A lo menos si no pueden librarle de las manos de sus enemigos, le acompañaran para defender su inocencia delante de los jueces, ó para consolarle con sus servicios; Pero nó, dice el Evangelio : *Entonces desemparándole sus discípulos, huyeron todos.* (*Marc.* 14, 50. ¡Oh cual fué entonces la pena de Jesucristo, viéndose hasta de los suyos abandonado! ¡Ay de mi, que en-

tonces vió tambien Jesus todas aquellas almas que de él mas favorecidas que otras debian al punto abandonarle y volverle ingratamente las espaldas! Una de estas, Señor, ha sido la mia, la mia desdichada, que despues de tantas gracias, luces y llamamientos de vos recibidos, ingrata se ha separado de vos y os ha abandonado. Acogedme por piedad ahora que arrepentido tiernamente á vos vuelvo, para no dejaros mas, oh tesoro, oh vida, oh amor del alma mia!

CAPITULO VII.

JESUS ES PRESENTADO A LOS PONTIFICES, QUE LE CONDENAN A MUERTE.

Mas los que tenian preso á Jesus, le llevaron á casa de Caifás el príncipe de los sacerdotes, en donde se habian juntado los escribas y los ancianos. (*Matth.* 26, 57.) Atado como un delincuente entra en Jerusalen nuestro Salvador, donde pocos dias antes habia entrado entre aclamaciones y aplausos. Pasa de noche por aquellas calles alumbradas por antorchas y linternas, y tal era el ruido y tumulto, que daba á entender á todos que se conducia algun famoso malhechor. Asomábanse las gentes por las ventanas, preguntan-

do quien es el preso, y se les respondia : es Jesus de Nazareth, que se ha descubierto ser seductor, impostor, falso profeta y reo de muerte. ¿Cuales debian ser entonces los sentimientos de desprecio en todo el pueblo cuando vieron á Jesucristo, á quien antes acogieron como el Mesías, preso por órden de los jueces como impostor? ¡Oh como todos cambiaron entonces la veneracion en odio y se arrepintieron de haberle dado honor, avergonzándose de haber venerado á un malhechor como si fuese el Mesías!

Ved ya el Redentor presentado como en triunfo á Caifás, que solícito le aguardaba, y viéndole á su presencia solo y abandonado de los suyos, se llenó de regocijo. Mira, alma mia, á tu dulce Señor, que atado como un reo y con la cabeza baja delante de aquel orgulloso pontífice permanece humilde y silencioso. Mira aquel bello rostro, que en medio de tantos desprecios é in-

jurias, no ha perdido un ápice de su natural serenidad y dulzura. Ah Jesus mio! al veros circuido no de ángeles que os alaben sino de una vil chusma que os odia y os desprecia, ¿qué he de hacer? ¿Me juntaré tal vez á despreciaros, como hice hasta ahora? Ah, no! en lo que me resta de vida quiero estimaros y amaros como vos mereceis, y os prometo no amar á otro que á vos. Vos sereis mí único amor, mi bien y mi todo.

El impío pontífice pregunta á Jesus sobre sus discípulos y su doctrina, á fin de hallar algun motivo para condenarle; pero Jesus responde humildemente : *Yo manifiestamente he hablado al mundo..... he aquí estos saben lo que yo he dicho* (*Jo.* 18, 20 *et* 21,); y así presenta el testimonio de sus mismos enemigos. Mas despues de una respuesta tan justa y tan humilde, levántase de entre aquella turba uno mas insolente, y tratándole de temerario

le da un fuerte bofeton, diciéndole: *¿Así respondes al pontífice?* (*Jo.* 18, 22.) ¡Oh Dios mio! ¿tan humilde y modesta respuesta merecia tanta afrenta? Vélo el indigno pontífice y en vez de reprender á aquel malvado, calla, y con su silencio aprueba aquella audacia. Jesus, á tal injuria, para que no fuese notado de poco respeto al pontífice, dice: *Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿porqué me hieres?* (*Jo.* 18, 23.) Oh amable Redentor mio! todo lo sufris para pagar los ultragos que con mis pecados tengo hechos á la magestad divina: perdenadme por el mérito de estos mosmos ultrages que sufriste por mi.

¡Buscaban algun falso testimonio contra Jesus, para entregarle á la muerte, y no le hallaron. (*Matth.* 29, 59 *et* 60.) Buscan testigos para condenar á Jesus, pero no los encuentran, por lo cual el pontífice va buscando de nuevo en las palabras

de nuestro mismo Salvador como hallar materia para declararle reo, y por esto le dice : *Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* (*Matth*, 26, 63.) El Señor oyendo que se le conjura en nombre de Dios, confiesa la verdad y responde : *Yo soy*; y un dia me vereis, no así abatido como ahora parezco á vuestros ojos, sino en un trono de magestad, sentado como juez de todos los hombres, y venir con las nubes del cielo. Al oir esto el pontífice, en vez de inclinar su frente hasta la tierra para adorar á su Dios y su juez, se rasga las vestiduras y esclama : *Ha blasfemado : ¿ Qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabais de oir la blasfemia : ¿ qué os parece?* (*Matth*, 26, 65 *et* 66.) Entonces todos los demas sacerdotes respondieron : *Reo es de muerte.* (*Matth.* 26, 66.) ¡ Ah Jesus mio ! la misma sentencia profirió vuestro eterno Padre cuando os ofrecisteis á satisfacer por nues-

tros pecados : Ya que tú, Hijo mio, dijo, quieres satisfacer por los hombres, sé reo de muerte, y así es necesario que mueras.

Entonces le escupieron en la cara, y le maltrataron á puñadas, y otros le dieron bofetadas en el rostro, diciendo : Adivínanos, Cristo, ¿ quien es el que te ha herido? (*Matth.* 26, 67 y 68.) Entonces pusiéronse todos á maltratarle como á un malhechor, ya condenado á muerte y digno de todos los ultrages. El uno le escupe en la cara, el otro le da de puñetazos, el otro le abofetea, y cubriéndole el rostro con un pañuelo, como añade S. Marcos: *Y comenzaron á escupirle, y cubriéndole la cara...* (*Marc.* 14, 65) Le llaman por escarnio falso profeta; diciéndole : Ya que eres profeta, adivina quien te ha herido. Tantos fueron, dice san Gerónimo, los ludibrios y ultrages que hicieron aquella noche al Señor, que solamente en el dia del juicio podrán saberse todos.

¡ En aquella noche, pues, Jesus mio, no descansasteis, no, un solo momento, sino que fuisteis el objeto de la burla y de los malos tratamientos de aquella soldadesca infame! Oh hombres! ¿ cómo podeis mirar á un Dios tan humillado y ser soberbios? como ver á vuestro Redentor, que tanto por vosotros padece, y no amarle? ¡ Oh Dios! ¿ cómo el que cree y considera los dolores é ignominias, que segun el sagrado Evangelio, sufrió Jesus por nuestro amor, puede vivir sin abrasarse en amor hácia un Dios tan benéfico y de nosotros tan amante?

Aumenta el dolor de Jesus con el pecado de Pedro, que le niega, y vuelve á negar, y jura no haberle nunca conocido. Vete, alma mia, vete á encontrar en aquella cárcel á tu adolorido, escarnecido y abandonado Jesus y Señor, y dale gracias y consuélale con tu arrepentimiento, ya que un dia te juntaste

tambien con sus enemigos para despreciarle y negarle. Dile que quisieras morir de dolor, pensando que llenaste de amargura su dulcísimo corazon, que tanto te ha amado. Dile que ahora le amas, y nada mas deseas sino padecer y morir por su amor. ¡ Oh Jesus mio! olvidad los disgustos que os he dado, y arrojad sobre mí una mirada de amor como la arrojasteis á Pedro despues de haberos negado; por la cual el llanto de su arrepentimiento duró tanto como su vida.

¡ Oh Hijo eterno de Dios! oh amor infinito, que padecíste por aquellos mismos hombres que te odian y maltratan! tú eres la gloria del paraiso : demasiado honor habrias hecho á los hombres dignándote admitirlos á besar tus pies. Mas ¡ oh Dios! ¿ quien os ha reducido á estado tan ignominioso, á ser el juguete de la gente mas soez del mundo? Decidme, Jesus mio, ¿ qué puedo hacer yo para resarciros el honor

que estos os roban con sus ultrages? Ya oigo que me respondeis : Sufre los desprecios por amor mio, como los he sufrido yo por tí. Sí, mi Redentor, obedeceros quiero. Jesus mio, despreciado por mí, me contento y deseo ser despreciado por vos cuanto os plazca.

CAPITULO VIII.

—

JESUS ES CONDUCIDO A PILATOS, DE ALLI A HERODES Y DESPUES POSPUESTO A BARRABAS.

Y venida la mañana, entraron en consejo.... contra Jesus, para entregarle á la muerte. Y lo llevaron atado, y lo entregaron al presidente Poncio Pilato. (*Matt.* 27, v. 1 y 2.) Al amanecer los príncipes de los sacerdotes le declararon de nuevo reo de muerte, conduciéndole despues á Pilatos, para que le condenase á morir crucificado. Pilatos, despues de haber hecho á los Judios muchas preguntas, así como á nuestro Salvador, conoció que Jesus era inocente; que las acusaciones eran otras tan-

tas calumnias, por lo que salió fuera, diciendo á los Judios: *Yo no hallo en él ninguna causa.* (*Jo.* 18, 38.) Mas viendo despues á los Judíos tan empeñados en quererle muerto, y oyendo decir á Jesus que era Galileo, para salir del apuro, *lo remitió á Herodes.* (*Luc.*23, 7.) Tuvo Herodes mucha alegría de ver conducido á Jesucristo á su presencia, esperando ver alguno de tantos prodigios como le habian referido que el Señor hacia; y así empezó á hacerle muchas preguntas; pero Jesus no respondió palabra, increpando con su silencio la vana curiosidad de aquel temerario: *Le hizo muchas preguntas; mas él nada le respondia.* (*Luc.* 23, 9.) ¡ Infeliz del alma á la cual ya no habla el Señor! Así lo merecia yo, Jesus mio, despues que vos me habeis llamado tantas veces á vuestro amor con tantas voces de piedad, y yo he cerrado los oidos: bien merecia que no me hubieseis hablado mas, y que me hubierais dejado en

abandono. Pero no, mi querido Redentor, habed piedad de mí y habladme: decid lo que quereis de mí, que en todo quiero obedeceros y contentaros.

Mas viendo Herodes que Jesus no le respondia, se irritó contra él, y tratándole de loco le mandó vestir por burla con una ropa blanca, despreciándole, así como toda su corte; y cargado de desprecios le mandó conducir otra vez á Pilatos. (*Luc.* 33, 2.) Heos aquí á Jesus vestido con aquella ropa de burla y conducido de nuevo por las calles de Jerusalen. ¡ Oh despreciado Salvador mio! esta nueva injuria os faltaba, de ser tratado como loco ! ¡ Oh cristianos, contemplad como trata el mundo á la eterna sabiduría ¡ Dichoso el que se complace en que el mundo le tenga por necio y no quiere saber otra cosa que Jesus crucificado, amando las penas y los desprecios y diciendo con san Pablo : *Yo no he creido saber algo entre*

vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado. (1.*Cor.* 2, 2.)

Tenia el pueblo Hebreo el derecho de pedir al presidente romano la libertad de un reo en la fiesta de Pascua, por cuyo motivo Pilatos propuso á los Judíos á Jesus y á Barrabás, diciendo : *¿ A cual de los dos quereis que os entregue libre? á Barrabás ó á Jesus!* (*Matth.* 27, 17.) Esperaba Pilatos que el pueblo preferiria indudablemente Jesus á Barrabás, hombre malvado, homicida y ladron público, aborrecido de todos. Mas el pueblo instigado por los gefes de la Sinagoga, sin vacilar un momento, pidieron la libertad de Barrabás : *Y dijeron ellos : á Barrabás.* (*Ibid.*) Sorprendido Pilatos, é indignado al mismo tiempo de ver un inocente pospuesto á un bandido infame, dice : *¿ Pues qué haré de Jesus? responden todos : Sea crucificado.* Replica Pilatos : *¿ Pues qué mal ha hecho? Y ellos levantaban mas el grito, diciendo : Sea*

crucificado. (*Matth.* 27, 22 y 23.) Así he obrado yo, Dios mio, cada vez que he delinquido : se me proponia entonces cual de las dos cosas queria perder, si á vos ó al vil placer ; y yo respondí : Quiero el placer y no me cata de perder á Dios. Así lo decia entonces, Señor mio ; mas ahora digo que prefiero vuestra gracia á todos los placeres y tesoros del mundo. ¡ Oh bien infinito, oh Jesus mio, os amo sobre todos los bienes; á vos solo quiero y nada mas!

Así como fueron presentados al pueblo Jesus y Barrabás, así se propuso al eterno Padre á quien queria salvo, á su Hijo ó al pecador. Y el eterno Padre respondió : Muera mi Hijo y sálvese el pecador. Así lo atestigua el Apóstol : *El que... á su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros.* (*Rom.* 8, 32.) Sí, hasta tal punto, dice el mismo Salvador, ha amado Dios al mundo que para salvarlo ha entregado

á los tormentos y á la muerte su unigénito Hijo. (*Jo.* 3, 16.) Y así esclama la Iglesia : ¡Oh admirable dignacion de vuestra misericordia, oh Dios mio! ¡Oh fineza inapreciable de amor! ¡Para libertar al esclavo habeis condenado al Hijo! ¡Oh fé santa! ¡Un hombre que esto cree, ¡cómo puede dejar de ser todo fuego para amar á un Dios tan amante de los hombres! ¡Oh quien tuviese siempre delante de los ojos esta suprema caridad de Dios!

CAPITULO IX.

—

JESUS ES AZOTADO EN LA COLUMNA.

Pilatos pues tomó entonces á Jesus, y azotóle. (*Jo.* 19, 1.) Viendo pues Pilatos que para librarse de condenar á aquel inocente, como pretendian los Judíos no le habian salido bien los dos medios que habia tomado, ni de conducirle á Hérodes ni de proponerle en parangon con Barrabás, tomó otra medida : darle algun castigo para libertarle despues. Así que, llama á los Judíos y les dice : *Me habeis presentado este hombre... y ved que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en este hombre culpa alguna, ni Herodes tampoco... Y así le soltaré despues*

de haberlo castigado. (*Luc.* 33, 14 y 15.) ¡Qué injusticia, Dios mio! le declara inocente y despues le manda castigar¡ Oh Jesus mio! vos sois inocente, pero yo culpado; y por tanto ya que quereis satisfacer por mí á la divina justicia, no es injusto, nó, sino justo que seais castigado.

Mas, ¿cual es el castigo á que tú, Pilatos, condenas este inocente? ¿Le condenas á los azotes? ¿Y á un inocente destinas una pena tan cruel y tan afrentosa? pues así se hizo : *Pilatos... tomó entonces á Jesus y azotóle.* (*Jo.* 19, 1.) Mira, pues, ahora, alma mia, como despues de dada esta órden inicua, atan los verdugos con furia al manso cordero, le conducen con gritería y algazara al pretorio y le atan á la columna. ¿Y qué hace Jesus? Humilde y sumiso hasta el estremo, acepta por nuestros pecados aquel tormento de tanto dolor y tanto vituperio. Ved como ya toman en

sus manos los azotes y dada la señal alzan los brazos y empiezan por todas partes á herir aquella carne sacrosanta. Oh verdugos, vosotros errais! no es este el reo, yo soy quien merezco estos azotes.

Aquel cuerpo virginal apareció primero lívido, empezó despues á manar sangre por todas partes. ¡Ay de mí! que despues de haberle todo desgarrado los verdugos vuelven sin piedad á golpearle sobre las mismas heridas, añadiendo dolor á dolor. ¡Oh alma mia! ¿serás tú aun de aquellas que miran con indiferencia á un Dios azotado? Párate á considerar el dolor y aun mas el amor con que tu dulce Jesus padece por tí tan atroz tormento. No hay duda que entonces Jesus, en medio de sus azotes, pensaba en tí. Oh Dios! si no hubiese sufrido mas que un solo golpe por tu amor deberias arder en amor hácia él, diciendo. ¡Un Dios se digna ser herido por mí! Pero nó, él

por tus pecados sufrió que le fuese desgarrada toda la carne, como ya lo predijo Isaias : *Mas él fué llagado por nuestras iniquidades.* (53, 5.) ¡Ay de mí! dice el mismo Profeta, el mas bello entre los hijos de los hombres ya no es mas bello : *No hay buen parecer en él, ni hermosura; y le vimos, y no era de mirar* (53, 2.); de tal manera le han desfigurado los azotes que ya no se conoce : *Y como escondido su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él.* (*Ibid.* 53, 3.) A tan miserable estado se halla reducido que aparece como un leproso cubierto de llagas de pies á cabeza; así le quiere Dios maltratado y humillado : *Y nosotros le reputamos como leproso, y herido de Dios y humillado.* (*Ibid.* 53, 4.) ¿Y esto, porqué? Porque este amante Redentor quiere sufrir las penas que á nosotros tocaban : *En verdad, tomó sobre sí nuestras enfermedades, y él cargó con nuestros dolores.* (*Ibid.*)

Bendita sea eternamente vuestra piedad, ¡oh Jesus mio! que quisiste ser tan atormentado para libertarme de los tormentos eternos. ¡Ah! pobre y desdichado de aquel que no os ama, ¡oh Dios de amor!

Y en tanto que aquellos verdugos tan cruelmente le azotaban, ¿qué hacia nuestro amable Salvador? No habla, no se lamenta, no suspira, sino que paciente lo ofrece todo á Dios para aplacarle con nosotros: *Como cordero mudo delante del que le trasquila, así él no abrió su boca.* (*Act.* 8, 32.) ¡Oh Jesus mio! inocente cordero, estos bárbaros os arrancan hasta la piel y la carne. He aquí el bautismo de sangre que vos tanto habiais deseado en el decurso de vuestra vida, cuando deciais: *Con bautismo es menester que yo sea bautizado*; y *¡cómo me angustio, hasta que se cumpla!* (*Luc.* 12, 50.) ¡Ah alma mia! corre á lavarte en aquella sangre preciosa que baña aquel afor-

tunado suelo. ¿Y cómo puedo, dulce Salvador mio, dudar ya mas de vuestro amor, viéndoos por mí todo llagado y desgarrado? Ya conozco que toda vuestra llaga es un testimonio harto evidente del afecto que me teneis; y siento que toda vuestra herida me está clamando amor. Bastaba una sola gota de vuestra sangre para salvarme; pero vos quisisteis dármela toda sin reserva, para que yo sin reserva me dé á vos. Sí, Jesus mio, todo sin reserva me doy á vos: acogedme y ayudadme á seros fiel.

CAPITULO X.

—

JESUS ES CORONADO DE ESPINAS Y TRATADO DE REY DE BURLA.

Entonces los soldados del presidente tomando á Jesus para llevarle al pretorio, hicieron formar al rededor de él toda la cohorte; y desnudándole, le vistieron un manto de grana; y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y una caña en su mano derecha. (*Matth.* 27, 27 *ad* 29.) Vamos á considerar otros tormentos no menos bárbaros que aquellos sayones añaden al atormentado Jesus. Unidos todos los de la cohorte ponen sobre sus espaldas una clámide de color de púrpura, que era una vieja capa

corta con que se vestian los soldados, en señal de la púrpura regia; colocan en sus manos una caña por cetro y una haz de espinas por corona, que ponen sobre su cabeza á guisa de celada que cubria todas sus sienes. Y como las espinas con la simple presion de sus manos no penetraban bastante fondo, ni le atravesaban la cabeza, ya tan adolorida por los azotes, toman la caña, y al mismo tiempo que le escupen en el rostro, le introducen con todas sus fuerzas aquella cruel corona: Y *escupiéndole, tomaron una caña y le herian en la cabeza.* (*Matth.* 27, 30.)

¡Oh espinas, oh ingratas criaturas! ¿qué haceis! ¿Así atormentais á vuestro Criador? Mas á qué inculpar las espinas? ¡Oh inicuos pensamientos de los hombres! vosotros fuisteis los que penetrasteis en la cabeza de mi Redentor. Sí, Jesus mio, nosotros con nuestras perversas inclinaciones hemos forjado la

corona de vuestras espinas. Yo las detesto, pues, y las aborrezco mas que la muerte, y que ningun otro mal. Y á vosotros me dirijo de nuevo humildemente, oh espinas consagradas con la sangre del Hijo de Dios! ¡Ah! traspasad esta mi alma, volvedla siempre adolorida por haber ofendido á un Dios tan bondadoso. Y vos, Jesus, amor mio, ya que tanto padecisteis por mí, desasidme de las criaturas y de mí mismo, para que pueda decir con verdad que no soy mio sino de vos y todo vuestro.

¡Oh afligido Salvador mio, oh rey del mundo, á qué punto os veo reducido! á servir de rey de escarnio y de dolor! á ser el juguete y la mofa de toda Jerusalen! Corre á raudales la sangre de la cabeza traspasada del Señor sobre el rostro y sobre el pecho. Admiro, Jesus mio, la crueldad de esos bárbaros, que no contentos con haberos casi desgarrado de pies á cabeza, os

atormentan de nuevo con nuevos insultos y desprecios; pero mas admiro vuestra mansedumbre y vuestro amor mientras que todo lo sufris y aceptais por nosotros con tanta paciencia: *El que cuando le maldecian, padeciendo no maldecia: no amenazaba: mas se entregaba á aquel que le juzgaba injustamente.* (1. *Petr.* 2, 23.) Cumplirse debia lo predicho por el profeta, que nuestro Salvador habia de ser saciado de dolores y de ignominia: *Dará la mejilla al que le hiriere, será harto de oprobios.* (*Jerem. Thren*, c. 3, *v.* 30.)

¿ Y vosotros, soldados, no estais saciados todavía? *y doblando ante él la rodilla, lo escarnecian, diciendo: Dios te salve, Rey de los Judíos.* (*Matth.* 27, 29.) *San Juan dice* (19, 3.): *Y venian á él y decian: Dios te salve, rey de los Judíos: y le daban de bofetadas.* ¡ Oh Dios! aquella sagrada cabeza de Jesus, tan intensamente adolorida por las espinas que la

penetraban, sentia á cada momento un dolor mortal; y todo golpe ó percusion le servia de un tormento insoportable. Reconócele á lo menos, alma mia, por el soberano señor de todo lo criado, como verdaderamento lo es; y como á rey de dolor y de amor, muéstrate reconocida y ámale, ya que tanto padeció para ser de tí amado.

CAPITULO XI.

—

PILATOS MUESTRA JESUS AL PUEBLO, DICIENDO: *Ecce Homo.*

Pilatos... salió otra vez fuera, y les dijo... Ecce Homo; *ved aquí el hombre.* (*Jo.* 19, 4 *et* 5.) Habiendo sido Jesus llevado de nuevo á Pilatos, despues de su flagelacion y coronacion de espinas, le miró este y observó tan herido y desfigurado que creyó mover á compasion al pueblo tan solo con presentarle á su vista. Por lo cual le hizo salir fuera en un balcon, y señalando á nuestro afligido Salvador, dijo á la multitud: *Ecce Homo.* Como si dijera: Judíos contentaos con lo que ha padecido hasta ahora este infeliz inocente:

Ecce Homo, ved ahí el hombre de quien temiais que queria hacerse vuestro rey; vedle ahí, miradle á qué estado se halla reducido. ¿Qué temor puede inspiraros ahora estando casi para espirar? Dejadle que vaya á morir en su casa en los pocos momentos que pueden quedarle de vida.

Y salió Jesus llevando una corona de espinas, y un manto de púrpura. (*Jo.* 19, 5.) Mira ahora tú, alma mia, en aquel balcon á tu Señor, llagado y arrastrado por un verdugo: contémplale medio desnudo, cubierto solo de llagas y de sangre, desgarradas las carnes, con aquel pedazo de púrpura que le sirve solo de escarnio, y con la corona de dolor que le está atormentando. Mira á qué estado se vé reducido tu pastor para recobrar la oveja perdida. ¡Ah Jesus mio! por cuantas escenas de burla os hacen pasar los hombres, y todas de dolor y de vituperio! Compasion haceis, dulce

Redentor mio, hasta á las mismas fieras, y con todo nadie de vos se compadece. Oigo ya los pontífices, los ministros y la multitud que responden: *Crucifícale, crucifícale.* Mas ¿qué dirán estos, ¡oh Señor! en el dia postrer del mundo cuando os verán sentado como juez en un trono de luz y de gloria? Mas ay de mí, Jesus mio! que yo tambien clamé algun dia: *Crucifícale, crucifícale,* cuando os ofendia con mis pecados. Mas ahora me duelo de ellos sobre todos los males y os amo sobre todos los bienes, ¡oh Dios de mi alma! Perdonadme por los méritos de vuestra pasion, y haced que en aquel dia os vea aplacado y no airado contra mí.

Pilatos desde el balcon mostrando Jesus á los Hebreos dice: *Ecce Homo*: mas al mismo tiempo el eterno Padre nos invita desde el cielo á que contemplemos á Jesucristo en aquel estado, y nos dice tambien: *Ecce Homo.* Oh hombres! este hom-

bre que veis tan atormentado y envilecido es mi hijo amado, que por vuestro amor y para satisfacer vuestros pecados tanto padece: miradle, agradecédselo y amadle. Dios y padre mio, vos me invitais á que mire á este vuestro hijo, mas yo os ruego que le mireis vos tambien por mí: miradle, y por amor de este hijo habed piedad de mí.

Viendo los Judíos que Pilatos, á pesar de todos sus clamores, procuraba todavía libertar á Jesus, pensaron en obligarle á condenar al Salvador, diciéndole, que si tal no hacia se declaraba enemigo del César: *Si á este sueltas no eres amigo del César; porque todo aquel que se hace rey contradice á César.* (*Jo.* 19, 12.) Y les salió bien por su desgracia esta tentativa, pues al oir esto Pilatos temió perder la gracia del César; y llevándose á Jesucristo fue á sentarse en su tribunal para dar la sentencia de condenacion. Mas atormentado todavía por

el remordimiento de la conciencia, sabiendo que condenaba á un inocente, se dirigió otra vez á los Judios y *les dice: Ved aquí vuestro rey*; y replicaron los Judios con mas fuerza que antes: Eh, Pilatos! ¿es ese nuestro rey? todavía nos le muestras? *quita, quita, crucifícale.* (*Jo.* 19, 14 *et* 15.) Quítale de nuestros ojos y que muera crucificado. ¡Ah Señor mio, verbo encarnado! vos venisteis del cielo á la tierra para conversar con los hombres y para salvarlos; y estos no pueden sufrir vuestra presencia y se afanan para haceros morir y no veros mas!

Resiste aun Pilatos, y replica: ¿ *A vuestro rey he de crucificar* ? *Respondieron los pontífices: no tenemos rey sino á César.* (*Jo.* 19, 15.) ¡Oh adorable Jesus mio! los Judíos no quieren reconoceros por Señor suyo y dicen no tener otro rey que el César; yo os confieso por mi rey y por mi Dios, y os protesto que no quiero tener otro rey de mi corazon

sino vos, Redentor mio. Miserable de mí, tiempo hubo en que tambien me dejé dominar por mis pasiones y os arrojé tambien de mi alma, oh rey divino! ahora quiero que solo vos reineis en ella; mandad y os obedecerá. Os diré con santa Teresa: « ¡Oh amante que me amais mas de lo que yo puedo comprender! haced que mi alma os sirva mas á vuestro gusto que al mio. Muera en mí este yo, y viva en mí otro que yo. Viva él y deme la vida. Reine él y sea yo esclava, pues mi alma no desea otra libertad. » Feliz aquel alma que en verdad puede decir: vos sois mi único rey, mi único bien y único amor.

CAPITULO XII.

—

JESUS ES CONDENADO POR PILATOS.

Y entonces se lo entregó para que fuese crucificado. (*Jo.* 19, 16.) Por último Pilatos, despues de haber declarado tantas veces la inocencia de Jesus, la declara ahora de nuevo, lavándose las manos delante del pueblo y diciendo: *Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veais vosotros.* (*Matth.* 27, 24.) Y despues de esta ceremonia da la sentencia y le condena á muerte. ¡Oh injusticia nunca vista en el mundo! ¡El juez cendena al acusado al tiempo mismo que le decla-

ra inocente! Escribe san Lucas que Pilatos puso á Jesus en manos de los Judíos para que hiciesen de él á su voluntad. (23, 25.) Así se obra con un inocente: se abandona al poder de sus enemigos para que le hagan morir como les plazca. ¡ Infelices Judíos! vosotros dijisteis entonces: *Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre.* (*Matth.* 27, 25.) Vosotros echasteis sobre vuestras cabezas las imprecaciones, y estas imprecaciones se cumplieron; vuestra nacion lleva y llevará sobre sí el castigo de aquella sangre inocente hasta la fin del mundo.

Léese la injusta sentencia do muerte delante del condenado Señor: escúchala este resignado enteramente al justo decreto de su eterno Padre, que le condena á la cruz: lo acepta humildemente, no ya por los delitos que falsamente le imputaban los Judíos, sino por nuestras verdaderas culpas, que él se habia ofrecido á satisfacer con

su muerte. Pilatos dice en la tierra: Muera Jesus. Y el eterno Padre lo confirma en el cielo, diciendo: Muera mi Hijo. Y el mismo hijo dice: Aquí estoy, obedezco, acepto la muerte y muerte de cruz. *Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* (*Philip.* 2, 8.) Amado Redentor mio, vos aceptais la muerte que yo merezco y con vuestra muerte me alcanzais la vida; gracias os doy por ello, amor mio, y espero venir á ensalzar en el cielo para siempre vuestra misericordia. Mas ya que vos siendo inocente aceptais la muerte de cruz, yo, siendo pecador, acepto gustoso, la muerte que querais destinarme, y la acepto con todas aquellas penas que la acompañan y desde ahora la ofrezco á vuestro eterno Padre, uniéndola con vuestra santa muerte. Si vos moristeis por mi amor, yo quiero morir por amor vuestro. ¡Ah! por los méritos de vuestra amarguísima muerte, concededme, Jesus

mio, la dicha de morir en vuestra gracia y ardiendo en vuestro santo amor.

CAPITULO XIII.

—

JESUS LLEVA LA CRUZ HASTA EL CALVARIO.

Y despues que lo escarnecieron, le desnudaron del manto, y le vistieron sus ropas, y lo llevaron á crucificar. (*Matth.* 27, 31.) Publicada ya la sentencia, el desdichado pueblo alza un grito de júbilo y dice: bravo! bravo! condenado está Jesus, no perdamos tiempo: aparéjese la cruz y muera antes de mañana, que es la pascua. Y agarrándole al momento, le quitan de las espaldas aquel pedazo de púrpura, vuélvenle á poner su propio vestido, para que (segun dice san Ambrosio) le reconociese el pueblo por aquel mismo

embaucador (como le llamaban que dias antes habian recibido como el Mesías. Toman dos troncos gruesos y forman de ellos la cruz, condenándole con insolencia á llevarla sobre sus delicadas espaldas hasta el lugar del suplicio. ¡Oh Dios! qué barbarie! Cargar con tan enorme peso á un hombre tan atormentado y debilitado de fuerzas! *Y llevando su cruz acuestas, salió para aquel lugar que se llama Calvario.* (*Jo.* 19, 17.) Jesus abraza la cruz con amor: sale la justicia con los condenados, entre los cuales va tambien nuestro Salvador cargado con el mismo altar sobre el cual ha de sacrificar su vida. Muy bien observa un devoto autor que en la pasion de Jesus todo fué asombro y esceso, como ya lo habian dicho Moises y Elías conversando sobre el monte Tabor. ¿Quien nunca hubiera creido que el espectáculo de Jesus cubierto de llagas y de sangre de pies á cabeza, no hiciese sino irritar mas y mas la rabia

de los Judíos y el deseo de verle crucificado? ¿Qué tirano ha hecho llevar al mismo reo el patíbulo sobre sus hombros despues de estar desfallecido por las fatigas y los tormentos? Horroriza el considerar el conjunto de ultrajes y de escarnios que hicieron sufrir á Jesus en menos de doce horas, desde la prision hasta la muerte, unos tras otros sin interrupcion: ataduras, bofetadas, salivas, burlas, azotes, espinas, clavos, agonía y muerte. Todos se habian mancomunado, Judíos y gentiles sacerdotes y seculares, para hacer de Jesucristo, como lo habia predicho Isaias, el hombre de desprecios y de dolores. Vemos que el juez mismo defiende al Salvador como inocente; pero esta defensa no sirve sino para acrecentar sobre él mayores tormentos y baldones, pues si desde un principio Pilatos le hubiese condenado á muerte, no hubiera sido Jesus pospuesto á Barrabás, ni tratado de loco ni tan cruel-

mente azotado, ni coronado de espinas.

Mas volvamos á considerar el admirable espectáculo de ver un hijo de Dios que va á morir por aquellos mismos hombres que le conducen á la muerte, cumpliéndose con esto la profecía de Jeremías: y *como cordero manso que es llevado al matadero.* (11, 19.) ¡Oh ingrata ciudad! ¿así arrojas de tí á tu Redentor despues de tantas gracias como te ha hecho? ¡Oh Dios! lo mismo hace una alma que despues de haber sido favorecida de Dios con muchos dones, ingrata, la arroja de sí por el pecado.

Inspiraba tanta compasion Jesus en este camino del Calvario, que *le seguia una grande multitud de pueblo y de mugeres, las cuales le plañian y lloraban de tanta crueldad.* (*Luc.* 24, 27.) Mas volviéndose hácia ellas el Redentor les dijo: ¡Ah no lloreis sobre mí sino sobre vuestros hijos: *Porque si en el árbol*

verde hacen esto, ¿en el seco qué se hará? (*Ibid.* 31.) Y con esto quiere significar el grande castigo que merecen nuestros pecados, pues si él siendo inocente é hijo de Dios, solamente por haberse ofrecido á satisfacerlos por nosotros, era tan mal tratado, ¿cómo deberán ser tratados los hombres por los pecados propios?

Contémplale tú ahora, alma mia, mira cuál va, desgarrado el cuerpo, coronado de espinas, cargado con aquel pesado leño, y acompañado de gente toda enemiga que le acompaña, llenándole de injurias y de maldiciones. ¡Oh Dios! tan llagado está todo su sacrosanto cuerpo, que á cada movimiento que hace, se renueva el dolor de todas las heridas. La cruz le atormenta ya antes de tiempo, pues oprime sus llagadas espaldas, y sirve de martillo cruel á las espinas de aquella bárbara corona. ¡Ay de mí! ¡cuántos dolores á cada paso que da! Pero Jesus no

la deja, no la abandona, pues por medio de la cruz quiere reinar en el corazon de los hombres, como predijo Isaias : *El principado ha sido puesto sobre su hombro.* (9, 6.) ¡ Ah, Jesus mio ! cuan inflamado de amor hácia mí os vais acercando al Calvario en este doloroso tránsito, para consumar allí el grande sacrificio de vuestra vida !

Abraza tú, ahora, alma mia, la cruz que te toca por amor de aquel Jesus que tanto por tí padece. Mira como va delante con su cruz, invitándote á ti á que le sigas con la tuya : *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y tome su cruz y sígame.* (*Matth.* 16, 24.) Sí, Jesus mio, no quiero dejaros : seguiros quiero hasta la muerte : mas vos, por los méritos de este doloroso viaje, dadme fuerzas para llevar con paciencia las cruces que os digneis enviarme. ¡ Ah ! vos nos habeis hecho amables los dolores y los desprecios, abrazándolos por

nosotros con tanto amor. *Hallaron un hombre de Cirene, por nombre Simon : á este obligaron á que cargase con la cruz de Jesus.* (*Matth.* 27, 32.) ¿Fué efecto de compasion el ayudar á Jesus en el peso de la carga que llevaba, haciéndola llevar por el Cireneo? Nó, ódio fué, fué iniquidad. Viendo los Judíos que el Señor estaba casi para espirar á cada paso que daba, temieron que antes de llegar al Calvario no les quedase muerto por el camino. Y ellos querian no solamente verle muerto, sino muerto clavado en cruz, para que así quedase para siempre infamada su memoria, pues el morir crucificado equivalia á llevar sobre sí la maldicion de todos : *Maldito es de Dios el que es colgado en un madero.* (*Deut.* 21, 23.) Por esto, cuando pedian la muerte de Jesus, no solo decian á Pilatos : hazle morir, sino que insistian siempre clamando : *Crucifícale, crucifícale;* para que su nombre quedase tan infamado

en aquel país, que no se pronunciase mas, segun habia predicho Jeremías : *Borrémosle de la tierra de los vivientes y no haya mas memoria de su nombre.* (11, 19.) Y á este fin le quitaron la cruz de sus espaldas para que llegase vivo al Calvario, y así se cumpliese su deseo de verle muerto, crucificado y lleno de oprobio. ¡ Ah Jesus mio, despreciado ! vos sois mi esperanza, y todo mi amor.

CAPITULO XIV.

—

JESUS ES CRUCIFICADO.

Le dieron á beber vino mezclado con hiel; y habiéndolo probado, no lo quiso beber. (*Matth.* 27, 34.) Apenas llegó Jesus al Calvario, débil y abatido, le dieron á beber vino mezclado con hiel, bebida que era costumbre dar á los condenados á la cruz, para hacerles menos acerbo el sentimiento del dolor. Pero Jesus, que queria morir sin alivio, al gustarla no quiso beber. En seguida se formó un círculo de gente al rededor de Jesus, los soldados le quitaron sus vestidos, que como estaban pegados con aquel cuerpo, herido todo y dilacerado, al arrancárselos

hicieron seguir consigo pedazos do carne. Estiéndenle despues sobre la cruz : Jesus alarga sus sagradas manos y ofrece al eterno Padre el grande sacrificio de sí mismo, rogándole que se digne aceptarlo por nuestra salud.

Toman ya con furia los clavos y martillos, y traspasando las manos y los pies de nuestro Salvador, le clavan en la cruz. El ruido de los martillazos resuena por aquella montaña y se hace sentir. hasta de María, que iba siguiendo no lejos de su Hijo. ¡Oh manos sagradas! que tantos enfermos sanasteis con vuestro contacto; ¿porqué os clavan ahora en esta cruz? ¡Oh pies sacrosantos! que tantas veces os fatigasteis para ir tras las ovejas perdidas, ¿porqué os traspasan ahora con tanto dolor? Cuando en el cuerpo humano se hiere un solo nervio resulta de la herida un agudísimo dolor que se convierte en espasmódico tormento. ¿Cual seria, pues,

el dolor de Jesus al traspasarle con gruesos garfios las manos y los pies, miembros llenos de huesos y de nervios? ¡Oh dulce Jesus mio, cuanto os costó mi salud y el deseo de conseguir el amor de mí, gusano miserable! ¡Y yo, tantas veces ingrato, os he negado mi amor y os he vuelto las espaldas!

Levántase por fin la cruz en alto con el crucificado, y se hace caer con violencia en el agujero abierto en la peña para sostener aquella: asegúrase despues con piedras y maderos, y queda Jesus traspasado en ella entre dos ladrones, como habia predicho ya Isaias: *Y con los malvados fué contado.* (53, 12.) Fijo estaba sobre la cruz el rótulo en que se leia esta inscripcion: *Jesus Nazareno, rey de los Judíos.* Querian los sacerdotes que se mudase este título, pero Pilatos se resistió, porque queria Dios que todos supiesen que los Hebreos hacian morir á su verdadero rey y Mesías, tanto tiempo por ellos esperado y suspirado.

¡Jesus en la cruz! Ved ahí la prueba del amor de un Dios. Este es el último acto que representa sobre la tierra el Verbo encarnado. El primero fué en un establo: este último es en una cruz: uno y otro demuestran el amor y la caridad inmensa que tiene á los hombres. Contemplando un dia san Francisco de Paula el amor de Jesucristo en su muerte, arrebatado en éstasis y elevado sobre la tierra, esclamó por tres veces en alta voz: *¡Oh Dios, caridad! ¡oh Dios, caridad!* queriendo con esto el Señor hacernos entender por el órgano de su santo, que jamás seremos capaces de comprender el infinito amor que este Dios nos ha demostrado, queriendo padecer y morir por nosotros. Acércate, alma mia, humillada y enternecida á esta sagrada cruz; besa este altar en donde muere tu amante Señor. Ponte debajo sus pies, y haciendo que caiga sobre tí alguna gota de aquella sangre divina, ruega al eterno Pa-

dre y dile, mas en otro sentido de aquel en que lo decian los Judíos: *Señor, caiga esta sangre sobre nosotros* (*Matth.* 27, 25.) y lávenos de nuestros pecados; esta sangre no os pide venganza, como pedia la sangre de Abel, sino que os clama para nosotros piedad y perdon. A esta esperanza nos convida vuestro Apóstol cuando dice: *Y á Jesus medianero del nuevo Testamento, y á la aspersion de la sangre, que habla mejor que la de Abel.* (*Heb.* 12, 24.)

¡Oh Dios y cuanto padece sobre la cruz nuestro moribundo Salvador! cada miembro sufre sus dolores, sin que el uno pueda socorrer al otro, mientras que las manos y los pies están enclavados. ¡Ay de mí! que á cada momento sufre dolores de muerte, por manera que puede decirse que en aquellas tres horas de agonía sufrió Jesus tantas muertes cuantos fueron los momentos de estar en cruz. Sobre aquel lecho de dolor no tuvo el afligido

Señor un solo momento de alivio ni de reposo : ora se apoyaba sobre los pies, ora sobre las manos; mas donde se apoyaba crecia el dolor. En suma aquel sacrosanto cuerpo estaba suspendido sobre sus mismas llagas, de modo que las manos y los pies taladrados debian sostener el peso de todo el cuerpo.

¡ Oh mi amado Redentor ! si os miro por defuera no veo mas que llagas y sangre; si os observo en el interior veo vuestro corazon acibarado de afliccion y desconsuelo. Leo sobre esta cruz que vos sois rey, ¿pero qué insignia me presentais de rey? No veo otro trono que este leño de oprobio : no veo otra púrpura que vuestra carne sanguinosa y desgarrada; ni otra corona que este manojo de espinas que tanto os ha atormentado. ¡ Ah ! todo os declara por rey, pero no rey de gloria, sino rey de amor : esta cruz y esta sangre, estos clavos y esta corona, son todas insignias de amor.

Jesus desde la cruz no tanto exige de nosotros la compasion como el afecto; y si clama la compasion la quiere solo para que nos induzca á amarle. Si por su bondad mereció ya todo nuestro amor, ahora parece que á lo menos por compasion busca de nosotros el ser amado. ¡Ah Jesus mio, razon teniais para decir antes del tiempo de vuestra pasion, que levantado sobre la cruz os atraeriais todos los corazones: *Alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo.* (*Jo.* 12, 32.) ¡Oh cuantas saetas de fuego divino arrojais á nuestros corazones desde ese trono de amor! ¡Oh cuantas almas felices habeis atraido á vos desde esa cruz librándolas de las garras del infierno! Dadme, pues, permiso para deciros con mucha razon: Señor, os han colocado para morir en medio de dos ladrones, mientras vos con vuestro amor habeis santamente arrebatado á Lucifer tantas almas que por justicia le pertene-

cian á causa de sus pecados. Una de estas espero ser yo. ¡Oh llagas de mi Jesus, oh bellas hogueras de mi amor! recibidme para arder en vuestras llamas, no ya por el fuego del infierno que tengo merecido, sino por el santo incendio de amor que hizo á un Dios, agoviado de tormentos, querer morir por mí.

Los verdugos despues de haber crucificado á Jesus se juegan sus vestidos, segun predijo ya David: *Se repartieron mis vestiduras y sobre mi ropa echaron suerte.* (*Ps.* 21, 19.) Y despues se sientan esperando su muerte. Siéntate ahora tú, alma mia, al pie de la cruz, y bajo su sombra de salud reposa toda tu vida para que puedas decir con la esposa de los Cantares: *A la sombra de aquel, á quien yo habia deseado, me senté.* (*Cant.* 2, 3.) ¡Oh qué dulce reposo hay en las almas amantes de Dios, en medio de los disturbios del mundo, de las tentaciones del infierno, y del temor de los juicios divinos á vistas de Jesus crucificado!

Estando Jesus para espirar, con tanto dolor en todos los miembros y con tanta desolacion y amargura de corazon, buscaba quien le consolase. Mas nó, Redentor mio, no hay quien os consuele. ¡ Hubiera á lo menos quien os compadeciese y con llanto acompañase vuestra amarga agonía! pero, ¡ay de mí! á unos oigo que os injurian, á otros que os escarnecen, á otros que os blasfeman. Este dice: *Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.* (*Matth.* 27, 40.) Aquel esclama: *¡ Ah ! el que derribas el templo de Dios... sálvate á tí mismo.* (*Marc.* 15, 30.) Esotro os dirige estas palabras: *A otros salvó y á sí mismo no puede salvar.* (*Matth.* 27, 42.) ¡ Oh Dios, qué condenado hubo jamás que se viera cargado de injurias y de improperios al mismo tiempo en que está muriendo sobre un patíbulo!

CAPITULO XV.

—

PALABRAS DE JESUS EN LA CRUZ.

¿Y qué hace Jesus? ¿qué dice, viendo que se le prodigan tantos ultrages? Ruega por aquellos que le maltratan: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* (*Luc.* 23, 34.) Jesus rogó tambien entonces por nosotros, pecadores miserables; y así, vueltos nosotros hácia el eterno Padre, digámosle con confianza: ¡Oh Padre! escuchad los clamores de este vuestro hijo querido, que os ruega nos perdoneis. Este perdon si bien en cuanto á nosotros es misericordia, porque no le merecemos, mas es justicia con respecto á Jesucristo, que superabundantemente os ha satisfecho por

nuestros pecados. Obligado estais por sus méritos á perdonar y recibir en vuestra gracia al que se arrepiente de las ofensas que os ha hecho. Yo, Padre mio, me arrepiento con todo el corazon de haberos ofendido, y en nombre de este Hijo os suplico el perdon : perdonadme, pues, y recibidme en vuestra gracia.

Señor, acuérdate de mí cuando vinieres á tu reino. (*Luc.* 23, 42,) Así rogó el buen ladron al espirante Jesus, y Jesus le respondió : *En verdad te digo : que hoy serás conmigo en el paraiso.* (*Ib.* 43.) Y cumplióse en esto lo que antes habia dicho Dios por Ezequiel, que cuando el pecador se arrepiente de sus culpas Dios le perdona y olvida las ofensas que de él ha recibido : *Mas si el impío hiciere penitencia..... de todas sus maldades... no me acordaré yo.* (18. 21 *et* 22.) ¡ Oh piedad inmensa, oh bondad infinita de mi Dios! ¿y quien no os amará? Sí, Jesus mio, olvi-

dad las injurias que he cometido contra vos y acordaos de la amarga muerte que sufristeis por mí, y por ella dadme vuestro reino de la otra vida, y en la presente reine sobre mí vuestro santo amor. Domine solo en mi corazon vuestro amor y sea él mi único Señor, mi solo deseo, mi solo afecto. Dichoso ladron que mereciste acompañar humildemente la muerte de Jesus; y feliz de mí, ¡oh Jesus mio! si tengo la suerte de morir amándoos, uniendo mi muerte con vuestra santa muerte.

Estaban junto á la cruz de Jesus su Madre, etc. (*Jo.* 19, 25.) Considera, alma mia, á María al pié de la cruz, que traspasada de dolor y con los ojos fijos en el amado é inocente Hijo, está contemplando sus inmensas penas esteriores é interiores. Resignada se halla enteramente, ofreciendo al Eterno Padre la muerte del Hijo por nuestra salud; pero afligida cruelmente por la compasion y el amor. ¡Oh Dios! ¿quien

no compadeciera á una madre que se hallase junto al patíbulo del hijo; que está muriendo á sus ojos? Pero aqui debe considerarse cual sea esta madre y cual este hijo. María amaba á su hijo inmensamente mas de lo que aman á sus hijos todas las madres: amaba á Jesus, que era á un tiempo su hijo y su Dios: hijo sumamente amable, la misma belleza y santidad; hijo siempre respetuoso y obediente: hijo que tanto la habia amado, y que por sí mismo desde la eternidad se la habia escogido por madre. Y esta misma madre fué la que tuvo que presenciar con sus propios ojos la dolorosa muerte de un tal hijo sobre aquel leño infame! sin poder darle el menor socorro, antes bien aumentando con su presencia la pena del hijo, que así veia padecerla por su amor. ¡Oh María! por el dolor que sufristeis en la muerte de Jesus, habed piedad de mí, encomendadme á vuestro hijo. Oidle como desde la

cruz me recomienda á mí en la persona de Juan : *Muger, he ahí tu hijo.* (*Jo.* 19, 26.)

Y cerca la hora de nona clamó Jesus con grande voz diciendo : Dios mio, Dios mio, ¿ porqué me has desamparado ? (*Matth.* 27, 46.) Jesus agonizante en la cruz, en medio de todos los dolores del cuerpo y de todas las aflicciones del alma (pues la tristeza que le asaltó en el huerto, cuando dijo : *Triste está mi alma hasta la muerte,* leacompañó hasta el último suspiro), va buscando quien le consuele ; mas no le encuentra, como ya habia predicho David : *Y esperé que alguno se entristeciere conmigo, y no lo hubo ; y que alguno me consolare y no lo hallé.* (*Ps.* 69, 20.) Mira á la madre y esta, como es de creer, no le consuela, sino que con su vista le redobla la afliccion. Mira en torno de sí y observa que todos le son enemigos. Y así viéndose privado de todo alivío se dirige al eterno Padre

para buscar consuelo; pero el Padre viéndole cargado de todos los pecados de los hombres, por los cuales pendia de aquella cruz para satisfacer á su divina justicia, el Padre mismo le abandona á una muerte de tormentos. Entonces fué cuando Jesus dió aquel grande grito para espresar la vehemencia de su angustia y dijo: « Dios mio, ¿porqué hasta vos me habeis abandonado? » Por esto la muerte de Jesucristo fué una muerte mas amarga que la de todos los mártires, porque fué una muerte enteramente desolada y sin el menor alivio. Mas si vos, Jesus mio, os ofrecisteis espontáneamente á una muerte tan cruel, ¿porqué os lamentais ahora? ¡Ah! ya os entiendo: os lamentais para darnos á entender la escesiva pena con que moris y para infundirnos valor al mismo tiempo, enseñándonos á confiar y resignarnos cuando nos veamos desolados y privados de la asistencia sensible de la divina justicia.

Este abandono vuestro, ¡oh dulce Redentor mio! me hace esperar que Dios no me abandonará á pesar de haberle sido traidor tantas veces. Oh Jesus mio, ¿cómo pude vivir tanto tiempo sin pensar en vos? Gracias os doy de que no me hayais olvidado. Ruégoos que os acordeis siempre de la desolada muerte que sufristeis por mi amor, para que jamás me olvide de vos y del amor que me habeis mostrado.

Sabiendo el Salvador que estaba consumado su sacrificio, dijo que tenia sed; y los soldados pusieron en su boca una esponja, empapada en vinagre. Debia cumplirse aquella profecía: *Y en mi sed me dieron á beber vinagre.* (*Ps.* 69, 21.) ¡Pero vos, Señor, no os quejais de tantos dolores que os van robando la vida, y os lamentais de la sed! ¡Ah! que la sed de Jesus es muy otra de la que pensamos. La sed que tiene es el deseo de ser amado de las almas por quienes muere. Y vos, Jesus

mio, teneis sed de mí, miserable gusano, ¿y yo no tendré sed de vos, bien infinito? Ah, yo os quiero, os amo y deseo en todo complaceros. Ayudadme, Señor, á desterrar de mi corazon todos los deseos terrenos, y haced que en mí reine solo el deseo de daros gusto y de hacer vuestra voluntad. ¡Oh santa voluntad de Dios! vos que sois la fuente bienaventurada que saciais las almas enamoradas, saciadme tambien, y sed el único blanco de todos mis pensamientos y de todos mis afectos.

CAPITULO XVI.

—

MUERTE DE JESUS.

Mas ya nuestro amable Redentor se acerca al fin de su vida. Alma mia, contempla aquellos ojos que se oscurecen, aquella hermosa faz que va tornando pálida, aquel corazon que palpita ya con lentitud, aquel sagrado cuerpo que se va abandonando á la muerte. *Luego que Jesus tomó el vinagre, dijo: Consumado es.* (*Jo.* 19, 30.) Estando, pues, Jesus, próximo á espirar, pone ante sus ojos todos los padecimientos de su vida, pobreza, sudores, penas é injurias sufridas, y ofreciéndolos de nuevo todos á su eterno Padre, dice: *Todo está con-*

sumado. Consumado se ha ya todo lo que de mí predijeron los profetas, y consumóse enteramente el sacrificio que esperaba Dios para aplacarse con el mundo, y ya la justicia divina queda plenamente satisfecha. *Consumado es*, dice Jesus vuelto á su Padre: *Consumado es*, dice al mismo tiempo, dirigiéndose á nosotros; como si dijera: ¡Oh hombres! he completado todo cuanto podia hacer para salvaros y ganarme vuestro amor; cumplido he por mi parte, haced ahora vosotros la vuestra: amadme, y no rehuseis amar á un Dios que ha llegado á morir por vosotros. ¡Ah, Salvador mio! ojalá pudiera yo tambien en el instante de mi muerte decir á lo menos por lo que me queda de vida, *consumado es;* Señor, he cumplido vuestra voluntad, en todo os he obedecido. Dadme fuerza, Jesus mio, mientras con vuestra ayuda propongo y espero harcerlo todo.

Y Jesus, dando una grande voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. (*Luc.* 23, 46.) Esta fué la última palabra que dijo Jesus desde el leño santo. Viendo que su bendita alma estaba ya cercana á separarse de su desgarrado cuerpo, resignado enteramente al divino querer, con filial confianza, esclamó: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum;* como si dijera: Padre mio, yo no tengo voluntad propia, no quiero ni vivir ni morir; pero si os place que continue padeciendo en esta cruz, pronto estoy; en vuestras manos pongo mi espíritu; haced de mí lo que querais. ¡ Oh si así lo dijeramos tambien nosotros cuando nos hallamos en una cruz, dejándonos en todo guiar por el Señor, segun su beneplácito! Esto, dice san Francisco de Sales, es aquel santo abandono á Dios que constituye nuestra perfeccion. Debemos practicarlo con especialidad en el trance de la muer-

te; mas para hacerlo bien entonces debemos practicarlo á menudo durante la vida. Sí, Jesus mio, en vuestras manos pongo mi vida y mi muerte, á vos me abandono enteramente; ahora, para cuando llegará el fin de mi vida, os recomiendo mi alma: acogedla en vuestras santas llagas, así como vuestro divino Padre acogió vuestro espíritu cuando moristeis en la cruz.

Mas ved que Jesus ya espira. Venid, ángeles del cielo, venid á asistir á la muerte de vuestro Dios. Y vos, oh madre adolorida, oh Maria! acercaos mas á la cruz: levantad vuestros ojos, fijadlos en vuestro hijo y miradle mas atenta, porque está para espirar. Mirad que el Redentor llama ya á la muerte y le da permiso para que descargue sobre él su golpe: Ven, muerte, le dice, cumple con tu deber; quítame la vida y salva á mis queridas ovejas. Y he aquí que tiembla la tierra, se abren los sepulcros, se rasga el velo del

templo. Ved, finalmente, como por la violencia del dolor van faltando fuerzas al moribundo Jesus, falta el calor natural, falta el aliento, dejándose caer sobre el cuerpo, inclina la cabeza en el pecho, abre la boca y espira.

Sal, alma hermosa de mi Salvador, y vuela á abrir para nosotros el paraiso hasta ahora cerrado: vuela á presentarte ante la divina magestad y á alcanzarnos el perdon y la salud.

Vuelta la muchedumbre hácia Jesus por causa de la fuerza con que habia proferido aquellas últimas palabras, le mira con atencion, y en silencio le ve espirar, y observando que ya no se mueve, dicen: Muerto está, ya murió. Y María escucha como todos lo dicen, y ella dice tambien: Ah! mi hijo ya murió!

¡Muerto es! Oh Dios, ¿quien murió? El autor de la vida, el unigénito de Dios, el Señor del mundo. ¡Oh muerte que llenaste de terror el

cielo y la naturaleza! ¡Un Dios morir por sus criaturas! ¡Oh caridad infinita! Un Dios sacrificarse todo, sacrificar sus delicias, su honor, su sangre, su vida, ¿por quien? ¡Por criaturas ingratas; y morir en un mar de dolores y de desprecios para pagar nuestras culpas!

Levanta, alma mia, los ojos y mira á aquel hombre crucificado; mira á aquel cordero divino, ya sacrificado sobre aquel altar de dolor; piensa que es el hijo amado del eterno Padre, y considera que es muerto por el amor que te ha tenido. Mira como tiene estendidos los brazos para acogerte inclinada la cabeza para darte el beso de paz, abierto el corazon para recibirte. ¿Qué dices á esto? ¿merece ser amado un Dios tan bueno y tan amoroso? Escucha lo que dice el Señor desde aquella cruz: ¡Mira, hijo, si hay en el mundo quien te haya amado mas que yo, que soy tu Dios! Oh Dios y Redentor mio! con

que vos estais muerto, y muerto con la muerte mas infame y dolorosa; ¿y porqué? Para conquistar mi amor Mas ¿qué amor de criatura llegara nunca á compensar el amor de su criador, muerto por ella? ¡Oh mi adorado Jesus, oh amor de mi alma! ¿cómo podré olvidarme ya mas de vos? ¿cómo podré amar á otra cosa despues de haberos visto morir en esta cruz para pagar mis pecados y salvarme? ¿cómo podré veros muerto y pendiente de este madero, y no amaros con todas mis fuerzas? ¿Podré pensar que mis culpas os han reducido á tal estado y no gemir con dolor profundo de las ofensas que os he hecho?

¡Oh Dios! si el mas vil de los hombres hubiese padecido por mí lo que sufrió Jesucristo; si viese yo á un hombre desgarrado de azotes, taladrado en una cruz y hecho el escarnio de las gentes para salvarme la vida, ¿pudiera acordarme de él sin sentirme enternecido de amor?

Y si me llevasen el retrato de aquel hombre espirando en aquel leño, pudiera mirarle con indiferencia, diciendo : ¡Oh! este desgraciado murió asi atormentado por mi amor! Si no me hubiese amado no hubiera muerto. ¡ Ay de mí! cuantos cristianos tienen un bello crucifijo en su aposento, pero solo como un mueble precioso; alaban el primor y la espresion de la pena, pero en su corazon hace muy poca ó ninguna impresion, como si no fuese la imágen del Verbo encarnado, sino de un hombre estraño y desconocido!

¡ Ah, Jesus mio, no permitais que yo sea uno de tantos! Acordaos do haber prometido que cuando estariais levantado en cruz atraeriais á vos todos los corazones. Aquí teneis mi corazon, que enternecido con vuestra muerte, no quiere resistir mas á vuestro llamamiento; ¡ ah! atraedle todo á vuestro amor. Vos habeis muerto por mí y yo no

quiero vivir sino por vos. ¡Oh dolores de Jesus, oh ignominias de Jesus, oh muerte de Jesus, oh amor de Jesus! fijaos en mi corazon, y vuestra dulce memoria quede allí para herirme continuamente é inflamarme en amor.

Oh Padre eterno! mirad á Jesus muerto por mí, y por los méritos de este hijo usad conmigo de misericordia. Alma mia, no desconfies por los delitos que hayas cometido contra Dios. Este padre es aquel mismo que le dió al mundo por nuestra salud; y este hijo es aquel mismo que voluntariamente se ofreció á satisfacer por nuestras culpas. ¡Ah Jesus mio! ya que vos para perdonarme no os perdonasteis á vos mismo, miradme con aquel mismo afecto con que me mirasteis un dia agonizando por mí en la cruz; miradme é ilustradme y perdonadme especialmente la ingratitud con que hasta ahora me he portado con vos, pensando tan poco

en vuestra pasion y en el amor que en ella me habeis mostrado. Os agradezco la luz que me deis, haciéndome conocer en vuestras llagas y dilacerados miembros el grande y tierno afecto que me teneis.

¡ Infeliz de mi, si despues de conseguida esta luz, dejase de amaros, ó amase otra cosa fuera de vos! « Muera yo, os diré con el inflamado san Francisco de Asis, muera yo por el amor de vuestro amor, oh Jesus mio! ya que por amor de mi amor os dignasteis morir vos. » ¡ Oh corazon abierto de mi Redentor! oh mansion dichosa de las almas amantes! no te desdeñes de acoger tambien á mi pobre alma. ¡ Oh María, oh Madre de dolores, recomendadme á este vuestro hijo que teneis muerto en vuestros brazos! Mirad sus carnes dilaceradas, mirad su divina sangre derramada por mí, y conoced en esto cuan grato le ha de ser que le rogueis por mi salud. Mi salud consiste en

amarle y este amor habeis de impetrármelo vos, pero que sea un amor grande, un amor eterno.

Hablando san Francisco de Sales de aquel pasage de san Pablo: *Charitas Christi urget nos*, dice: « Sabed que Jesus, verdadero Dios, nos ha amado hasta sufrir por nosotros la muerte, y muerte de cruz, ¿no es lo mismo que tener nuestros corazones en prensa, y sentirles fuertemente apretados y esprimirse en amor, por una violencia tanto mas fuerte cuanto mas amable? » Prosigue luego: « Que el Calvario es el monte de los que saben amar. » Y añade despues: « Ah! ¿cómo no nos arrojamos sobre Jesus crucificado para morir en la cruz con aquel que quiso morir por amor nuestro? » Amarrado le tendré, deberíamos decir, y no le dejaré jamás: con él moriré, abrasado en las llamas de su amor. Un mismo fuego consumirá á este divino criador y á su miscra-

ble criatura. Mi Jesus se da todo á mí, y yo me doy todo á él. Viviré y moriré sobre su pecho; ni la muerte ni la vida me separarán jamás de él.

¡Oh amor eterno! mi alma os busca y os escoge por toda la eternidad. ¡Ah! venid, Espíritu Santo, é inflamad nuestros corazones en vuestro fuego. O amor, ó morir. Morir á todo otro amor para vivir en el amor de Jesus. ¡Oh Salvador de nuestras almas! haced que cantemos eternamente: Viva Jesus, yo amo á Jesus; viva Jesus á quien amo; á Jesus que vive en los siglos de los siglos.

Concluyamos diciendo: ¡Oh cordero divino que fuisteis sacrificado por nuestra salud! ¡Oh victima de amor, que fuisteis completamente inmolada por los dolores de la cruz! ¡oh si yo supiera amaros como mereceis vos! ¡oh si pudiese morir por vos, como vos habeis muerto por mí! Yo con mis pecados os fuí

motivo de pena durante toda vuestra vida: haced que os compadezca en lo que de la mia me queda, viviendo solo por vos, mi amor y mi todo. ¡Oh María, mi dulce madre! vos que sois mi esperanza, alcanzadme la gracia de amar á Jesus.

FIN.